

Joseph Fadelle

EL PRECIO A PAGAR

9.^a edición

Huí de Irak por mi conversión al Cristianismo

RIALP

JOSEPH FADELLE

EL PRECIO A PAGAR

Novena edición

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

ADVERTENCIA

Por razones de seguridad, algunos nombres han sido cambiados.

Índice

El precio a pagar

Índice

I. Conversión

Massoud

La llamada

Soledad

Fatwa

La prueba

Una fiesta triste

II. Éxodo

«La Iglesia te pide que te marches»

Preparativos secretos

Despedidas

En el exilio

En alerta

Bautismo

«El cielo de tu casa me consume»

Estado de gracia

Fratricidio

De huida en huida

Un respiro

Adiós a Oriente

Viático

«El francés, el idioma de Dios»

Epílogo

Créditos

«¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada? Como dice la Escritura: “Por tu causa somos llevados a la muerte todo el día, somos considerados como ovejas destinadas al matadero”. Pero en todas estas cosas vencemos con creces gracias a aquel que nos amó. Porque estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que está en Cristo Jesús, Señor nuestro».

(Rom 8, 35-39)

Amman, 22 de diciembre de 2000

—Tu enfermedad se llama Cristo y no tiene remedio. Nunca podrás curarte...

Mi tío Karim saca un revólver y me apunta al pecho. Contengo la respiración. Detrás de él cuatro hermanos míos me desafían con la mirada. Estamos solos en medio de este valle desierto.

Ni siquiera en este momento me lo puedo creer. ¡No! Me niego a creer que los miembros de mi propia familia, incluido este tío mío a quien tanto favorecí en el pasado, puedan tener de verdad la intención de matarme. ¿Cómo es posible que hayan llegado a odiarme hasta ese punto, a mí, que soy de su misma sangre, que he jugado de niño con ellos y me he alimentado con la misma leche? No lo comprendo...

Tampoco soy capaz de entender que sea precisamente Karim, mi tío preferido, quien me esté amenazando en este instante. ¡Cuántas veces le he salvado de la intransigencia de mi padre, el jefe del clan familiar...!

¿Por qué? ¿Por qué no se limitan a aceptar mi nueva vida? ¿Por qué quieren obligarme a ser otra vez uno de ellos?

Poco a poco, aterrado, empiezo a comprender: están dispuestos a todo con tal de recuperarme a mí, el heredero de la tribu Moussaoui, el favorito. Me viene a la memoria el principio de esta escena insólita:

—Tu padre está enfermo —ha empezado Karim— e insiste en que vuelvas. Me ha encargado decirte que quiere olvidar el pasado y todo lo ocurrido.

Mis hermanos no escatiman promesas de parte de mi padre: un simple «sí» y recupero casa, coches, dinero... A cambio, yo me olvido de todo lo que me han hecho sufrir.

¿Cómo olvidar...? Y, además, la cuestión no es simplemente olvidar: ¿se trata de mi fe!

—No puedo volver a Irak. Estoy bautizado.

—¿Bautizado? ¿Y eso qué es?

Ahora soy cristiano: mi vida ha cambiado. No puedo dar marcha atrás. Ya no me llamo Mohammed, mi antiguo nombre no significa nada para mí, pero está claro que no lo entienden. Para ellos el problema tiene fácil solución: el dinero; todo depende de la suma que se pacte. No obstante, sus tentativas chocan contra un muro: me niego a ser musulmán. Para ellos soy un apóstata.

Ya llevamos tres horas discutiendo aquí, en el arcén de esta carretera desierta, y no hemos avanzado ni un milímetro: todos seguimos anclados en nuestras posiciones. Estoy nervioso y agotado por las preguntas con que me acosan.

De repente sube el tono y la agresividad se hace palpable y amenazante:

—Si no quieres venir con nosotros, te mataremos: tu cadáver será repatriado y tu mujer y tus hijos se morirán de hambre y acabarán volviendo a casa.

Por un instante olvido la angustiosa situación en la que me encuentro y esbozo una leve sonrisa interior velada de tristeza: ¿cómo podría un chiíta iraquí imaginar siquiera que una mujer árabe sea capaz de ganarse la vida por sus propios medios y sin la ayuda de un hombre?

A falta de argumentos, la mirada de mi tío Karim se tiñe de odio y sus rasgos se endurecen.

—Te han debido de lavar el cerebro —asegura con frialdad.

Noto que también él está harto y sin ganas de seguir discutiendo. Llegados a este punto, sólo le queda una solución radical: la ley islámica, la *charia*.

—Conoces nuestra ley, sabes que se ha dictado una *fatwa* contra ti que ordena tu muerte si no te conviertes otra vez en un buen musulmán como nosotros, ¿como lo eras antes!

Siento náuseas y mi estómago se cierra aún más. Sé lo que va a ocurrir. Al recordarme mi sentencia de muerte, Karim se ve obligado a llegar hasta el final para evitar que le tengan por infiel o —lo que es peor— por

renegado. Mi tabla de salvación se acaba de esfumar. Enfrentado a lo inevitable, estallo:

—¡Si quieres matarme, hazlo! Vosotros habéis venido armados y por la fuerza y yo quiero hablar con la razón. Leed el Corán y luego el Evangelio y entonces podremos discutir... ¡No creo que tengas el valor de pegarme un tiro!

El miedo y la ira me han hecho hablar demasiado deprisa. ¿Qué gano con esta provocación, tan desesperada como ese último desafío que un condenado a muerte lanza ante el pelotón de ejecución? Tal vez haya pensado que, al ser extranjeros en este país, tratarán de evitar que el ruido ponga a nadie sobre aviso, arriesgándose a que los detengan.

La detonación es ensordecedora y se extiende por todo el valle. ¿Cuál es el milagro que hace que Karim no acierte? Oigo en mi interior una voz femenina que me susurra: «*Ehroub* —¡Huye!—». En ese momento no busco explicación a un suceso tan extraño: doy media vuelta y echo a correr como perseguido por las llamas.

Mientras corro oigo las balas silbar a mi alrededor. Son muchos los que apuntan contra mí y, a juzgar por la trayectoria de los proyectiles, que pasan rozándome, están dispuestos a acabar conmigo. Los segundos se convierten en siglos hasta que consigo alejarme lo suficiente para dejar de oír sus voces.

En plena carrera y con la cabeza puesta en el último minuto de vida que me queda, no siento el dolor provocado por la bala. Noto cómo mi pie sale disparado hacia arriba, como propulsado por una fuerza extraordinaria. Cuando me doy cuenta de lo que ocurre, me veo tumbado en el suelo cubierto de barro y noto correr por mi pierna un líquido caliente, pero estoy empapado y soy incapaz de distinguir si se trata de lodo o de sangre. Mi último pensamiento es para constatar el silencio que me rodea. Seguramente al verme caer, las armas se han callado. Después pierdo el conocimiento.

I. CONVERSIÓN

Massoud

Basora (Irak), principios de 1987

Hace frío. Dejo atrás la inmensa vivienda que mi familia posee en Bagdad para dirigirme hacia el sur. Estoy decidido a no hacer más que una visita relámpago a este cuartel al que me conducen únicamente los caprichos de una administración en guerra.

Tengo veintitrés años y ningunas ganas de pasarme tres sirviendo a la bandera a cambio de un sueldo miserable, y menos aún para el régimen de Sadam, en mortal conflicto con la joven república islámica de Irán. Antes de partir he recibido de mi padre, Fadel-Ali, instrucciones tranquilizadoras: «Echas una ojeada, compruebas si es o no una zona expuesta al combate, vuelves y me informas para que yo pueda pedir la exención».

La solicitud de mi padre me resulta aún más conmovedora porque le he visto totalmente hundido, destrozado, a raíz de la muerte de mi hermano mayor, Azhar, fallecido en el curso de los bombardeos iraníes, y ello a pesar de haber pagado para que lo destinaran a una zona de bajo riesgo.

Después de esta tragedia, mi padre ha removido cielo y tierra con el fin de evitar que me suceda lo mismo a mí, la niña de sus ojos, el elegido de entre su numerosa descendencia como su sucesor y futura cabeza de la tribu. Durante algunos años su estrategia se ha demostrado eficaz. Gracias a su poderosa influencia, mi padre comenzó por falsificar mis documentos de identidad, retrasando dos años la fecha de mi nacimiento para ganarle algo de tiempo a la fatídica llamada.

Luego, cumplidos los dieciocho, no he acudido a un solo reemplazo del ejército gracias también a él, que se ha asegurado siempre el silencio de los mandos militares sirviéndose de su fortuna personal para facilitarles una buena casa, y ganándose la complicidad de un funcionario de la

administración que todos los meses me proporciona los famosos pases indispensables para sortear los controles imprevistos de la policía. Desde que la guerra comenzó hace seis años, cualquier joven que circule libremente y sin uniforme por la calle es un desertor en potencia.

Pero llega un día en que el nuevo responsable de los destinos militares, más estricto y diligente que el anterior y plenamente decidido a acabar con el fraude, da al traste con la estratagema.

Mi padre, nunca falto de ideas, ha accedido a dejarme marchar al sur, a Basora, con el único objetivo de obtener el nombre de la tribu a la que pertenece el comandante y la esperanza de conseguir un nuevo arreglo merced al cual me declaren inútil.

Confortado por esta certeza y fiado de la influencia de mi familia, que se extiende a todo el país, a la hora de partir no cojo más que unos cuantos efectos personales para un viaje de corta duración, no más de dos o tres días: lo que se tarda en ir y volver de esta región cercana al Golfo Pérsico.

Al llegar al campamento, me llevan de despacho en despacho hasta que consigo enterarme de que he sido destinado a un regimiento de infantería situado a unos veinte kilómetros del Shatt al-Arab, el río que marca la frontera con Irán. En realidad el cuartel es un lugar de paso para quienes regresan del frente y se utiliza también como almacén de munición. Así pues, me encuentro por detrás de la línea de combate.

Cae la noche cuando por fin me reúno con el comandante. Ya es demasiado tarde para volver, así que decido dejar para el día siguiente la petición de un trato de favor. Después de todo, si mi carrera en el ejército se reduce a una sola noche en lugar de los tres años impuestos por el régimen, seré un privilegiado. Un privilegio que a mí me parece perfectamente lógico dada la categoría social que me corresponde. Así pues, me resignaré a sufrir durante unas cuantas horas los escalofríos que me provoca la vida militar. De esta aventura pienso sacar un par de relatos épicos con los que darme importancia ante los míos.

Por orden del comandante, el intendente del regimiento me pide que le siga para instalarme en el cuarto de un tal Massoud.

De camino pido información a mi guía sobre la persona con la que voy a pasar la noche.

—Es un buen hombre —me dice él—, un campesino. Tiene cuarenta y cuatro años y es cristiano...

Sus palabras me detienen en seco, como si fuera víctima de un mazazo. Las fuerzas me abandonan, palidezco y dejo caer al suelo mis cosas, así como el colchón que sujeto entre los brazos. A la sorpresa le sigue el pánico y, fuera de mí, me pongo a gritar como un loco:

—¿Cómo? ¡No puede ser! ¿Esto qué es? ¡Acompáñame a ver al oficial! ¿Te crees que un Moussaoui va a dormir con un cristiano?

El terror hace presa de mí y me nubla la mente. Para nosotros, los cristianos son parias impuros, menos que nada, y es preciso evitarlos a toda costa. Según el Corán, que recito a diario desde mi más tierna infancia, estos herejes adoran a tres dioses distintos.

Me viene a la cabeza uno de los peores insultos que existen: «cara de cristiano». Si lo diriges contra uno de tus enemigos, te juegas la vida. Lo sé porque en cierta ocasión mi padre tuvo que resolver un conflicto surgido por este motivo.

El soldado, algo desconcertado, intenta aplacarme:

—El comandante es muy joven y carece de experiencia. Si te enfrentas a él, te arriesgas a que no te entienda y reaccione mal. Esta noche pásala aquí y mañana buscamos una solución.

Todavía conmocionado, recapacito un poco. Para mí una noche en estas circunstancias supone una auténtica pesadilla. Me da pánico que un cristiano pueda tocarme, tener que hablar con él o sentarme a la misma mesa. Jamás hubiera imaginado un trago semejante.

Al entrar en el cuarto con la cabeza baja y las piernas temblorosas, me doy de bruces con un hombre de edad madura y aspecto apacible.

—¿De dónde vienes? —me pregunta amablemente, movido por la curiosidad de conocer a su nuevo compañero de cuarto.

La pregunta me sitúa en terreno conocido y sobre el que me siento seguro. Recobrando parte de mi coraje, alzo los ojos y los clavo orgulloso en los de mi interlocutor.

—Soy un *sayyid* al-Moussaoui, de Bagdad; mi familia descende directamente del Profeta —afirmo en tono glacial, como para marcar la distancia social que nos separa sin remedio.

Lo cual no deja de suponer un desafío, porque oficialmente no tengo derecho a incluir en mi documentación el título nobiliario de *sayyid*: me lo prohíbe una ley dictada por Sadam —que no es miembro de familia noble— al asumir el poder.

Pero mis palabras, pronunciadas con intención de zanjar toda conversación, parecen cumplir su objetivo. Massoud no contesta una palabra y, en silencio, separa su cama de la mía. Solamente después de haberlo hecho me informa de que es alérgico, por lo que no podrá compartir mesa conmigo.

Algo más sereno por estos arreglos, me instalo para pasar la noche, aunque sin dejar de vigilar al desconocido por el rabillo del ojo. Después de todo —me digo mientras me tumbo en el colchón—, el tal Massoud no tiene un aspecto tan perverso; al contrario, parece bastante educado. Quizá sea Alá quien me lo envía para lograr su conversión.

No se puede decir de mí que sea muy creyente, pero sí un musulmán observante, y todo buen musulmán tiene la obligación de convertir al infiel con el fin de obtener la recompensa celestial prometida a los valientes: mujeres hermosas como sirenas, y leche y miel en abundancia. A decir verdad, no es ésa la recompensa que más me interesa, sino la buena reputación que me ganaría entre los míos.

Con cierta sorpresa, compruebo que el vago deseo de convertir a los demás, en mi caso totalmente novedoso, produce en mí una satisfacción real y me infunde algo más de seguridad para afrontar la noche.

Por la mañana, tanto nuestras camas como nuestros respectivos menajes de cocina quedan perfectamente separados: en este cuartel desprovisto de cantina cada uno tiene que prepararse su propia comida.

Durante los dos días siguientes, continúo observando con recelo a Massoud sin lograr cogerle en falta ni una sola vez. Me sorprende que ni siquiera su olor me resulte molesto: en mi familia todos estamos convencidos de que a un cristiano se le reconoce por lo mal que huele.

Sin embargo, me siento confuso y desconcertado porque no hay nada en su comportamiento que venga a alimentar mis prejuicios. Poco a poco, el pánico inicial va disminuyendo y es reemplazado por otro sentimiento, por

el momento bastante tímido: y es que el cristiano me intriga, pues es la primera vez que coincido con uno en carne y hueso.

Así es como me va ganando la curiosidad, alentada por cierta seducción que emana de su personalidad. Pasado un tiempo, y plenamente convencido de las intenciones pacíficas de Massoud, me animo a mí mismo a intercambiar con él unas cuantas palabras.

Como mi padre es un terrateniente, hablamos de agricultura: también Massoud posee tierras en el norte del país. No puedo evitar sentirme impresionado por sus conocimientos y su experiencia cuando yo, incapaz de continuar soportando la disciplina escolar, abandoné voluntariamente los estudios a los catorce años, sobre todo porque no veía en ellos utilidad alguna, ya que desde siempre he estado destinado a suceder a mi padre.

Pero sí sé reconocer una buena educación si me encuentro con ella. Cuanto más oigo a Massoud, más obligado me veo a reconocer que se expresa con elegancia y una soltura de la que yo carezco, y descubro en él lo que en mi adolescencia tanto me atraía de las novelas: la capacidad de contar historias, de nutrir mi imaginación.

En pocas palabras: sin apenas oposición, caigo bajo el hechizo de este hombre cultivado en quien envidio hasta su dominio del lenguaje. Subyugado, ya no tengo prisa alguna por presentarme ante el comandante para solicitar un cambio de destino. Ahora mi objetivo consiste en desvelar el secreto de Massoud y apropiármelo. Y, a cambio, enseñarle la fe del islam.

Estoy encantado de disponer de tanto tiempo, porque cada vez aprecio más la charla con mi compañero de cuartel. Es cierto que por ahora procuramos evitar los temas más incómodos, sobre todo el de la religión, pero yo continúo aguardando el momento en que pueda convencerle de la superioridad del islam.

En el curso de nuestras conversaciones he sabido que Massoud ha nacido en 1943. En rigor, no tendría por qué haber sido alistado: es demasiado mayor para formar parte del número de reclutas llamados todos los años a satisfacer las ansias de conquista de Sadam Hussein. A la espera de que la administración reconozca su error, lo que puede llevar bastante tiempo, se consume de impaciencia soñando con sus cuatro hijas, a quienes ha prometido con cristianos de su pueblo, cerca de Mosul.

Por lo que a mí respecta, ni mi familia ni yo sentimos demasiada simpatía por este régimen férreo que desprecia a los chiítas. Mi padre, como todos los nobles, es moderado: su rango de patriarca le lleva a tratar a menudo tanto con sus hermanos chiítas como con sunitas, a pesar del antagonismo histórico que existe entre unos y otros.

Por otro lado, antes de que el sunita Saddam Hussein se hiciera con el poder, el partido Baas se pasó veinte años sembrando el terror y eliminando a sus opositores, cosa que mi familia tampoco aprobó jamás.

A Massoud le explico con orgullo que pertenezco a una rica familia de la nobleza, los al-Moussaoui, presente en Líbano, en Irán y en Irak[1]. Por línea paterna desciendo directamente del imán Moussa al-Kazemi —cuyo nombre significa «el que sabe dominar su cólera»—, descendiente a su vez de Alí, joven primo y yerno de Mahoma, que para los chiítas es tan importante como el Profeta.

Desde niño ha pesado sobre mis hombros esta ascendencia aristocrática, porque mi padre me ha elegido como sucesor suyo cuando él sea demasiado viejo para gobernar el clan. Aunque no soy el mayor, sin duda me considera el mejor y más obediente de sus diez hijos. Desde entonces mi padre, que es tan exigente consigo mismo como con los suyos, me ha hecho comprender que debo demostrar que soy digno de su elección, dar ejemplo y ser su viva imagen.

Por eso no guardo recuerdo de una infancia feliz y libre de preocupaciones que transcurriera entre juegos, risas y travesuras. En mí siempre ha primado el deber y me he acostumbrado a vivir entre los adultos que ocupan la gran sala de reuniones que hay junto a nuestra casa, con el consiguiente aburrimiento.

No obstante, mi condición de hijo predilecto conlleva una serie de privilegios a los que no renunciaría por nada del mundo. Cualquier miembro de la tribu que quiera obtener algo de mi padre tiene en mí a un intermediario ineludible: todos le temen, hasta el punto de no atreverse a mirarle a la cara. De hecho, la expresión de mi padre, muy consciente de su papel, es siempre severa y autoritaria, y él no se permite la más mínima concesión.

En eso se diferencia de mi abuelo paterno, que aun teniendo el mismo carácter dominante, sabía disfrutar de la vida y sacarle el máximo partido. Murió a la edad de ciento nueve años sin desistir de su intención de casarse

por cuarta vez, mientras le mojaban la boca con unas gotas de agua y su hijo le leía el Corán.

Mi padre no ha heredado ese deseo de placeres que hacía felices a sus hijos. Pero en mi caso Fadel-Ali al-Moussaoui no es inaccesible. Puedo palpar el afecto que me tiene; es atento conmigo y no escatima consejos cuando me pone al corriente de sus asuntos. Yo, a mi vez, procuro parecerme a él y no defraudarle.

Siempre pendiente de la mirada de los demás, se preocupa mucho por mostrar la dignidad que le corresponde como jefe de la tribu. Cubierto con la *kefia* blanca sujeta con un cordón negro de los chiítas, viste la túnica oriental sobre la que descansa una barba de extensión media que es pecado cortar.

Porque los Moussaoui tienen que ofrecer siempre la imagen de una familia piadosa, aun cuando su práctica de la religión sea un tanto oficial. Es cierto que todos los días leo en mi cuarto el Corán, pero para mí se trata más bien de «jugar a rezar», de hacer que rezo. Mi oración no implica una auténtica adhesión del corazón ni una clara comprensión del texto.

En nuestra casa, construida en una sola planta y provista de una docena de habitaciones, también me tienen reservado un puesto de honor, sobre todo cuando nos sentamos a la mesa. Es impensable que los demás empiecen a comer sin mí, ni siquiera cuando soy yo el que se retrasa, cosa que atrae sobre mí la envidia de mis hermanos. Con mis hermanas no ocurre lo mismo, porque nunca comen con nosotros.

Mi madre, Hamidia El-Hashimi, descendiente también del Profeta, es la cuarta mujer de mi padre, quien no conserva a las anteriores porque no le han dado hijos. No obstante, ha logrado resarcirse con su esposa actual, mi madre, cuya abundante prole le llena de orgullo: ¡veinte retoños, diez varones y diez mujeres!... sin contar los abortos.

A pesar de la fatiga causada por los sucesivos embarazos, Hamidia continúa ejerciendo el control sobre la casa, dentro de la cual ha sabido asegurarse el poder que le niegan fuera de ella, en la sociedad musulmana: supervisa la cocina y la colada, y da órdenes a sus siete nueras y a sus hijas solteras, a veces con una violencia que se traduce en golpes.

Mis hermanos varones escapan a esa autoridad gracias a su sexo, que les otorga poder sobre todas las mujeres, incluida mi madre, aunque de hecho

guardemos el respeto debido a quien nos ha traído al mundo después de llevarnos nueve meses en su seno. También de ella recibo sin disimulo un trato de favor. Aún se me sigue haciendo la boca agua cuando recuerdo los deliciosos panes que horneaba para mí cuando se lo pedía.

En la *madrasa*, la escuela coránica, fui el primero de la clase hasta que cumplí catorce años: de ello da fe la letanía recogida en los boletines de notas. Pero es posible que esta valoración no sea totalmente justa e imparcial, sobre todo teniendo en cuenta que mi padre —que también en este caso ha estado pendiente de todo— es uno de los principales contribuyentes financieros de la escuela. El hecho de que el propio director fuera quien se desplazaba para matricularme constituía una excepción motivada por mi estatus privilegiado y la importancia de los al-Moussaoui.

Al principio me encantaba la escuela, el único lugar en el que tuve la oportunidad de jugar con otros niños durante mi infancia. Pero, a partir de los trece o catorce años, comenzó a parecerme una pérdida de tiempo que coartaba mi libertad y no me aseguraba ningún porvenir. En un país en guerra como Irak, el régimen alienta las vocaciones militares por encima de la enseñanza escolar. Y para quienes perseveran, más les vale ser sunitas o pertenecer al partido Baas si quieren obtener una plaza en la función pública. No ocurre así en mi caso, porque cuando se trata de obtener un ascenso social el favor paterno cuenta más que la instrucción.

No obstante, mi aprendizaje como futuro jefe dista mucho de ser intenso. Suelo pasarme horas en el inmenso salón de recepciones en el que mi padre trata sus asuntos, siempre que no esté recorriendo el país para mediar en conflictos entre tribus. En ese caso, mi deber y el de mis hermanos consiste fundamentalmente en estar disponibles: en cualquier momento del día puede venir alguien a pedir consejo.

Entre una y otra visita, mientras los obreros agrícolas se afanan trabajando las tierras de mi padre, mis hermanos y yo tomamos café en el salón hablando hasta aburrirnos de la lluvia y el buen tiempo. A veces mi padre nos lleva con él en sus desplazamientos, lo que en medio de tanta ociosidad supone un entretenimiento interesante. En esas ocasiones me siento como si fuera uno de los miembros más influyentes de una delegación del gobierno.

Pero como esto no ocurre demasiado a menudo, lo normal es que disfrute de prolongados remansos de tiempo libre. Nuestras distracciones no son muchas: sólo disponemos de una cadena de televisión, pues el régimen prohíbe los satélites. Así que me refugio en la lectura y, para saciar mi curiosidad, devoro cuanto cae en mis manos: novelas cuyos personajes son imanes y libros de historia, de medicina e incluso de poesía.

Lo que más me sorprende de Massoud es su capacidad para escucharme con un interés benévolo e inusual si se tiene en cuenta que, al no haber cumplido aún los veinticinco, he vivido bastante poco. Aunque estoy convencido de la superioridad de mi tribu, me falta la tranquila seguridad de este hombre que al parecer proporcionan la edad y la cultura.

Pasados tres días, Massoud se ausenta toda la mañana para una misión, así que me encuentro solo y sin saber qué hacer en este cuartucho sin ventana, como un león enjaulado. Estoy aburrido y desmotivado.

Al rato me pongo a observar el rincón que ocupa mi compañero y descubro un librito en una estantería. Cuando me acerco para cogerlo, mis ojos se detienen en el título, misterioso y cargado de promesas: *Los milagros de Jesús*. En la portada aparece un hombre sonriente rodeado de un halo de luz. No conozco al tal Jesús, pero hechizado por las sirenas de una lectura interesante, me llevo el libro a la cama y, olvidando todos mis prejuicios hacia lo que Massoud representa, empiezo a leerlo desde la primera página.

Cuando esa noche regresa Massoud, decido no hablar con él para evitar herir su susceptibilidad, pero sobre todo porque noto en mí cierto sentimiento de culpa: hace tan sólo unos días mi único deseo era levantar entre nosotros un muro infranqueable.

Quizá la noche me ayude a aclarar las ideas, o tal vez las horas transcurridas hayan logrado avivar mi curiosidad. El caso es que al día siguiente estoy deseando preguntarle a Massoud por ese Jesús que me obsesiona. No sin cierta vergüenza, le confieso mi crimen. Él me dedica una abierta sonrisa: en sus ojos no hay rastro de la ironía del vencedor.

Animado por este aliento implícito, me atrevo a plantear la cuestión que viene torturándome desde ayer:

—¿Quién es ese Jesús del que habla tu libro?

—Es *Issa ibn Maryam*, el hijo de María...

Con eso no responde a mi pregunta ni despeja mi ignorancia. A Issa le conozco: en el Corán aparece como uno de los profetas anteriores a Mahoma. Pero nunca había oído decir que se le diera otro nombre, ni que Jesús/Issa hubiese realizado milagros tan extraordinarios.

—No es de extrañar —contesta Massoud alzando los hombros—. Durante seiscientos años se le conoció como Jesús, pero la llegada del islam le convirtió en Issa...

Algo desconcertado, aprovecho la ocasión para obtener más información acerca de la religión de mi compañero de armas con el fin de poder convencerle de la superioridad del islam.

—Dime, Massoud: ¿los cristianos tienen algún libro parecido al Corán?

La pregunta va con segundas: si la respuesta es negativa, me resultará mucho más fácil convencerle, pues no tendrá con qué oponerse al Corán, revelado por Alá a través de Mahoma.

—Sí, por supuesto —replica él para disgusto mío—. Tenemos la Biblia que a su vez está compuesta de dos libros: el Antiguo y el Nuevo Testamento.

¡La cosa se pone más difícil de lo que yo pensaba! Pero, llevado de mi afán misionero, no me dejo desanimar por una nimiedad como ésta. Tras unos instantes de reflexión, llego a la conclusión de que basta con enterarme de qué va ese libro de los cristianos para eliminar todos los obstáculos que impiden a Massoud reconocer el valor incontestable del islam.

Pero un nuevo jarro de agua fría viene a apagar mi entusiasmo.

—No voy a tocar el tema de la Biblia, al menos por ahora —dice sin vacilar—. Antes voy a hacerte una pregunta, una sola, y tú me contestas sinceramente.

Terriblemente decepcionado por la escasa colaboración que me presta Massoud, no digo ni pío y asiento débilmente con un movimiento de la barbilla.

—¿Tú has leído el Corán?

—Por supuesto —me apresuro a contestar—. ¿Te crees que soy un infiel, un mal musulmán?

—Sí, pero ¿lo has leído realmente? —insiste Massoud con suavidad.

—Te estoy diciendo que sí, y todos los años lo leo durante el Ramadán. El Corán está compuesto de treinta partes, tantas como días tiene el

Ramadán.

—¿Y conoces el significado de cada palabra, de cada versículo?

Su pregunta actúa como un dardo de acero y consigue hacerme dudar. Ruborizado y confuso, no sé qué responder: acaba de poner el dedo en la llaga. Los maestros me han enseñado siempre que, antes que la comprensión del texto, lo que se premia es la lectura completa del Corán: basta descifrar las letras para avanzar en la piedad y ganar indulgencias, aun cuando no se comprenda el sentido completo de las palabras. De ahí que cualquier musulmán pueda estar seguro fuera de toda duda de llegar al paraíso. A guisa de explicación, los imanes afirman que el Corán es un libro muy complicado de interpretar y que por eso los clérigos realizan serios estudios lingüísticos. Hasta el momento, este razonamiento ha satisfecho plenamente mi curiosidad y, de paso, ha legitimado mi práctica superficial del islam. Así que nunca me he puesto a indagar sobre nada que pueda perturbar mi relajada práctica religiosa.

Massoud aprovecha mi silencio para proponerme un trato:

—Bien, te dejaré los Evangelios, pero lo haré con una condición: antes vuelve a leer el Corán procurando no impedir a tu inteligencia descifrar su significado, siendo totalmente honesto contigo mismo y sin hacer trampas.

Está claro que, al abordar con Massoud el tema de la religión, no era un trato de este tipo lo que me esperaba. Pero, si quiero avanzar en mi propósito de convertirle, me veo obligado sin remedio a atrincherarme, a reexaminar con espíritu nuevo y sin concesiones mis propias creencias. ¡Por mí que no quede! Picado en mi orgullo, estoy dispuesto a aceptar el desafío, convencido de que sabré probar ante mi interlocutor la grandeza del Corán, ¡*Inch´Allah!*

Al cabo de un instante me veo obligado a admitir, muy a pesar mío, que mi fogosidad me ha hecho olvidar un pequeño detalle. Al partir de Bagdad con idea de regresar enseguida, no he tenido la precaución de llevar conmigo el ejemplar del Corán que guardo en mi habitación, así que habrá que esperar a mi próximo permiso, para el que faltan veintiocho días. ¡Alá sabrá aguardar hasta entonces!

Entretanto no me quedo mano sobre mano. Para alimentar mi afán de conquista y facilitar un poco el titánico trabajo que me espera, acribillo a Massoud a preguntas sobre los cristianos y sus costumbres. De este modo,

cuando regrese a casa hallaré enseguida las respuestas adecuadas con que convencerle.

Invitado a dar cuenta de su religión, Massoud responde a mi acoso con prudencia y laconismo, como si se encontrara incómodo y a la defensiva. En ningún momento pone excesivo empeño en hablar de su fe personal. Y, por extraño que parezca, da la impresión de querer separarse del mundo de los cristianos, de ese mundo al que pertenece y que describe pormenorizadamente, pero con una frialdad casi mecánica.

Esto me lleva a deducir, con cierta precipitación, que una reacción tan sorprendente constituye una prueba de que su religión no se tiene en pie y que incluso él es consciente de ello. Cada vez estoy más cerca de mi objetivo.

Al mismo tiempo, constato con asombro que mis conocimientos acerca de los cristianos son bastante superficiales, cuando no totalmente falsos, y que responden más bien a rumores. Un día oí decir en la sala de recepción de mi padre que los cristianos no se reúnen en las iglesias para rezar, como ocurre en las mezquitas, sino para celebrar grandes orgías.

Con paciencia, Massoud se toma la molestia de explicarme que dentro de las iglesias los sacerdotes celebran misa, en la cual se consagran el pan y el vino, que ellos denominan Eucaristía. Quizá sea habilidad por su parte, pero ninguna de sus palabras da la impresión de ofender ni al Corán ni al islam.

Pero de sus explicaciones lo que más me llama la atención y me sorprende es el hecho de que los sacerdotes cristianos no puedan casarse. Me cuesta creerlo, me parece hasta imposible para un hombre, sea o no creyente. En el islam el matrimonio es una obligación que se expresa con el término *nikah*, cuyo significado literal es el de acto sexual.

Definitivamente, la religión cristiana es rarísima: hay que darse prisa en sacar a este hombre tan agradable del error en que vive.

Cuando vuelvo a Bagdad durante mi primer permiso, dedico los siete días de que dispongo a elaborar un plan de acción y empiezo por lo que debería haber dejado para el final: comprar el caballo con que, según dicta la costumbre, recibir al nuevo converso. Me imagino a mí mismo haciendo una entrada triunfal, sujetando la brida del caballo que lleva a Massoud vestido de blanco como los reyes: ¡un auténtico trofeo de guerra!

A pesar de mi alegría anticipada, no comento mis planes con nadie y cada cual, sin atreverse a preguntar, se figura que estoy preparando una sorpresa distinta. Yo procuro pasar el resto de la semana lo más aislado posible y me limito a hacer breves apariciones en la sala común, descuidando los asuntos de mi padre, que se encuentra de viaje. Después de liquidar la comida a toda prisa, me siento urgido a meterme en mi cuarto sin prestar atención ni a quienes me rodean ni a mis hermanos, quienes, por su parte, respetan mi relativa soledad.

Así pues, tengo todo el tiempo del mundo para sumergirme en el Corán, procurando cumplir la promesa que le he hecho a Massoud de estudiar el texto con absoluta honestidad. Por primera vez en mi vida, me encuentro solo conmigo mismo, sin evasivas ni distracciones, obligado a enfrentarme realmente a lo que constituye buena parte de mi identidad: el islam.

A partir de ahí empiezan los problemas. Debería haber sido menos confiado y recordado el versículo del Corán que nos aconseja no ahondar en nada capaz de trastornar nuestra fe. Pero mi orgullo puede más y, seguro de la solidez de mi religión, no me resisto al desafío lanzado por Massoud.

Al abrir la primera página del texto sagrado, nada me hace sospechar ni por un momento que no saldré indemne de este viaje por las escrituras. Las primeras líneas de la *Al-Fâtiha* que constituyen el prólogo del Corán no ofrecen demasiada dificultad. Es la oración más conocida, la que recitan todos los días millones de musulmanes.

Pero en cuanto llego a la segunda sura, llamada de la Vaca o *Al-Baqara*, las cosas se complican y, perplejo, comienzo a tropezar prácticamente en cada versículo. La lectura se hace sumamente difícil y lenta. No entiendo que, versículo tras versículo, Alá se rebaje a dictar las leyes de repudio, los plazos de los pleitos y tantos otros detalles que, a mi entender, carecen de valor religioso.

Otro de los puntos que me parece conflictivo es la insistencia con que el Corán determina la superioridad y el poder de los hombres sobre las mujeres, consideradas casi siempre seres inferiores con la mitad de cerebro que el hombre, cuando no impuras si están menstruando.

Me doy cuenta de que llevo años conviviendo con una segregación que, por otra parte, he aprobado plenamente sin llegar a percatarme de que tiene su origen en el Corán y en sus prescripciones. Y, en lo más profundo de mi

conciencia, tampoco estoy totalmente seguro de que sea compatible con una ley de amor...

El versículo 34 de la sura *An-Nisâ* o de las mujeres ordena, por ejemplo, «amonestar a aquellas cuya infidelidad sospechéis» y «encerrarlas en habitaciones apartadas», y ve necesario «golpearlas».

Con el fin de aclarar mis dudas, aprovecho los días de permiso para acudir al jeque Ali Ayatla, amigo de la familia, que es también ayatolá, es decir, un doctor chiíta a quien se tiene por experto en materia de islam, y someto a su consideración este otro versículo difícil de aprobar que establece que las mujeres pertenecen a los hombres: «Vuestras mujeres son campo labrado para vosotros. Venid, pues, a vuestro campo cuando queráis» (sura 2, 223); lo que significa que los hombres pueden hacer con ellas lo que les plazca, incluido el sexo.

La verdad es que la respuesta del jeque no me convence. Tanto él como los imanes que se han ocupado de esta cuestión interpretan este versículo explicando que un hombre puede mantener relaciones en cualquier sitio excepto en la mezquita, en cualquier momento salvo durante el Ramadán, y de cualquier modo.

Al percibir mi escepticismo, el ayatolá, que siente aprecio por mí, me aconseja profundizar en la vida de Mahoma y luego venir a verle de nuevo. Así podré comprender mejor —dice— el Corán. Pero, cuando leo que Mahoma contrae matrimonio con Aisha, una niña de siete años, o que después de casar a su hijo adoptivo, Zaïd, hace de la mujer de éste —es decir, de su nuera— su séptima esposa, me siento aún más decepcionado. El imán, no obstante, sólo ve en ello la prueba de que el Corán prohíbe la adopción. Por lo que a mí respecta, utilizar a Mahoma unas veces como ejemplo y otras como contraejemplo me parece una curiosa manera de demostrar lo que es o no correcto.

Al final, después de unos cuantos días de intensa reflexión, el comportamiento y la vida del Profeta se convierten para mí en motivo de escándalo: es imposible que todos estos versículos conflictivos procedan de Alá. No obstante, sigo sin cuestionar las demás suras del Corán, diciéndome a mí mismo que no se oponen a la idea que tengo de un Dios bueno y misericordioso.

De regreso en Basora, reanudo la vida militar y vuelvo a sumergirme de lleno en el estudio crítico del Corán, aunque sin hacer partícipe de mis dudas a Massoud quien, por su parte, tampoco pregunta. Y así siguen las cosas.

Nuestra vida diaria es espartana: cocinamos en un hornillo de gas y comemos cada uno por nuestra cuenta; y, si lo hacemos juntos, no tocamos el tema de la religión, como si un acuerdo tácito —en su caso el pudor y en el mío la ansiedad— nos lo impidiera.

Nuestra conversación se nutre de los incidentes de la vida diaria y, en especial, de las novatadas de nuestro superior, que yo llevo particularmente mal porque su origen es más humilde que el mío.

En mi fuero interno me preocupa bastante no haber dado con verdades de fe convincentes. Las semanas siguientes las paso abatido y cada vez más recluso en mí mismo, mientras los fundamentos y las verdades sagradas del islam, que constituían mis puntos de referencia, van desmoronándose uno tras otro.

Comienzo a pensar que hasta ahora ha sido el Corán lo que ha proporcionado cohesión a mi vida y, si el texto sagrado del islam pierde hasta tal punto su fuerza de convicción que llego a dudar de que sea palabra de Dios, es mi vida entera la que se tambalea.

¿Dónde queda el orgullo que me inspiran mi nombre, mi familia, mis ilustres antepasados? ¿Sobre qué edificaré mi vida si el islam deja de ser su cimiento? ¿En qué voy a creer a partir de ahora? He perdido todo referente, me encuentro abandonado a la duda, a la deriva en medio de un desierto y sin objetivo alguno, sin nada que me indique el camino a seguir.

Llevado casi por un instinto de supervivencia, me aferro a la idea de que quizá el Corán haya sido amañado o modificado. Siento una angustia terrible y se me hace un nudo en el estómago cuando pienso en lo que se ha convertido mi existencia.

Ni siquiera la vida del profeta Mahoma, que hasta ahora he considerado siempre repleta de aciertos y gloria, me sirve de consuelo y, apenado, tan sólo descubro en ella una sucesión de robos y adulterios. ¿Cómo es posible que Mahoma sea un hombre de Dios? ¿Cómo puedo desear parecerme a él cuando hace todo lo contrario de lo que predica? ¿Cómo es capaz de pedir a las que han enviudado que esperen tres meses y diez días antes de contraer nuevo matrimonio, cuando él toma a su mujer el mismo día en que ésta

pierde a su esposo, asesinado junto con seiscientas personas más por encargo del Profeta...?

En medio del terremoto que asola mi espíritu, lo único que me reconforta un poco es que, a pesar de todo, continúo creyendo en Alá y en su bondad, la cual supera todas mis dudas y es más grande que el Corán o que el propio Mahoma.

Mi estado de ánimo me hace detenerme a menudo en la contemplación de esta magnífica región, con su cielo y sus aguas cristalinas, y sus valles de arena rodeados de montañas desérticas. Mientras observo la puesta de sol, entiendo que las leyendas locales están en lo cierto: el jardín del Edén estaba en Shatt al-Arab...

Y la vista de esta belleza cruda y salvaje calma unos instantes mi tristeza, porque me siento incapaz de creer que pueda existir una naturaleza tan hermosa sin un Creador.

Y así, después de tres o cuatro meses de reflexión, he de admitir muy a pesar mío que mi fe ha quedado enormemente quebrantada por este examen crítico. Si Alá existe —y yo lo creo firmemente—, estoy convencido de que ninguna religión puede conocer la verdad de este Ser inmenso y divino.

En estas condiciones, me es absolutamente imposible convencer a Massoud, y menos aún convertirlo al islam. Por otra parte, tampoco tengo demasiadas ganas de hacerle partícipe de mis conclusiones, lo cual equivaldría a mi derrota. Después de haber dado muestras de tanta seguridad, el mero hecho de pensar en admitirlo me llena de confusión. Como digno representante de los Moussaoui, y entre ellos de mi padre, me horrorizaría perder mi prestigio.

Además, lo que siento es aún peor que la deshonra: estoy avergonzado de haberme equivocado, de haber creído tan firmemente en lo que hoy considero un engaño, una maquinación. He sido víctima de un hechizo del que me cuesta salir.

Para salvar mi amor propio de un naufragio total, ahora me aferro a la única esperanza que me queda: la de llevar a Massoud hasta el mismo lugar en que me encuentro yo. Si consigo convencerle —me digo— de que también su religión es una engañifa, estaremos de nuevo en pie de igualdad y podré confiarle con absoluta tranquilidad mis dudas sobre el islam.

Es la única manera que se me ocurre de conservar el afecto y la estima de este hombre que, con el tiempo, ha llegado a inspirarme tanta simpatía.

Así las cosas, por el momento no veo cómo poner por obra mi plan. Después de todo, mi conocimiento del cristianismo es bastante superficial; pero es que además en lo más hondo de mí mismo lo desprecio profundamente. Si mi fe en el Corán ha quedado reducida a nada, para mí el cristianismo es aún menos que nada. De modo que no sé cómo abordar a Massoud para mostrarle el vacío de su religión sin herirle.

La llamada

Mayo de 1987

Esta mañana me levanto de especial buen humor, como si estuviera curado de una larga enfermedad, pues durante las últimas semanas he padecido un mal que ha hecho languidecer mi alma.

Respiro feliz este aire primaveral —tan acorde con mi dicha presente— que nos va acercando a los secos calores del estío, por ahora perfectamente soportables.

El motivo de mi alegría es que, quizá por primera vez en mi vida, recuerdo uno de mis sueños: algo que de niño no me ha ocurrido jamás. Siempre sentí envidia de mis hermanos cuando por las mañanas se ponían a contar sus sueños, a cual más extravagante, porque yo nunca pude hacer lo mismo. Convertidos en estrellas por un día, los escuchábamos ávidamente, pendientes de sus labios y fascinados por las maravillas de la imaginación.

Sentía tal frustración que hasta llegué a consultar a un médico para asegurarme de que no me ocurría nada anormal.

Esta mañana, por fin consigo resarcirme de tantos años de humillación fraterna: ¡ahora soy igual que todo el mundo! Puedo contar un sueño ¡y no un sueño cualquiera! ¡Cómo me gustaría que mis hermanos fueran testigos de este hecho extraordinario...!

Mi sueño —que recuerdo perfectamente— me sitúa junto a un río no demasiado grande, de apenas un metro de ancho. En la otra orilla veo a un personaje más bien alto, de unos cuarenta años y vestido con una túnica beis de una sola pieza y sin cuello, al estilo oriental, hacia el que me siento

irresistiblemente atraído; y experimento un fuerte deseo de cruzar al otro lado para reunirme con él.

Empiezo a atravesar el río y, durante unos pocos minutos que me parecen una eternidad, me siento como suspendido en el aire. Incluso me da un poco de miedo no poder volver a poner los pies en la tierra...

Como si conociera mi creciente turbación, el hombre que tengo enfrente me tiende su mano para ayudarme a salvar el caudal de agua y aterrizar a su lado. Ahora puedo contemplar detenidamente su rostro: sus ojos de un azul grisáceo, su barba poco poblada, sus largos cabellos.

Posando sobre mí una mirada de infinita dulzura y en un tono de voz que tranquiliza e invita a la vez, el hombre pronuncia una única y enigmática frase: «Para cruzar el río tienes que comer el pan de vida».

A la mañana siguiente, cuando me despierto, esa frase incomprensible continúa nítidamente grabada en mi cerebro, al tiempo que el hechizo de mi sueño nocturno va diluyéndose poco a poco. Sintiendo la alegría casi infantil de poseer por fin UN sueño, y con la sonrisa en los labios, no veo necesidad alguna de encontrar sentido a tan misteriosas palabras. Ese sueño es mi tesoro y me basta con eso para ser feliz: no tengo intención de conocer su auténtico valor.

Cuando abro los ojos, no estoy solo en el cuarto. Massoud ha vuelto de permiso y me saluda sosegadamente con la mirada mientras sonrío.

Después sus ásperas manos de campesino me tienden un libro:

—Toma: el Evangelio —me dice solamente.

Cinco meses después de habérselo pedido, ¡por fin se ha acordado!

Y enseguida, como adelantándose a mis reproches, añade:

—No te extrañe que haya cuatro versiones distintas de la vida de Cristo. Los Evangelios describen los hechos de cuatro modos diferentes.

Lo cierto es que, para alguien como yo, un no iniciado que además es musulmán y está acostumbrado a la unicidad del Corán, el que existan estas cuatro versiones distintas constituye una aberración. Pero el buen humor primaveral que me acompaña esta mañana impide que me detenga a fijarme en detalles como ése. Además, para mí el Corán ha perdido toda credibilidad, así que abro con impaciencia el libro de los cristianos por la parte titulada «Evangelio según San Juan».

—Es mejor que empieces por otro lado: por el Evangelio de San Mateo, por ejemplo. Para comenzar es más fácil —me aconseja Massoud por encima del hombro.

¿Cuál es la misteriosa intención que me lleva a desoír su consejo cuando me tumbo en la cama con el libro? ¿Desafiarle? ¿No dar mi brazo a torcer? ¿El deseo de no plegarme a las órdenes de un cristiano, y menos aún en materia religiosa? Fiado de mi propio juicio, empiezo precisamente por la última versión, la del tal Juan. Absorto en el texto, me olvido hasta de desayunar y no noto pasar las horas.

Y no sé en virtud de qué milagro termino leyendo exactamente las palabras «pan de vida»: las mismas que acabo de oír hace unas horas en mi sueño.

Para despejar toda duda, vuelvo a leer despacio el pasaje en el que, después de multiplicar los panes para la muchedumbre, Jesús les dice a sus discípulos: «Yo soy el pan de vida; el que viene a mí no tendrá hambre...».

Entonces sucede dentro de mí algo extraño, como una violenta explosión que lo arrastra todo a su paso y va acompañada de una sensación de bienestar y calor.

Es como si de golpe una luz brillante alumbrara mi vida de un modo totalmente nuevo y le diera sentido. Así es como me imagino yo un rayo ¡y es incluso más grandioso que un rayo!

Tengo la sensación de estar ebrio y un sentimiento de fuerza inaudita inunda mi corazón; una pasión casi violenta y cargada de amor hacia ese Jesucristo del que hablan los Evangelios.

Al mismo tiempo, comprendo que el sueño de la noche anterior era más que eso: contenía —ahora lo sé con absoluta claridad— una llamada, un mensaje personal que me dirigían a través de esas palabras. No sé de dónde proceden, ni sé decir lo que ese hombre representa para mí o cuál es el significado de todo esto.

Sólo sé la alegría que este suceso despierta en mí. Tengo la certeza de que, a partir de ahora, mi vida nunca volverá a ser como antes.

A lo largo de los días siguientes sólo tengo una cosa en mente: dejar que mi embriaguez se prolongue, seguir alimentándola con la lectura completa de los cuatro Evangelios. Quiero saberlo todo de este Jesús, conocer su

modo de vida, absorber hasta la última palabra que pronuncia, indignarme con lo que la gente dice de Él...

Por primera vez tengo la impresión de que en mi desprecio hacia el cristianismo se abre una grieta. La religión que consideraba inferior adquiere a partir de ahora una nueva perspectiva. Experimento la difusa sensación de que encierra una auténtica fuente de amor, de libertad: multitud de beneficios que hasta ahora han brillado por su ausencia en mi práctica religiosa.

En lugar de preceptos y deberes formales como el de los cinco ratos de oración diaria, en mi cabeza y en mi corazón las palabras del padrenuestro del Evangelio resuenan como un bálsamo confortador. Si Alá habla igual que un padre que ama a sus hijos, si perdona incluso a los pecadores, mi relación con Él no puede seguir siendo la misma. Ya no vivo en la sumisión o el temor, sino en el amor, como en familia.

Hasta el arrepentimiento, que también existe en el islam, se presenta ahora liberado de una serie de condiciones y deberes que hacían de él una pesada carga.

En mi espíritu se mezcla todo lo que el islam me ha inculcado, lo que ha marcado mi personalidad y mis pensamientos, con este modo nuevo de contemplar la fe que —he de confesarlo— me seduce enormemente.

Llenan mi cabeza todos los nombres que el Corán atribuye a Alá, de los que se conocen noventa y nueve: el Eterno, el Originador, el Único, el Inaccesible, el Firme, el Invencible, el Glorificado, el Sabio, el Benéfico, el Misericordioso, pero también el Vengador...

Ahora existe uno más, el centésimo, que no conoce nadie. Ese nombre de Alá misterioso y desconocido me da la impresión de haberlo descubierto hoy: es el Amor.

Se desvanecen en mí el espíritu de conquista y el afán de convertir a Massoud. Sólo tengo un deseo: poder comer un día de ese «pan de vida», aunque todavía no conozca su significado.

Entre todas las novedades que se despliegan ante mí en el orden de la fe, hay algunas que chocan frontalmente con mis antiguas convicciones. La categoría de Jesús, por ejemplo: para los cristianos es el Hijo de Dios, cosa absolutamente impensable entre los musulmanes. Sería como decir que Alá

se ha casado, que ha tomado esposa. A pesar de mis dudas en materia de religión, no estoy preparado para aceptar algo así. Creo que los cristianos se equivocan: Jesús sólo es un siervo de Alá; un siervo ilustre, sí, pero siervo al fin y al cabo.

Para aclarar mis ideas y salir de la confusión que me envuelve, esta vez no veo otra solución que confiarme a Massoud. Es cuestión, pues, de tragarme el orgullo y confesarle que he perdido toda mi confianza en el islam.

Un poco avergonzado, pero al mismo tiempo encantado de poder comunicar mi alegría, hago el esfuerzo de contarle la extraordinaria aventura que he vivido hace sólo unos días.

Llevado por el entusiasmo, saboreo el placer de poder anunciarle que a partir de ahora compartiremos más o menos la misma fe en Jesús. Y sobre todo, como el niño que prepara en secreto su regalo, disfruto por anticipado de la alegría que le causará tan buena noticia. Al menos eso es lo que imagino...

Pero lo que veo aparecer en su rostro no es precisamente una sonrisa. Al contrario: Massoud palidece y tensa la mandíbula, y su rostro se endurece. Sólo la intensa actividad que leo en sus ojos me deja vislumbrar el sentimiento que le embarga. Y lo que percibo es miedo: un miedo cercano al pánico que hace estremecerse a este hombre hecho y derecho.

Su actitud me deja totalmente desconcertado. No comprendo nada y le interrogo con la mirada. El cambio se ha producido bruscamente, cuando estaba llegando al final de mi relato. Hasta ese momento parecía escuchar con interés, con una atención bien dispuesta que me animaba a seguir hablando.

Lo que le estaba diciendo no tiene nada de extraordinario, y tampoco es especialmente audaz, salvo quizá mi extraño sueño: tan sólo le comunicaba mi intención de dar a conocer a mi familia mi nueva fe en Jesucristo.

—¡Eres un insensato! —estalla Massoud—. Te matarán...

Nunca le había visto así. Está fuera de quicio, como si hubiera perdido totalmente el control de sus nervios.

—¡Imposible! Mi familia me quiere, sería incapaz de hacerme daño...

—Escucha, te lo ruego —me dice Massoud cambiando bruscamente de tono —: pones tu vida en peligro, y la mía también. En este país no se

puede cambiar de religión así como así. ¡Está castigado con la muerte!

Entonces tengo un momento de lucidez: ahora sé por qué desde que nos conocimos Massoud se ha mostrado tan reacio a hablarme de su fe y de su modo de vida. Sabía a lo que se arriesgaba.

No obstante, movido por el ardor que ha suscitado en mí la reciente lectura de la trágica historia de Jesús, replico:

—También Cristo murió. Y, después de él, sus discípulos, que arrostraron toda clase de peligros por seguirle. Lo he leído en la parte que sigue a los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles. Si amo a Cristo ¿por qué no voy a imitarles?

—Pero Cristo no quiere que mueras. Si realmente crees en Él, pidamos al Espíritu Santo que nos ilumine. Y te vuelvo a suplicar: controla tu entusiasmo y júrame que, cuando vuelvas, ¡no le dirás ni una palabra a tu familia!

Aunque no alcanzo a comprender la magnitud del peligro de que me habla Massoud, lo cierto es que no tengo elección. Si quiero que me guíe por el camino de la fe, un camino que continúa mostrándose plagado de los obstáculos que plantean las enseñanzas del islam, no tengo más remedio que someterme a sus ruegos: es el único cristiano que conozco.

Por eso, muy a mi pesar, accedo a cubrir con un velo de silencio lo que estoy convencido que será a partir de ahora el nuevo motor de mi vida.

Pese a todo, durante uno de mis siguientes permisos tengo la osadía de romper —al menos en parte— la ley del silencio preguntándole al ayatolá su opinión sobre el Evangelio de los cristianos.

Su respuesta es que el libro contiene cosas que son ciertas y cosas que son falsas o bien se han omitido: entre otras, la llegada del profeta Mahoma después de Issa, o el que Issa sea el hijo de Dios.

El ayatolá concluye pidiéndome que no vuelva a verle.

—Tus preguntas —me dice— son demasiado complicadas y fatigosas para mí. Por lo general la gente viene a consultarme sobre las cosas de la vida diaria que son pecado —*haram*— o no —*halal*—. Déjate de cuestiones teológicas que son demasiado complicadas y no van a ningún sitio.

Sus palabras no me aclaran nada, pero me enseñan una cosa: es inútil seguir buscando respuestas en mi antigua fe, en el islam.

Estoy convencido de que los cuatro últimos meses de campamento se contarán entre los más felices de mi joven existencia. ¿Será por eso por lo que pasan también a una velocidad asombrosa?

No obstante, en apariencia mi vida de soldado transcurre exactamente igual, con la repetitiva rutina de los deberes cotidianos —bastante escasos, por cierto—. Es en mi interior y en el cuarto que comparto con Massoud donde se opera el cambio.

La novedad consiste en que los dos nos pasamos horas rezando juntos. Mi compañero tarda muy poco en enseñarme la señal de la cruz y las oraciones más comunes: el padrenuestro, el avemaría, la meditación del Evangelio...

De la mano de mi guía descubro la cercanía de Cristo y aprendo a dialogar con Él en mi interior, de corazón a corazón. Nada que ver con la oración islámica, de la que recuerdo que lo más importante son las abluciones, exclusivamente externas.

Dentro del cuartel hablamos siempre en voz baja para evitar que nos sorprendan. Por eso solemos elegir las horas de las comidas, cuando es menor el riesgo de que nos sorprendan los demás soldados del regimiento. En realidad, éstos se limitan a extrañarse de que un cristiano y un musulmán pasen tanto tiempo juntos. Afortunadamente, su curiosidad no llega al extremo de espiarnos para enterarse de lo que ocurre.

¿Cuál sería su sorpresa si conocieran el contenido de nuestras conversaciones, durante las cuales Massoud se emplea a fondo para explicarme los misterios de la fe! La Trinidad, por ejemplo, impensable en el islam. ¿Cómo hacerle comprender a un musulmán que los cristianos sólo tienen un Dios, y no tres?

Para descender a mi nivel, mi compañero se vale de imágenes sencillas tomadas de sus conocimientos del campo:

—Con el sol ocurre algo parecido —me dice—. Hay tres maneras de notarlo: mirándolo directamente, sintiendo su calor o contemplando su reflejo en el agua...

Me maravilla su facilidad para hablar de las cosas de Dios, aunque lo cierto es que en mi caso los problemas que plantea la fe no son tales: desde que he leído la Biblia, creo espontáneamente y de un modo natural, como lo haría un niño, sin hacerme demasiadas preguntas. Todo me parece evidente,

incluso cuando me lleva un tiempo aclararme y liberar mi espíritu de la confusión en que lo tiene sumido lo aprendido hasta ahora.

Lo que me resulta más sorprendente es el hecho de constatar un buen día que mi modo de mirar a los demás se ha transformado de forma imperceptible. Ya no es la superioridad de mi rango lo que rige mi relación con el resto de los soldados, sino el deseo de servirles, de amarles como sé que Cristo les ama; aunque, por lo que a mí respecta, no haya pasado aún del plano de las intenciones y tan noble sentimiento por el momento no vaya acompañado de hechos.

También con mi familia experimento con gozo este sentimiento nuevo para mí: el amor al prójimo que Cristo manda en el Evangelio. Tengo un único deseo: hacerles partícipes de la felicidad que me embarga, una felicidad que desconocía hasta ahora.

Por lo tanto, durante mi siguiente permiso, fiel a la promesa hecha a Massoud, evito desvelar el fuego que arde dentro de mí. Pero me cuesta reprimir mis deseos, especialmente cuando llega el momento de la oración en común.

Llevado de mi entusiasmo de neófito, me había olvidado por completo de este pequeño detalle de la vida en familia, que ahora me pone en un gran aprieto. El trabajo de mi padre exige recibir a menudo a sus invitados en la sala común, donde antes de comenzar la reunión todo el mundo se pone en pie para rezar.

En estas ocasiones me levanto igual que los demás, como un autómatas dominado por sus reflejos, hasta que de repente tomo conciencia de lo que estoy haciendo. Entonces me invade la confusión y aprieto los puños, paralizado por la idea de estar rezando como un musulmán cuando esta religión ya no significa nada para mí.

Y eso que, dentro de lo malo, tengo la suerte de que no rezamos en voz alta, así que me basta con disimular y arrodillarme cinco veces al día, igual que los demás, recitando cada vez la *Fâtiha* de la sura 4. Lo cual no quiere decir que no me cueste un triunfo abstenerme de salir corriendo para evitarme esta comedia patética.

A veces tengo la suerte de poder librarme de tan penoso deber alegando una urgencia para salir de la sala común antes de que comience la oración. Pero no siempre es posible.

Así pues, en el momento de iniciarse el ritual, vivo siempre un breve y desagradable instante en el que represento el papel de traidor: traidor a mí mismo porque no soy fiel a mis nuevas creencias; y traidor a mi familia porque la engaño con mi forma de actuar. En ese momento respiro hondo para reunir el valor necesario y la prudencia se hace con el control de mis emociones.

Afortunadamente, el suplicio no dura más que ocho días —el tiempo del permiso— antes de poder abrir mi corazón a Massoud. Mi mayor deseo es que él me libere de la pesada carga que supone mantener en secreto mi conversión. Y nada más volver saco el tema:

—Tengo un problema: no puedo continuar así...

—¿Así cómo?

—Fingiendo que rezo igual que el resto de mi familia, como si no pasara nada. Además, en la *Fâtiha* que se supone que recito dice el Corán que los extraviados —es decir, los cristianos— no podemos seguir el camino de Alá...

Massoud se queda pensando unos instantes y me sugiere una solución:

—Mientras rezas no tienes más que invocar a Jesús desde lo más hondo de tu alma. Pero sobre todo —vuelve a insistir él— procura que nadie se dé cuenta. Si no, ya sabes la suerte que la *charia* les tiene reservada a los infieles...

Sí, lo sé muy bien; y, en caso de que se me olvide, Massoud se encarga de recordármelo a la menor ocasión. Empiezo a creer que no tiene ninguna confianza en mí, lo que hiere un poco mi amor propio. Aunque si lo que teme es mi ardor de converso, ¿no tengo más remedio que darle la razón!

Pero Massoud conoce bien a los hombres y el modo de tratarlos. A fuerza de apelar a mi prudencia, y a mi paciencia, la lección acaba por dar su fruto. Siguiendo los sabios consejos de mi mentor, acepto ponerme en manos del Espíritu Santo que —me dice él— es un buen guía interior: basta con pedirle que me indique el camino a seguir.

No obstante, Massoud no se contenta con atiborrarme a frases piadosas. A la vuelta de uno de sus permisos, esto es lo que me sugiere para escapar de una doble vida que a la larga se hace insostenible:

—Escucha: he meditado mucho sobre tu situación e incluso he hablado con un sacerdote de mi pueblo y con mi propia familia. Lo mejor sería que

te vinieras conmigo al norte, al sitio en el que vivo. Será suficiente con que cambies tu documentación y te registres como hijo de mi padre...

Y, después de un silencio, el sabio campesino que hay en él añade:

—Si te casas con una de mis hijas, la que tú quieras, pasarás a formar parte de la comunidad cristiana.

Esta última proposición me hace sonreír y pienso que tanto sobre cristianos como sobre musulmanes siguen pesando las costumbres de los habitantes de este país, que hacen del matrimonio un asunto familiar demasiado serio para dejarlo en manos de los principales interesados.

Pero en el fondo estoy dispuesto a todo con tal de hacerme cristiano, incluso a casarme, aunque hasta el momento este tema no me haya preocupado nada. Lo que más deseo en el mundo, lo que domina todos mis pensamientos y mi voluntad, es el bautismo; y, antes casi que el bautismo, la comunión del «pan de vida».

El resto —incluido el modo de conseguirlo— carece de importancia. Como un alumno aplicado, me pliego a la sugerencia de Massoud de invocar al Espíritu Santo para que me guíe por el buen camino; aunque lo cierto es que no estoy plenamente convencido de que la propuesta de mi amigo sea la que más me conviene...

Las semanas transcurren tranquilamente, al ritmo de los ratos de oración y las conversaciones sobre religión que sostenemos Massoud y yo a trancas y barrancas. No costaría nada convencerme de que renuncie a mi siguiente permiso si no fuera por el cariño que me une a mi familia.

Lo que más me echa para atrás es tener que mentir y ocultar mis sentimientos más profundos. Tampoco me seduce la idea de ponerle más obstáculos a mi padre, que no dejará de preguntarme el nombre del comandante del campo: dadas las circunstancias, no tengo intención alguna —al contrario de lo que le ocurre a él— de acortar mi servicio militar.

La verdad es que mi padre no teme demasiado por mí: los meses transcurridos le han convencido de que el riesgo que corro es menor. Es cierto que la zona de combate no queda demasiado lejos, pero al menos no estoy en primera línea y los bombardeos nunca han significado una amenaza para los barracones que ocupamos.

A mi regreso al campamento me aguarda una sorpresa desagradable: mi cuarto está vacío. Massoud ha desaparecido y, con él, todos sus enseres. Con cierta inquietud, voy de barracón en barracón para intentar enterarme de lo sucedido.

Agotado de buscar, por fin doy con un soldado de guardia que me cuenta que Massoud se ha ido, ha sido liberado inesperadamente. Probablemente ha recibido la famosa carta que llevaba nueve meses aguardando. Ése es el tiempo que ha tardado la burocracia del ejército en reconocer su error y desmovilizarlo de la noche a la mañana: una práctica militar bastante inusual, aunque quizá se pueda explicar —me dice el avisado recluta— por la avanzada edad del cristiano.

Es una catástrofe. Massoud se ha ido sin dejar nada para mí, ni una indicación, ni una sola palabra. ¡Y yo que estaba deseando reunirme con él de nuevo! Me siento abandonado, casi traicionado: completamente solo frente a lo desconocido.

Vuelvo cabizbajo a mi cuartel sintiendo sobre mis hombros todo el peso de mi decisión de abandonar el islam. Ni por un instante me arrepiento de ella: el gozo de haber encontrado a Cristo continúa siendo real. Pero ahora que Massoud se ha marchado, empiezo a calibrar lo que significa vivir a contracorriente, en un entorno familiar y social que no acepta la diferencia religiosa.

Pasan los días y, presa de la desolación, vencido y sin recursos, me encierro en mí mismo. Tan ausente está mi corazón que incluso las oraciones que pronuncio sin convicción me resultan penosas.

Y de repente, sin saber por qué, el horizonte se despeja y la esperanza renace en mi interior: ¡no puede ser que Massoud me haya abandonado de este modo! Es impensable en él. Después de todo lo que hemos vivido juntos, los lazos que nos unen son demasiado fuertes. Si ha tenido que marcharse bruscamente, seguro que volverá a buscarme. Sabe dónde estoy y lo mucho que le necesito. No puede haberse olvidado de mí. Es cuestión de tiempo: el que tarde en organizarse y preparar mi llegada a su pueblo. Con el ánimo recobrado, me agarro firmemente a esta idea para no caer en la desesperación.

La vida recupera su color, pero los días y las semanas, de un calor asfixiante, siguen pasando lentamente sin que reciba una sola noticia de Massoud.

Al cabo de un mes decido informar a mi padre del nombre del comandante para que pueda hacer uso de sus contactos y me concedan la exención. A los pocos días me encuentro de nuevo en casa. De todos modos, Massoud conoce nuestro nombre y mi dirección en Bagdad: más vale esperarle aquí que en ese campamento siniestro en el que nada me retiene ya.

Soledad

Bagdad, invierno de 1987

La duda se va apoderando insidiosamente de mí. Hace ya varios meses que me he reincorporado al caserón familiar y ni rastro de Massoud. A cada día, a cada semana que pasa, va menguando poco a poco la esperanza de que reaparezca en mi vida.

¿Y si, después de todo, resulta que he pecado de un exceso de confianza en el cristiano? Al fin y al cabo, ¿no era él quien me recomendaba prudencia? ¿Quizá es que tiene miedo del riesgo que represento para su tranquilidad?, ¿miedo a poner en peligro a su familia por un chiíta — aunque se trate de un converso— del que sabe tan poco?

Lentamente, me resigno pesaroso a no hallar salvación en mi antiguo compañero de cuarto. Pero lo que más me extraña es constatar que, a pesar de esta traición, en el fondo de mí continúa existiendo una gozosa confianza que las contrariedades no logran alterar. Curiosamente, vivo como si mi conversión hubiese infundido en mí una capacidad de resistencia a la angustia e incluso a la desesperación.

Y no será por falta de obstáculos. A fuerza de mentiras y de expectativas frustradas, en apenas unos meses la vida cotidiana del clan Moussaoui se me hace insoportable, como un veneno que se va infiltrando poco a poco en mis venas.

Pero no quiero darme por vencido. Si ya no puedo contar con Massoud, urge buscar otra solución para escapar del yugo cuya vaciedad y sinsentido me oprimen.

Si miro las cosas con cierta distancia, ¿qué es lo que cuenta más: Massoud o Cristo? ¿Es a Massoud a quien espero, su amistad, el deseo de recuperar nuestra vida de oración, todo ese ambiente fraternal que ha logrado crear la cercanía de nuestras almas a lo largo de nueve meses? ¿O bien lo que más deseo en este mundo supera los lazos que hoy han quedado desatados?

Con una mezcla de misticismo y resignación, acabo diciéndome que, si Massoud me ha abandonado, es porque seguramente existe una razón superior; que todo esto tiene un sentido, *Inch'Allah*. Quizá me encuentre más atado a él que al cristianismo; quizá deba soltar esas muletas para profundizar en mi fe...

Después de varios meses dándole vueltas a esta idea, llego a la conclusión de que, si quiero seguir viviendo mi nueva fe, es imprescindible pasar a la acción. ¿Qué importa si mi antiguo compañero de regimiento no regresa? Es cuestión de buscar por mi cuenta otra solución que me ayude a escapar de esta vida angustiosa.

Por otra parte, con Massoud he disfrutado de la oración en común y ardo en deseos de recuperar el clima de los días felices que hemos compartido. También me doy cuenta de que en soledad mi oración es muy frágil, como la llama de una vela que vacila... Si bien es cierto que conservo mi ejemplar de los Evangelios, éstos no son alimento suficiente. Necesito que el fervor de otros creyentes confirme mi joven fe.

En mi opinión es muy sencillo: no tengo más que ir llamando a la puerta de todas las iglesias de Bagdad y pedir el bautismo. Llego incluso a imaginar que me recibirán con los brazos abiertos y aplaudiendo mi acto de valentía. Solo que en la práctica la cosa resulta un poco más complicada. Primero he de conseguir ausentarme de casa el tiempo suficiente para recorrer los veinte kilómetros que me separan del centro de la ciudad. Como en realidad disfruto de muchos ratos de libertad, mi único temor es que mis actividades despierten sospechas.

Prudentemente, procuro espaciar lo más posible mis escapadas y aprovecho los momentos en que mi padre está de viaje, cuando todos, liberados de la férrea tutela del jefe del clan Moussaoui, podemos actuar a nuestras anchas. Y es que mientras él está en casa es difícil sustraerse a su mirada aquilina. Pendiente siempre hasta del último detalle, vigila para

asegurarse de que todos nos dedicamos a alguna tarea en bien de la comunidad.

Por eso pasan varias semanas antes de que logre escaparme. Nervioso a causa de la larga espera, procuro no dejar pasar cada ocasión que se presenta: una y otra vez mis impacientes esperanzas quedan truncadas.

Aunque cada una de mis tentativas está henchida de optimismo, no sufro más que decepciones. La mayor parte de las veces me encuentro las puertas cerradas o, para ser más exactos, me ponen de patitas en la calle.

Al principio empujaba las puertas de los edificios sin pedir permiso, con la esperanza de recibir la misma calurosa acogida que el hijo pródigo. Pero pronto llega el desencanto: sólo me encuentro con rostros severos y a veces hostiles que me examinan de los pies a la cabeza.

Después de encajar varias negativas, comienzo a entenderlo. Hasta ahora solo he acudido a pequeñas comunidades en las que todo el mundo se conoce. Por eso no tardan nada en identificarme como extraño, como alguien sospechoso de venir a espiar entre los cristianos, que en este país representan una pequeña minoría.

Descartado este método, empiezo a jugar la carta de la franqueza y, al entrar en la iglesia, me dirijo sistemáticamente a un sacerdote para pedirle que me autorice a quedarme unos momentos en este lugar sagrado. Aunque el método resulta más cómodo, tampoco se demuestra demasiado eficaz.

Lo habitual es que en estas ocasiones también acabe chocando contra un muro. «¡Si se es cristiano, se es cristiano, y lo mismo si se es musulmán!», me responden fríamente en cuanto les comunico mi intención de recibir el bautismo.

Hasta que un buen día, exasperado por tantas idas y venidas infructuosas, por tantas estratagemas, por el doble juego del que es víctima mi propia familia, dejo estallar mi cólera en la cara de un pobre sacerdote que, como todos los anteriores, me acaba de despachar sin contemplaciones.

—¡En el nombre de Cristo, no se atreva usted a echarme!

Mi reacción le deja estupefacto.

—Tenemos órdenes —me informa tímidamente a guisa de explicación — de negar la entrada a nuestras iglesias a los musulmanes.

—¿Y por una vez no puede hacer una excepción? Pregúntele a su superior y dígame que es por lo menos la décima iglesia que me da con la

puerta en las narices.

Movido por mi exabrupto, que ha debido de parecerle sincero, el sacerdote me promete consultar al patriarca responsable de cuanto concierne a los cristianos aquí, en Bagdad, y en todo Irak.

Su promesa representa una ocasión —quizá la única, ¡a saber si habrá otra!— digna de ser tomada en cuenta, así que le comunico mi firme intención de volver dentro de unas semanas para conocer la respuesta del patriarca.

Durante los días que me separan de esta nueva tentativa, no mantengo la moral demasiado alta: mi entusiasmo se ha visto considerablemente disminuido por los fracasos y me limito a calcular las posibilidades de que me escuchen sin acabar de creer que así será... Mi corazón oscila por días entre el escepticismo y una tímida esperanza que descansa sobre la única certeza, bastante pobre, de conseguir superar la desconfianza generalizada de los cristianos. Me empeño en contar mi historia con todo el ardor de mi reciente fe. ¿Bastará con eso?

Al cabo de unas semanas, la decisión del prelado que me transmiten cae sobre mí como un jarro de agua fría: «No se puede sacrificar a todo el rebaño por salvar a una oveja».

Me siento desfallecer. Llevo meses llamando a la puerta de los cristianos y estos, con una falta de coraje en mi opinión muy poco evangélica, se niegan una y otra vez a aceptarme en su comunidad.

Al mismo tiempo, entiendo lo que se juegan. Como me explica el sacerdote, algo más dialogante que el resto, en el régimen laico de Sadam acoger a un musulmán en una iglesia puede valerte la acusación de proselitismo. Y en Irak el proselitismo significa la muerte, tanto para el que lo practica como para el musulmán que lo permite.

Aunque comprendo sus razones, en lo más oculto de mi corazón, abrasado por un loco amor místico, no puedo evitar pensar en Cristo, que no temió arriesgar su vida para anunciar la salvación a los hombres.

Pero así están las cosas. He perdido la esperanza de poder salvar algún día el muro que se alza entre mi deseo de ser bautizado y los hombres de Iglesia: en sus manos está y no quieren hacerlo. En un último desafío a la

fatalidad, se me ocurre la idea de dirigirme personalmente al patriarca. Quizá él no sienta tanto miedo de abrirme las puertas de la Iglesia.

Una puerta difícil de hallar, porque me resulta muy complicado dar con la sede del patriarcado, un inmueble semioculto en su distrito administrativo. Cuantas veces me presento allí, me responden invariablemente que Monseñor está visitando Bagdad o bien de viaje por Irak.

Mientras, cada vez más escéptico, espero obtener algún éxito de la gestión, me dedico a vagar como alma en pena por los barrios cristianos, al sur de la ciudad. Ya que me niegan la entrada en sus edificios, aún mantengo la débil esperanza de relacionarme con ellos en plena calle.

Pero mi esperanza no obtiene recompensa. Si tengo la fortuna de conocer a alguien, la conversación se interrumpe bruscamente en cuanto pronuncio la palabra «musulmán»: ni siquiera el hecho de manifestar mi intención de ser cristiano evita el final del encuentro. ¡Y ni pensar en la posibilidad de un contacto posterior!

De decepción en decepción, los meses se transforman en años y mi búsqueda de alguna comunidad cristiana no avanza ni un milímetro. Durante esta época mi único refugio es la Biblia que me dio Massoud —de alguna manera, su regalo de despedida—, la cual conservo como un tesoro.

La devoro a escondidas y me paso horas y horas alimentándome de la Palabra: es lo único que mantiene vivo mi deseo del «pan de vida».

A veces la lectura me presenta ejemplos muy similares al mío ocurridos hace varios milenios. Me gustan especialmente los salmos del rey David, con su alternancia de consuelo y desconsuelo. Estos textos reflejan los sucesivos estados de mi alma mientras recorro a la deriva los barrios cristianos de Bagdad, y mi creciente amor por Cristo. Pero también sufro la tentación inconfesada de abandonar mis pesquisas.

Hasta las palabras del Evangelio parecen haber sido escritas para mí, como una invitación a la esperanza: «Bienaventurados cuando os injurien, os persigan y, mintiendo, digan contra vosotros todo tipo de maldad por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo: de la misma manera persiguieron a los profetas de antes de vosotros» (Mt 5, 11-12).

Aunque resulte paradójico, lo único que me impide rendirme al desaliento es Massoud. En mis oídos aún sigue resonando su advertencia:

«En Irak, por desgracia, el musulmán que quiere introducirse en una comunidad cristiana encuentra muchísimos obstáculos», me prevenía él. Es Massoud también quien me ha enseñado a admirar el coraje de los primeros cristianos a través de los relatos de su persecución.

Por eso, y a pesar de la evidencia, me prohíbo a mí mismo caer en la desesperación. Todo lo que supone para mí rechazo, repulsa y persecución viene a fortalecer mi fe y a confirmar que voy por buen camino. En mi intenso deseo de encontrar a Cristo, sufrir por su causa me hace experimentar incluso algo parecido a la alegría.

Y siempre me queda la oración, alimentada con mis lecturas y con el recuerdo de los santos mártires. Una oración que me esfuerzo por no dejar: creo que sin ella jamás podría resistir.

En los momentos en que mi oración está vacía, cuando ya no hay nada capaz de convencerme de seguir adelante, la voz cálida y aguda de la cantante egipcia Oum Kalthoum consigue conmoverme e infundirme valor. Mientras conduzco hacia el centro de Bagdad, con los ojos llenos de lágrimas me pongo a cantar en voz alta las sentidas palabras de *Aghadan Alkak* — *Te veré mañana*: me basta pronunciarlas para que todo mi cuerpo se estremezca. En mi boca expresan un auténtico anhelo del espíritu que me llena mucho más que el sentimiento amoroso puramente humano, del que por otra parte carezco de experiencia.

Por lo que respecta a mi padre, le encantaría verme mostrar algún interés por el matrimonio, o que al menos me lo planteara. Durante los cuatro años transcurridos desde que volví del ejército, más de una vez ha mencionado el tema, aunque sin demasiada insistencia. Pero está claro que le disgusta que mis hermanos se vayan casando uno tras otro mientras yo, su hijo predilecto, sigo soltero: sobre todo teniendo en cuenta que, si el día de mañana he de tomar las riendas de los Moussaoui, necesito una esposa digna de llevar ese nombre.

Lo que mi padre ignora es que a mí sólo me atrae una idea: dejar mi casa lo antes posible para vivir mi fe sin ocultarme. No siento ningún deseo de fundar un hogar ni de suceder a mi padre como jefe del clan, aunque ello implique, junto a privilegios y riquezas innumerables, el poder absoluto sobre mi familia.

A principios del año 1992 estoy muy lejos de imaginar lo que me espera cuando, en respuesta a la llamada de mi padre, acudo a la gran sala justo antes de comer:

—Hijo, tengo una excelente noticia para ti: ¡te he encontrado esposa!

Anonadado, balbuceo una excusa, aunque apenas soy capaz de articular tres palabras:

—Pero... por el momento no tengo ninguna intención de casarme...

—Pues ya he pagado la dote, *al-mahr*, y he dado mi palabra a la familia, así que ahora lo que está en juego es mi honor. ¡No puedes negarte!

Me siento acorralado, sin escapatoria. Si me echo atrás, mi familia política lo considerará un ultraje y se creará un grave conflicto entre clanes. Por otra parte, es totalmente impensable que le confiese a mi padre el auténtico motivo por el que no deseo casarme.

Viendo mi rostro desencajado, mi padre añade con una sonrisa cómplice:

—Bueno, yo he elegido a tu mujer porque a nuestra familia le conviene, pero si quieres tomar otra, adelante. A ésta no tienes más que quedártela como si fuera un mueble más de tu dormitorio.

Y, dando por zanjada cualquier discusión, añade en tono imperativo que ya lo ha organizado todo: ¡hace un mes que estoy oficialmente comprometido! Las dos familias se han puesto de acuerdo sin preocuparse de comentarlo ni con ella ni conmigo.

Como es costumbre —me dice mi padre con orgullo—, han ofrecido para la ocasión un montón de joyas y de productos de belleza para que la novia luzca radiante el día de la boda, la cual se celebrará ¡dentro de una semana!

Pálido de rabia e impotente, no me queda más remedio que someterme a esta parodia de matrimonio. Durante los pocos días que quedan para el acontecimiento, asisto como mero espectador y sin ningún entusiasmo a los preparativos de la fiesta en la que seré el centro de todas las miradas. Estoy triste, con el corazón hecho pedazos, encerrado entre los muros de mi propia soledad y sin poder confiarme a nadie... Y, para colmo, ¡ni siquiera me permiten ver a la que se va a convertir en mi esposa!

El día señalado me llevan como a un autómatas ante los sunitas responsables de los tribunales civiles. Es la primera vez que veo a Anouar, mi futura esposa: una hermosa mujer de 24 años, sonriente y de ojos y cabellos oscuros.

Parece muy tímida; no se atreve a poner sus ojos en mí. También ella se siente incómoda al oír las palabras del juez del tribunal coránico cuando, antes de firmar el contrato matrimonial, le pregunta groseramente si consiente al acto sexual. Anouar se ruboriza y yo lo lamento por ella. Tarda tanto en contestar que el juez se ve obligado a repetir la pregunta. Cada vez más nerviosa, por fin acaba saliendo de su boca un «sí» avergonzado.

Luego, de acuerdo con la costumbre chiíta, nos presentamos ante el jeque. La ceremonia religiosa, *al-Zaffeh*, se celebra al norte de Bagdad, en el gran mausoleo del imán Moussa al-Khadim, el séptimo de los doce imanes venerados por los chiítas y fundador en el siglo VIII del linaje familiar.

A la novia, engalanada y vestida de blanco, la acompaña hasta las posesiones de los Moussaoui un largo cortejo de hermanas, tías y primas en medio de la algarabía de la fiesta. Los hombres, sus hermanos, se quedan en casa, expresando de este modo que el matrimonio de Anouar, quien va a disfrutar con un hombre del acto sexual, es para ellos motivo de vergüenza.

En el curso de la gran recepción que se ofrece después, todo el mundo se acerca a felicitar al padre del novio, gran señor y único y auténtico rey de la fiesta.

Al hilo de las conversaciones, me entero de que a nuestras respectivas familias les une un lazo anterior a este nuestro, pues mi tío materno, hoy fallecido, estuvo casado con una de las seis hermanas de Anouar, bastante mayor que ésta. Durante el entierro de su hermano, mi madre puso los ojos sobre esta jovencita, y tanto le gustó que descubrió en ella a la esposa que me convenía. Mis padres están desesperados por casarme, sobre todo cuando todos mis hermanos menores ya lo han hecho, con lo cual el asunto ha adquirido el carácter de urgente.

Mi padre formuló una primera petición ante la madre de Anouar, viuda desde que su marido falleciera a resultas de una cena excesivamente copiosa durante el Ramadán.

Sobra decir que la petición no tardó en ser aceptada: desde que tenía cinco años, Anouar estaba destinada a un *sayyid*, un noble musulmán, de acuerdo con la promesa realizada por su madre después de que su hija saliera milagrosamente indemne de un incendio doméstico. Este compromiso llevó a rechazar a los numerosos pretendientes de Anouar,

entre los cuales se contaba su primo, locamente enamorado de ella. Y ello a pesar de que, según la tradición, un primo tiene prioridad sobre cualquier extraño. Pero es que en su caso él no era un *sayyid*...

Con una crispada sonrisa esculpida en el rostro e incapaz de prever mi suerte, afronto este día con fatalismo, sin contar siquiera con el consuelo de mirar a mi esposa, a quien mantienen al margen de la boda junto con el resto de las mujeres. Tampoco a ella —me digo con amargura— le ha pedido nadie su parecer: ni su madre ni el hermano que se ha hecho cargo de la familia tras la muerte del padre.

Cuando los invitados se han marchado, me reúno con ella y le pregunto si está cansada y si todo va bien. Anouar me confía su inquietud ante lo desconocido de la vida que inicia y da la impresión de que este primer contacto entre ambos la deja algo más tranquila. Su hermana mayor —me dice— me ha descrito como un hombre bueno y apuesto que goza de una excelente situación social y religiosa, además de disponer de una fortuna conocida por todos: en resumen, lo que se llama un buen partido.

Aunque procuro ser lo más atento posible, no hay nada que me una a Anouar, y menos aún la fe, que es lo único que a día de hoy me preocupa realmente. Abatido, supongo que a partir de ahora mi búsqueda de una iglesia que me acoja se va a complicar notablemente.

En efecto, mi nueva vida de casado me obliga a redoblar las precauciones tanto cuando decido emprender una expedición a Bagdad como a la hora de leer la Biblia. No he tardado en darme cuenta de que para mi mujer, que va siempre velada, el islam tiene mucha importancia, así que corro el riesgo de que me denuncie a su familia si en algún momento mis ausencias despiertan sus sospechas, o de que me pregunte por ese libro en el que suele verme enfrascado tan a menudo.

Para ahuyentar cualquier duda, de vez en cuando y por costoso que me resulte, hago el esfuerzo de asistir a los ratos de oración en familia. Por el momento vivimos en casa de mi padre, pero a medida que van pasando las semanas comprendo que no podré seguir disimulando mucho más tiempo ni ante mi familia ni ante mi esposa. Es preciso buscar una solución que me facilite de nuevo cierta libertad de movimientos.

Transcurrido apenas un año, es mi hijo Azhar, nacido el 25 de diciembre, el que me da la idea.

Aprovechando tan feliz acontecimiento, hago acopio de todo mi valor y me dirijo a mi padre, a quien supongo mejor dispuesto que nunca gracias a la llegada de este retoño varón que viene a perpetuar su linaje.

—Este nacimiento cambia mucho las cosas —insinúo con suavidad—. A partir de ahora me gustaría cubrir las necesidades de mi familia por mis propios medios. No quiero seguir viviendo a tus expensas como mis hermanos, sin hacer nada en todo el día. Necesito una casa para nosotros tres. Déjame marchar y comprar una casa. Si es necesario me pondré a trabajar...

Tal y como imaginaba, la primera reacción de mi padre es de rechazo: le resulta muy difícil ver cómo su prole escapa a su control.

Pero, sin duda llevado por la necesidad, me sorprendo a mí mismo insistiendo sin dejarme desalentar por sus protestas. Sé que me quiere y que confía en mí. Por fin, harto de discutir, acaba cediendo a mi insistencia, en parte por conservar la paz, en parte porque tiene sus propios planes; y es que le ha echado el ojo a una casita que hay al final del camino y tiene posibilidad de adquirirla a buen precio para después regalármela. De este modo podrá seguir disfrutando de la seguridad de que no se le escapa nada y, de paso, acrecentar su patrimonio.

El traslado a nuestro nuevo hogar me permite retomar con más tranquilidad mis expediciones a los barrios cristianos, pues no he perdido del todo la esperanza y me veo incapaz de continuar viviendo en la semiclandestinidad.

La verdad es que no me queda otra opción: necesito encontrar el modo de vivir mi fe abiertamente, aunque ello me cueste renunciar a mi mujer. Éste es el plan que tenía tramado hasta el nacimiento de mi hijo. Ahora ya no estoy tan seguro de que sea una buena idea...

Verano de 1993

A fuerza de recorrer de arriba abajo todos los barrios de Bagdad en busca de iglesias, empiezo a conocer bien las zonas habitadas por cristianos. Así como la gran catedral del casco antiguo al lado del inmenso zoco parece un poco aislada, los nuevos barrios del sur y el sudeste se han ido poblando poco a poco de cristianos de buena posición atraídos por unas condiciones

de vida más agradables y pacíficas, puesto que los musulmanes suelen preferir el norte.

Por eso procuro concentrar mi búsqueda en el barrio de Adorah, al sur de la ciudad antigua, en el que la población es mayoritariamente cristiana.

Un día, sediento después de una hora de andar dando vueltas por calles polvorientas, entro por casualidad en una tienda con intención de comprar un refresco. En este pequeño supermercado en el que venden de todo descubro de inmediato detrás del tendero, un joven de unos treinta años, un pequeño icono de la Virgen María clavado en la pared. Alentado por la presencia de este signo palpable de procedencia cristiana, me pongo a hablar con él:

—Por aquí es raro ver en las tiendas este tipo de imágenes religiosas —le digo, señalando el icono con la barbilla—. Es una hermosa imagen de la Virgen.

Sin despegar los ojos del precio de la botella que le tiendo, el hombre me contesta bajando la cabeza, sin pronunciar palabra. Aun así, salgo de su tienducha con la sensación de haber dado con una pista más consistente de lo habitual.

Después de meses y años de búsqueda, jamás me había encontrado con una afirmación tan serena de fe cristiana. Es verdad que una imagen de la Virgen corre menos riesgo de herir los sentimientos de un musulmán que la cruz que se divisa en lo alto de las iglesias, símbolo del cristianismo. Pero no se me escapa que, en general, ni siquiera en este barrio de mayoría cristiana los comerciantes hacen alarde de su opción religiosa, seguramente para no comprometer su negocio.

En el camino de vuelta, siento en lo más hondo del corazón una bocanada de esperanza que aligera el peso de mi infortunio. Impaciente, no tengo más que un deseo: el de regresar mañana a primera hora. Pero me frena la prudencia, que ha echado raíces en mí. Al llegar a casa, me hago al menos la promesa de volver lo antes posible para trabar amistad con este hombre valiente.

Mi corazonada era buena: cuatro visitas más y el tendero se decide a sonreírme. Vamos progresando.

Procuro infundirle confianza haciéndole saber que también yo profeso la fe cristiana. Luego me entero de cómo se llama: Michael; su familia vive en

Mossul y él en una casita contigua a la tienda.

Esa información es importante: el acercamiento parece fácil, pues nadie nos impide conversar. La vez siguiente me las arreglo para llegar a última hora de la mañana, justo antes de comer, con dos raciones de carne, una para cada uno. Él acepta mi obsequio sin demasiado reparo y me invita a comer en su casa. Su mirada aprobadora me hace constatar, lleno de júbilo, que he hecho bien en comprar cerdo.

Para no dejar nada en manos de la suerte, he tenido la precaución de elegir la carne de un animal que los musulmanes consideran impuro. Gracias a este detalle me he ganado la confianza de Michael. Presiento que ahora ya está preparado para escuchar mi relato.

Mientras comemos, la presencia de un crucifijo en la pieza principal de la casa me da pie para abordar el único asunto que llena mi corazón: la fe.

Michael comienza por explicarme que en la tienda ha preferido poner a la Virgen María en lugar de una cruz porque esta última suele provocar reacciones violentas entre algunos musulmanes, que al verla escupen en el suelo o insultan al comerciante. Por eso —dice él— la mayor parte de los crucifijos están dentro de las casas, y no en el lugar de trabajo.

—¡Ahora comprendo mejor —exclamo enseguida— por qué he encontrado tanta hostilidad entre los cristianos!

—¿Cómo dices? —me pregunta él intrigado.

Después de contarle la historia de mi conversión y la larga búsqueda emprendida, concluyo exponiéndole lo que ahora mismo constituye mi mayor deseo: ¡entrar en una iglesia y comulgar el pan de vida!

—Te lo ruego, acompáñame a alguna de las iglesias del barrio —le insisto yo juntando las manos—. A ti te conocen en la parroquia y, si voy contigo, tendré más posibilidades de que me reciban.

Por el rabillo del ojo vigilo tembloroso la reacción de Michael. Hasta ahora me ha escuchado sin interrumpirme, mostrándose abierto y aparentemente compasivo ante mis dificultades. Pero, tal y como me temía, su rostro se ensombrece al oír esta última propuesta, tan arriesgada para él. En cierto modo lo entiendo perfectamente: si la policía le sorprendiera acompañando a un musulmán a una iglesia, no escaparíamos a la muerte ni él ni yo.

Pero tampoco dice que no. Nervioso por la idea de que se cierre en banda, me despido bruscamente haciéndole saber que volveré a pasarme por allí dentro de poco para recibir noticias... y —añado para mí— para darle tiempo de reflexionar.

En realidad, es el propio Michael el que unos días más tarde me llama para proponerme que le acompañe el domingo siguiente a oír misa en la iglesia de San Basilio. Después de colgar el teléfono, me quedo inmóvil unos instantes, invadido de una alegría muda y serena: el horizonte que hasta ahora se presentaba tan negro comienza a aclararse. ¡Por fin dan fruto mis esfuerzos!

De no ser por el temor a atraer sobre mí la atención de mi mujer, caería de rodillas para dar gracias a Aquel que ocupa todos mis pensamientos.

Mientras retorno a mis ocupaciones, detecto el nerviosismo que se apodera de mí cuando pienso que por primera vez voy a asistir durante la misa al verdadero sacrificio de Jesús, inmolado por amor a los hombres. Mi mente sobreexcitada, que funciona a toda máquina, ha pasado ya a la etapa siguiente de mi proyecto: obtener permiso de Michael para acompañarle a la iglesia todos los domingos.

Cuando por fin llega el domingo, no consigo enterarme de nada. La ceremonia se celebra en arameo, una lengua muy distinta del árabe. Aun así, en la asamblea percibo una atmósfera espiritual indescriptible que caldea mi corazón y me consuela en mis desdichas. Para mí es una novedad sentirme arrastrado por toda una comunidad.

Por desgracia, el tendero cristiano no practica de modo regular. A veces «se olvida» del precepto dominical y abre la tienda para hacer negocio porque los viernes, día de oración para los musulmanes, la clientela es escasa. Por eso, si quiere llegar a fin de mes, de vez en cuando no tiene más remedio que abrir los domingos.

A la súplica que le dirijo de no abandonarme a mitad de camino, Michael me responde con una propuesta alternativa: hablará con el padre Koder, el sacerdote de la parroquia. Si éste me autoriza oficialmente a asistir a la iglesia, él ya no tendrá que servirme de carabina.

Y coincide que esa misma semana la gestión con el patriarca se desbloquea. A fuerza de insistir y asediar este edificio moderno tan

parecido a cualquier otro y desprovisto de signos externos, por esta vez el portero me reconoce y desaparece unos minutos después de cerrar la puerta. Al rato vuelve a abrirla de par en par, se hace a un lado para dejarme pasar y me susurra que no me recibirá el patriarca sino su auxiliar, monseñor Ignace Chouhha.

Me embarga la emoción mientras me acompañan hasta un amplio salón donde aguarda un sacerdote vestido con sotana y sentado apaciblemente en una silla labrada en dorado.

Ignorante del motivo de esta visita improvisada, me examina con los ojos y me pregunta mi nombre, pensando sin duda que mi patronímico le revelará la importancia del cristiano que tiene frente a él.

La pregunta me coge desprevenido y me deja sin habla. Yo, que llevaba preparada con todo cuidado una pequeña exposición de mi historia comenzando por el final, no tengo más remedio que lanzarme a dar explicaciones desde el principio y sin tiempo para preparar a mi interlocutor. Durante un instante que se me hace interminable, me quedo totalmente mudo; luego, percatándome de lo ridículo de la situación, cojo aire y me la juego:

—Me llamo Mohammed, soy musulmán y creo en Cristo. Quiero bautizarme.

Mientras pronuncio estas palabras, tengo la sensación de haber saltado al vacío. El prelado, rojo de ira, se levanta como sometido a una descarga eléctrica y, fuera de sí, se precipita sobre mí aullando: «¡Largo de aquí!», mientras me empuja sin miramientos hacia la salida.

Cuando oigo tras de mí el golpe seco con que, sin una palabra más, se cierra la puerta, las piernas dejan de sostenerme y me deshago en lágrimas, herido por esta violencia totalmente inesperada.

Lo más duro de aceptar es que una reacción así provenga del clero, de una de sus máximas autoridades, cuando mi deseo más ferviente es formar parte de esa misma comunidad de fieles que es la Iglesia. ¡Y pensar que la otra parte, mi familia, me considera un príncipe llamado a suceder al rey...! Si no fuera por lo trágico de la situación, me echaría a reír. Pero ahora mismo una herencia que me impone una religión sin ningún sentido para mí no tiene valor. Me siento en el suelo cabizbajo, sin fuerzas, desprovisto de recursos para enfrentarme al desaliento que se apodera de mí en oleadas incontrolables. Y allí me quedo durante unos minutos hasta que las miradas

intrigadas y a veces acusadoras de los viandantes me deciden a levantarme y dirigirme hacia el coche.

En el camino de vuelta mi mente está vacía. El rostro que se refleja en el retrovisor aparece desprovisto de expresión. Con los brazos tensos sobre el volante, me agarro como buenamente puedo a la única idea que me consuela en medio de la angustia: «Si es voluntad de Dios...». Al fin y al cabo, puede que mi lugar no esté ahí, en el seno de la comunidad cristiana, sino al margen de ella; puede que esté destinado a vivir la fe en solitario y sin testigos.

Debí de llegar a casa con la cara desencajada, porque mi mujer se detiene un instante a interrogarme con la mirada. Pero como tengo por costumbre responder de forma lapidaria a sus preguntas, no dice nada y se limita a informarme de que a primera hora de la mañana he recibido la llamada de un tal Michael. Me precipito al teléfono, guiado por la intuición de que mi suerte no puede ser tan injusta. Y no estoy equivocado.

El cristiano, excitado, me hace saber que el cura de la parroquia, el padre Koder, ha aceptado su propuesta de recibirme en su casa esa misma tarde. Evidentemente, en algún sitio debe de estar escrito que el amor de Cristo conduce a quienes le siguen a través de grandes pruebas, pero también de espléndidas alegrías.

Unas horas más tarde vuelvo a ponerme al volante. Mi mujer no pide explicaciones, aunque sé que le intriga tanta ida y venida. En ese momento es la entrevista de la tarde lo único que ocupa mi mente, pero para moderar mis renovadas esperanzas guardo en la memoria el desagradable recuerdo del encuentro con el obispo auxiliar.

Mis temores se disipan desde el primer contacto con este sencillo sacerdote de unos cuarenta años, alto y vestido con sotana que, según Michael, tiene mucho carácter y es sumamente carismático. El padre Koder me recibe ofreciéndome una taza de té, aunque mi llegada parece provocar en él cierto nerviosismo.

Pero, cuando en el curso de la conversación se entera de que estoy casado, percibo claramente que se relaja y su lógica prevención respecto a mí desaparece.

—Suele suceder —me explica con una sonrisa— que los musulmanes piden el bautismo por una razón tan prosaica como la de poder contraer

matrimonio con una cristiana.

De modo que, por lo que se refiere a mis intenciones, mi estado civil le tranquiliza. Está impaciente, me dice, por escuchar la historia detallada de mi conversión.

Conforme avanza mi relato, el modo amistoso en que asiente con la cabeza me lleva a deducir que coincide con todo lo que digo, que me toma en serio, que esta vez no me van a despedir. Por fin consigo mantener la serenidad en presencia de un miembro del clero. Es un alivio inmenso, como si me liberaran de un enorme peso: el de ser el único que cree en la llamada que he recibido.

No estoy seguro de que el padre Koder sea capaz de calibrar el extraordinario alcance de sus palabras cuando, después de haberme escuchado sin una sola interrupción, concluye:

—Estoy convencido de que tu fe es sincera. Puedes venir a la parroquia siempre que quieras.

Estas palabras me suenan a gloria: son un suave bálsamo que viene a aliviar seis años de rechazos, de perseverancia, de renovadas esperanzas truncadas una y otra vez. Gracias a este sacerdote, es como si la Iglesia, cuyos contornos aún no soy capaz de delimitar, confirmara por fin mi experiencia de fe, la declarara auténtica y me abriera simbólicamente sus puertas mediante el salvoconducto que me facilita la entrada a esta pequeña parroquia.

Bagdad, 1994

En esta tarde histórica he aprendido otra cosa de capital importancia, y es que en mi búsqueda de la fe mi matrimonio representa una garantía de autenticidad. He de decir que es la primera vez que veo de modo positivo la boda de conveniencia acordada por mis padres.

Hasta ahora mi mujer ha supuesto para mí más bien un obstáculo en mi camino hacia el «pan de vida», hacia una hipotética salida de la clandestinidad. Por lo general desconfío de ella y de su fervor musulmán: temo que mis ausencias la pongan sobre aviso y me denuncie.

De hecho, tenía decidido dejarla llegado el momento: por ejemplo, si Massoud venía en mi busca. Aunque ya apenas creo en tal posibilidad, esta

idea me ayuda a vivir el penoso disimulo diario de mis sentimientos más profundos.

Pero desde hace dos años el nacimiento de mi hijo Azhar lo ha cambiado todo. En contra de lo previsto, me siento ligado a este pequeño ser sin culpa alguna de la situación de sus padres ni de la hipocresía que reina entre nosotros. Y simultáneamente han ido variando también mis sentimientos hacia su madre, que me ha hecho este regalo.

Desde entonces ambos ocupan un lugar en mis plegarias, algo que antes estaba muy lejos de ser así. De hecho, en mis súplicas diarias al Dios de lo alto le pido con insistencia que llegue el día en que tanto mi mujer como mi hijo sean cristianos y puedan alcanzar la salvación.

Pero, en este armonioso cuadro de mi vida en pareja que he comenzado a dibujarme desde entonces, existe la nota discordante de mis ausencias todos los domingos, que no me he molestado en explicar a Anouar para evitar sus sospechas.

Incapaz de seguir mintiendo delante de ella, he dejado de fingir que rezo y hasta he tenido la osadía de sugerirle que no cumpla con el ayuno del Ramadán, haciéndole saber a las claras que yo tampoco lo hago.

Debería de haberme figurado que algún día Anouar me pediría cuentas de mi extraño comportamiento. Lo más probable es que piense que un Moussaoui debe ser un modelo de piedad y observancia religiosa.

Este domingo, a mi regreso de la parroquia del padre Koder, mi mujer se planta delante de mí con los brazos en jarras y mirada triste:

—¿Te ves con otra mujer?

Por lo general, me limito a ignorar sus preguntas haciendo oídos sordos a sus sempiternos reproches. Podría increparla e incluso regañarla, pero desde el principio he tomado la determinación de no abrir la boca para no traicionar mi secreto.

Sólo que esta vez Anouar no se conforma con mi silencio:

—No te entiendo. Siempre te has portado bien conmigo, pero te siento lejano y ausente, como si algo te atormentara. Ya no sueles rezar y además me mientes.

—¿Pero qué estás diciendo...?

—Tu padre y tus hermanos me han preguntado dónde estabas. ¡Ingenua de mí!, yo creía que estabas con ellos. No encuentro otra explicación: ¡ves a

otra mujer!

Este ataque tan poco habitual en mi mujer me coge desprevenido. Por otra parte, en este momento la discusión no coincide en absoluto con mi estado de ánimo, confiado y eufórico. Y esa seguridad en mí mismo me lleva a soltarle de sopetón y sin medir las consecuencias:

—Te equivocas con la razón de mis ausencias. Yo no soy el *sayyid* Moussaoui que te piensas. Ya no soy musulmán, ya no creo en el islam. Ahora soy cristiano y voy a misa los domingos. Por eso estoy tanto tiempo fuera... ¡Ése es mi secreto! Ahora ya lo sabes.

Me detengo, inquieto por su reacción.

Creo que jamás he visto a nadie descomponerse de ese modo. Es como si recibiera una descarga eléctrica. La expresión de su rostro revela tal incompreensión, tal angustia ante esta situación totalmente inesperada, que no me queda otro remedio que darle explicaciones sobre mi conducta.

Así que vuelvo a contar toda la historia: el servicio militar, mi conversión, mis intentos de ser aceptado por la Iglesia y mi deseo de bautizarme.

Mientras hablo, vigilo tembloroso su reacción. Si me denuncia a mi familia me veré en un gran aprieto. Pero, una vez metido en materia, me es imposible recular; y, bien mirado, no me desagrada del todo hacer estallar la burbuja de hipocresía en la que llevo viviendo dos años en medio de los míos.

Al acabar mi relato con la satisfacción del deber cumplido y de haber restaurado la confianza entre nosotros, doy media vuelta con la conciencia más tranquila.

Lo cierto es que prefiero la vergüenza de poner tierra por medio a vivir una escena en la que no jugaría un buen papel. En cuanto a los peligros derivados de mi conducta, prefiero no pensar en ellos y esconder la cabeza.

Así que, cuando regreso, no me sorprende demasiado encontrar la casa vacía: tanto mi mujer como mi hijo y todas sus cosas han desaparecido. Apenas me da tiempo a preguntarme sobre su paradero, porque uno de los criados de los Moussaoui me informa de lo ocurrido en mi ausencia. Nada más salir yo por la puerta, Anouar ha cogido el teléfono para pedir a gritos a su hermano que acuda en su rescate, que venga a buscarlos a ella y a su hijo cuanto antes para llevárselos a casa de sus padres.

Instintivamente, escondí la cabeza entre los hombros, como preparado para recibir una paliza. Lo cierto es que me pasó las horas siguientes imaginando la tormenta que se desencadenará cuando mi familia política irrumpa a la fuerza en mi casa para echarme en cara mi ignominiosa conducta. Su hija se ha casado con un cristiano, con todo lo que eso significa entre los chiítas: el horror, la catástrofe...

Pasan las horas, pasan los días y no aparece nadie. Al amanecer del tercer día veo despejarse el horizonte, feliz de haber capeado el temporal. Aún no sé cómo voy a salir ileso del atolladero, pero en fin... Las cosas pintan mejor de lo que imaginaba. Después de veinticuatro horas más de incertidumbre, me decido a pasar a la acción.

Hago acopio de todo mi valor para telefonar a Anouar y preguntarle si puedo ir a verla. Parece sorprendida de oírme, pero asombrosamente solo articula un «sí».

Llego a casa de mi familia política procurando poner buena cara, como si no pasase nada y se tratara únicamente de una simple discusión de pareja. Pero en el fondo no las tengo todas conmigo.

Ignoro si están al corriente de lo ocurrido, pero para sorpresa mía ni mi suegra ni su hijo dejan ver nada raro. Aunque es verdad que no me apabullan con sus habituales palabras de bienvenida, se muestran más inquietos por Anouar que enfadados conmigo.

Por otra parte, cuento con la situación de privilegio que le corresponde al marido en la sociedad musulmana: el esposo tiene todos los derechos sobre su mujer y en un conflicto conyugal nadie le echará nada en cara ni pensará de él que no es irreprochable.

Nervioso, pero algo más seguro de mí mismo, consigo que me dejen dar explicaciones a Anouar en privado. Me extraña un poco ver que ella me sonrío y apenas soy capaz de farfullar tres palabras.

Pero las sorpresas no acaban aquí: cuando por fin estamos solos, Anouar se adelanta para confesarme sin más preámbulos:

—No le he dicho nada a nadie. En cuanto me diste la noticia, tuve la sensación de estar viviendo una pesadilla: como si me hubieran golpeado en la cabeza —me cuenta—. Al principio me preguntaba si te habías vuelto loco, pero he tenido que rendirme a la evidencia: me han casado con un cristiano. El primer día estaba tan aturdida que me pareció urgente hablar

con mi familia. Ésa era mi primera intención, pero ¿para qué? No ha salido de mi boca una sola palabra.

Luego Anouar me dice que se ha pasado tres días sin comer ni beber, encerrada en un cuartito del segundo piso:

—A mi madre le inquietaban mi mala cara y lo seca que tenía la boca y me propuso llamar a un médico, suplicándome que bebiera a sorbitos un poco de agua. Pero no le valió de nada.

Anouar no hacía otra cosa que contemplar el jardín a través de la ventana y dirigirse a Alá.

—Sólo Él era capaz de entender mi pena; no me podía confiar a nadie más. Le he pedido que me aclare cuál es la Verdad, la religión verdadera. Le he suplicado que me muestre qué hacer para salir de este abismo. Estaba desorientada y me hubiera gustado desaparecer.

A mí me sorprende que lo haya pasado tan mal.

—Y eso no es todo —prosigue ella—. A punto de acabar la tercera noche, me quedé adormilada y soñé que estaba con varias personas reunidas alrededor de una especie de pan. Todos tenían hermosos rostros y sonreían, e iban vestidos de un modo peculiar, como de otro tiempo.

Continúo en silencio a la espera de lo que vendrá después, como invitándola a continuar.

—En la mesa hay un sitio para mí. Me siento y me dispongo a comer del plato que me sirven cuando una voz femenina se dirige a mí: «Lávate las manos antes de comer». En mi sueño me giro —continúa Anouar— y veo a una hermosa dama con un jarro de agua. Entonces me levanto, me acerco a ella y vierte un poco de agua para que me lave la cara y las manos. En ese momento me despierto con el rostro mojado...

¿De lágrimas...? El caso es que Anouar se tranquiliza, como si de repente la tormenta hubiese pasado. Siente hambre y sed, y sorprende a su madre pidiéndole que le prepare una taza de té.

—Ese mismo día has llamado tú —concluye— y hasta a mí misma me extraña poder recibirte con una sonrisa. Ahora estoy deseando estar contigo para que me cuentes tu secreto.

No tengo nada que decir. ¿Qué puedo contestar? Cuando bien podría haberme entregado a su familia, a la mía, a la sociedad entera, me encuentro con esta prueba de amor.

Y me siento aún más conmovido porque yo, por mi parte, le he estado ocultando la verdad desde que nos casamos: la verdad sobre mí y sobre algo que me parece esencial.

No puedo creer que la crisis se resuelva con tanta facilidad. Entonces me limito a proponerle que vuelva a casa junto con mi hijo. Anouar acepta sin vacilar, asintiendo con la cabeza como si nada hubiera ocurrido.

Pero algo ha ocurrido, algo ha cambiado entre nosotros: ha cambiado ella y he cambiado yo y esa pequeña semilla de confianza plantada entre ambos, ese secreto que solo nos pertenece a nosotros y que desde ahora nos une más que cualquier matrimonio oficial.

Y, apoyado en esta nueva certeza, esa misma tarde le abro mi alma sin rodeos ni restricciones. Le hablo de mí, de mi fe, de mi amor por ese Jesús. Me haría feliz si compartiera conmigo el entusiasmo que me alienta desde lo más profundo. Pero no quiero forzarla.

—Nadie te obliga a seguirme en mi fe; quiero que te sientas totalmente libre. Pero, si lo deseas, te ayudaré, te mostraré el camino que he recorrido...

En realidad estoy pensando en el método de Massoud, tan eficaz en mi caso. ¿Es posible que también le sea útil a ella?

La noto indecisa, desconcertada por mi proposición, dividida entre su fe musulmana y la atracción por Cristo que ve en mí. ¿Se atreverá a dar un paso más y cuestionar su religión por amor?

Al verla dudar le argumento así:

—Lo que puedes hacer es leer el Corán —o, si prefieres, lo podemos leer juntos— intentando comprenderlo, y sólo después decides qué religión te parece mejor. Pero no tienes por qué contestarme ahora.

Quizá la noche sea buena consejera y le ayude a vencer su reticencia, me digo a mí mismo mientras rezo para que elija bien.

Al día siguiente por la mañana, Anouar me comunica que, aunque le da un poco de miedo, está dispuesta a jugársela, y acepta que le sirva de guía en esta aventura cuyo desenlace nadie es capaz de prever. ¡Está claro que mi mujer es una valiente!

A partir de ahí me dedico a mostrarle con detalle los versículos del Corán que me parecen más espinosos: por ejemplo, los que hablan del modo de

concebir a la mujer. Mi plan consiste en darle tiempo para que reflexione, evitando hacer comentarios sobre esos pasajes.

Teniendo presente a Massoud, quien siempre respetó mi libertad de elección, prefiero que sea su propia conciencia la que trabaje y que ella siga el mismo itinerario.

Además la animo a leer el Evangelio, y tan convencido estoy de conocerlo de memoria que se lo cito continuamente. Percibo cómo la llama de mi amor por Cristo arde también dentro de ella.

—Noto abrasarse mi corazón cuando te oigo hablar de Jesús —me dice un día—. Al escucharte me pregunto incluso si en realidad no lo has encontrado. Pero me asusta el modo que tienes de referirte al Corán, de criticarlo...

Eso es lo que más le cuesta: desprenderse de lo que siempre le ha enseñado el Corán, en especial de lo que dice sobre los cristianos, hasta el punto de que pasa una semana entera antes de decidirse a sostener el Evangelio entre sus manos temblando de miedo; y de nada vale que tome la precaución de cerrar la puerta de nuestro dormitorio antes de sacar la Biblia de debajo de la camisa, donde la llevo atada a la cintura.

A Anouar le apasiona el relato y se pasa horas leyendo la vida de Jesús, cautivada por este libro que le habla de amor y esperanza.

El resultado es que, transcurridos apenas dos meses, Anouar acaba abandonando el Corán. No puede creer en un libro —aduce— que trata con tanta crueldad a la mujer.

Rebosante de alegría, algún domingo me acompaña a misa junto con nuestro hijo Azhar, deseosa de conocer la comunidad de los discípulos de Jesús, y me comenta su sorpresa al ver el trato que se les da a las mujeres, tan distinto del islam, y el respeto que se les guarda.

Cuando vamos en coche a misa, se permite el inmenso placer de coger el velo y tirarlo por la ventana, lo que nos obliga a comprar otro nuevo a la vuelta. Pero para mí el dinero no supone un problema y me encanta verla feliz de librarse de semejante incordio. Para Anouar este gesto es muy importante: representa el rechazo al enorme peso con que la sociedad musulmana la obliga a cargar.

Yo considero un auténtico regalo que Anouar permita a nuestra pequeña familia reunirse en torno a la persona de Cristo. Pero también sé —no sólo

porque yo me dé cuenta, sino porque así me lo ha hecho saber ella— que no irá más lejos a la hora de cuestionarse su vida.

Porque, si da un paso más en esta lógica de descrédito del islam, sabe perfectamente que tendrá que cortar con su familia, para quien la religión y la vida social son una misma y única realidad. ¡Y por ahí no está dispuesta a pasar! No ver más a sus hermanos, tan unidos; romper con su madre, a quien llama dos o tres veces al día para preguntarle cómo se prepara un plato. Eso es impensable para mi mujer.

En los inicios de mi conversión pensaba ingenuamente que iba a poder valerme de toda mi influencia sobre mi familia, y especialmente sobre mi padre, para exhortarles a cambiar de religión. En su momento fue necesario todo el poder de convicción de Massoud para disuadirme de intentarlo.

En ese sentido, cuando se trata de trastocar el orden de las cosas en esta sociedad iraquí y musulmana, Anouar es mucho más realista que yo. Sabe por pura intuición que su madre y sus hermanos jamás se cuestionarían su propia religión.

En cierta manera, el islam representa para ella la seguridad que le proporciona estar cerca de su familia y llevar una vida estable. Para mi mujer renunciar oficial y abiertamente al islam significa desprenderse de sus principios a cambio de algo desconocido cuyos contornos aún no divisa, pero que no deja de inquietarle.

Al cabo de unos meses Anouar avanza un paso más, manifestándome su deseo de acompañarme a ver al padre Koder para que nos hable de las verdades de la fe. Estas veladas periódicas, que enseguida se convierten en semanales, aumentan nuestra sed de conocimiento de Dios.

Poco a poco el sacerdote nos va desnudando de nuestra cultura islámica, que tan a menudo falsea nuestra comprensión de las Escrituras. Como el pasaje en que Jesús recomienda no dar el pan de los hijos de Dios a los «perros». El musulmán que, a pesar de todo, sigue viviendo en nosotros, este pasaje lo interpreta como un insulto, como una mención al infiel, y no como una invitación a avanzar en la fe, a dar un paso más en la conversión.

El padre Koder nos enseña también la sabiduría de los Padres de la Iglesia, con una serena autoridad que nos deja mudos y maravillados en el trayecto de vuelta.

Una tarde Anouar rompe su silencio meditativo, que se ha convertido en costumbre, para anunciarme con suavidad:

—Mohammed, he elegido a Cristo.

No estoy seguro de haberla entendido. ¿Realmente me está dando una noticia tan prodigiosa, una noticia que yo no me esperaba hasta dentro de un siglo?

Durante dos años he estado haciéndome a la idea de lo que se podría llamar el *statu quo* religioso en que veía debatirse a Anouar, incapaz de decidirse en un sentido o en otro.

Y, para no ponerle las cosas aún más difíciles, no me atrevía a preguntarle sobre su fe. Algo egoístamente, me conformaba con que Anouar me acompañase a misa, cuyo halo espiritual nos entusiasmaba, y tomara parte en los encuentros con el padre Koder. No me sentía con derecho a andar calibrando constantemente su grado de adhesión al cristianismo.

Estas pocas palabras pronunciadas en voz baja una cálida noche de verano vienen a alterar el equilibrio algo precario de nuestra vida y, por encima de todo, revelan una faceta de la personalidad de mi mujer que ignoraba totalmente. Estoy atónito. Ante mis propios ojos Anouar acaba de hacer algo de lo que yo me veo incapaz: ¡un acto de fe tan grande que equivale a un salto en el vacío!

A mí me ha hecho falta un sueño, una visión para darle un giro total a mi existencia. En el caso de Anouar no ha sido así. Ella ha tomado una decisión que demuestra un valor fuera de lo común. Casi tengo la sensación de que hasta ahora no conocía de verdad a mi mujer.

Entretanto, en apariencia nuestra vida no ha cambiado en nada, al menos durante el día. Por las noches seguimos yendo y viniendo, ocultando a nuestras respectivas familias la intención que nos mueve. Si bien con ello nuestro hogar sale reforzado, también se acrecienta la distancia con nuestros familiares, que no parecen advertir el menor cambio en nosotros.

Y no hacemos nada por sacarlos de su ignorancia.

En Anouar y en mí esta transformación radical ha servido para arrastrarnos mutuamente hacia una total exigencia de vida cristiana. Los dos queremos el bautismo, aunque el sacerdote que nos atiende no parece

dispuesto a concedérmelo, seguramente por temor a enfrentarse a la jerarquía.

A mí me sigue consumiendo el deseo de comulgar. Este anhelo, lejos de atenuarse con el tiempo, se ha visto consolidado con cada fracaso sufrido. El afán de comer de este pan de vida es tan intenso que estoy dispuesto a todo, incluso a robar la eucaristía si fuera necesario. Durante la misa alguna vez llego a unirle con la cabeza gacha a la fila de la comunión con la esperanza de que no me reconozcan, pero siempre la abandono en el último momento, incapaz de enfrentarme a la mirada del sacerdote.

Estimulado por la reciente decisión que ha tomado mi mujer y por mis propios deseos, reemprendo la búsqueda en Bagdad de otras iglesias susceptibles de acoger favorablemente nuestra solicitud de bautismo.

Tras cuatro o cinco meses recorriendo sin resultado los barrios antiguos de población cristiana, un buen día doy con un convento de religiosos en un barrio algo más nuevo. Un poco intimidado, llamo a la puerta del moderno edificio de aspecto modesto coronado por un campanario sin cruz, y sale a recibirme un religioso con fuerte acento extranjero:

—¿Qué quiere? —me pregunta bruscamente.

Una vez más, expongo mi caso en pocas palabras y vuelvo a pedir ser bautizado. Nueva negativa.

—¡No puede ser! Vaya a otro sitio...

Pero en esta ocasión no me dejo desmoralizar: ya estoy harto de que me echen a la calle.

—No me iré hasta haber obtenido una explicación clara de las razones de su negativa.

—Mire, ahora mismo no tengo tiempo, me queda mucho que hacer. Pero puede llamar a otro de los hermanos que lleva mucho tiempo aquí y quizá pueda responderle. Además habla árabe.

Aunque no se trate exactamente de una promesa, sí podría ser el principio de algo. Siempre es mejor que nada. Por hoy decido contentarme con ese número de teléfono.

Esa misma tarde me pongo en contacto con el religioso, el padre Gabriel. Aunque la experiencia me ha enseñado a no contarle todo, procuro ser lo suficientemente explícito sobre mi experiencia de fe y consigo sin mayor dificultad una entrevista para la semana siguiente.

Seis días después me recibe en su celda un hombre alto de cierta edad, cuya luz en la mirada me llama poderosamente la atención. Sus ojos azules reflejan una gran bondad y, cuando los fija en mí, tengo la impresión de ser en ese instante lo más importante del mundo para él.

Tiene rasgos occidentales y me cuenta que es suizo, aunque se expresa en árabe con bastante más elocuencia que yo.

—He estudiado gramática —me explica sonriendo— y llevo cuarenta años en Irak.

De entrada, el hombre suscita en mí confianza; y seguramente no soy el único, porque detrás de él, bajo el crucifijo, unas cuantas fotos lo retratan rodeado de niños y de familias felices y sonrientes, o en compañía de otros religiosos.

—Estos son cuatro hermanos de una familia palestina que vivía justo al lado del convento —me cuenta, en tono de confianza—. Estas otras fotos son de familias musulmanas que me han invitado a cenar durante el Ramadán.

No parece demasiado deseoso de ir al meollo de la cuestión. Tampoco me pregunta nada y hace como si no se percatara de mi impaciencia.

Cuando ya no aguanto más, aprovecho una pausa en el relato de sus recuerdos para lanzarme a la defensa de mi causa. Él me escucha con la cabeza inclinada hacia delante y los ojos semicerrados. Sólo unos cuantos asentimientos de aprobación me llevan a pensar que me está prestando atención; si no, hasta podría parecer que se ha dormido...

Cuando paro de hablar, se queda reflexionando durante un largo silencio, interrumpido únicamente por el rítmico tictac de un despertador. Contengo la respiración, temeroso de romper su profunda concentración, y observo ansiosamente el ritmo de sus cejas, que se fruncen y se desfruncen al compás de su meditación, como si estuviera sopesando los pros y los contras y decidiendo cuál es su deber ante la situación de peligro y necesidad en la que me encuentro.

De pronto alza la cabeza y clava en mí una intensa mirada, mientras desgrana lentamente sus palabras para grabarlas en mi cerebro:

—Accedo a bautizarte, pero antes tienes que instruirte en la doctrina de la fe.

No sé si es la solemnidad del tono que adopta el religioso; no sé si las sucesivas decepciones y desengaños que he sufrido, y el tiempo y la perseverancia invertidos me han curtido y me han vuelto circunspecto; o quizá solo se trate de la gravedad del momento. El caso es que acojo una sentencia tan favorable con una contención que jamás hubiera sospechado.

Visto con la distancia que otorga el tiempo, tal vez intuyera que la preparación para el bautismo de la mano del padre Gabriel no iba a ser ninguna broma. Siempre con nuestro consentimiento, el sacerdote nos impone un ritmo intensivo de entrevistas: le vemos varios días a la semana, unas veces yo solo y otras con Anouar. Llegamos incluso a pasar cuatro noches semanales con él para conversaciones más hondas, que se prolongan durante cuatro o cinco horas seguidas.

En el curso de estas sesiones vamos tejiendo con él unos lazos de amistad de los que carecíamos con el padre Koder. Hay que decir que quien muy pronto acabará siendo para nosotros Abouna Gabriel (es decir, el «padrecito») es un espléndido pedagogo de la fe que sabe valerse de toda su dulzura y su tacto para transmitirnos su amor a Dios.

Pero también es muy consciente de su carisma y del ascendiente que tiene sobre quienes le tratan y, como es un hombre inteligente, vigila escrupulosamente que la fe que enseña quede claramente separada del apego a su persona, hasta el punto de mostrarse cortante, frío e hiriente siempre que existe el riesgo de confundir las cosas. Abouna Gabriel llega incluso a reprendernos severamente cuando alabamos el modo en que nos explica el sacramento del bautismo:

—¡No me deis las gracias! Yo no soy nada más que un instrumento en manos del Espíritu Santo, ¡sólo eso!

Yo no puedo decirle que se equivoca, pero estamos tan apegados a Abouna Gabriel que hasta hemos cambiado de parroquia los domingos para acudir a la iglesia contigua al convento, que es grande y tiene capacidad para doscientas personas. Vamos toda la familia, incluido Azhar, a quien enseñamos a hacer la señal de la cruz al entrar en la iglesia.

Fatwa

Bagdad, junio de 1997

Con los años la prudencia con mi familia va relajándose. Si bien siempre procuro ocultar mis actividades nocturnas y dominicales, he dejado de fingir mi adhesión al islam.

En primer lugar, porque, a la larga, tanta hipocresía se me acaba haciendo insoportable; y, en segundo lugar, por el ritmo sostenido de entrevistas con Abouna Gabriel que llevamos en los últimos tiempos.

Ahora me resulta prácticamente imposible, por ejemplo, seguir acompañando los jueves a toda la tribu hasta Kerbala. Este lugar de peregrinación chiíta, situado a un centenar de kilómetros al sudoeste de Bagdad, se alza en el mismo lugar donde fue decapitado el imán Hussein ben Ali, nieto de Mahoma.

Al principio ponía el pretexto de una cita urgente, un dolor de cabeza, una indisposición de mi mujer... y luego nada, porque muy pronto estas falaces excusas dejaron de convencer a todos. Así que, cuando me preguntan, me limito a contestar que no me apetece ir o que no me interesa.

Pero hay un pequeño detalle: que soy el heredero del título y que en la extensa tribu de los Moussaoui mi ausencia se nota más que la de cualquier otro, sobre todo porque en el pasado muchas veces era a mí a quien le solía corresponder el honor de conducir el autobús familiar.

Al principio de mi búsqueda por Bagdad, más de una vez sentí el deseo de sincerarme con mi padre, por quien siento un profundo afecto y cuya confianza no quiero traicionar. Pero ¿cómo convencerle de que he elegido el buen camino cuando incluso a mí me han estado echando de las iglesias como a un pordiosero? Es una incoherencia para la que no encuentro argumentos sólidos. Así que, a mi pesar, renuncio a mi intención inicial.

Una tarde de verano, a nuestro regreso de un encuentro con Abouna Gabriel, observamos una agitación poco habitual en nuestra casa, sobre todo a hora tan avanzada. Reina una sensación de pánico...

La criada nos oye llegar y sale a recibirnos muy alterada. A nuestras insistentes preguntas, contesta llorando que en nuestra ausencia mis hermanos han estado registrando nuestra casa.

Empiezo a comprender y me siento inquieto por mis hijos: Azhar y Miami, de apenas un mes. A la niña la he llamado así en abierto desafío a

mi familia, empeñada en que le pusiese un nombre árabe tradicional que yo no deseaba: Maymouneh.

—La pequeña sigue durmiendo, pero a Azhar le ha despertado tanto trajín —me cuenta la criada—. Cuando ha visto que eran sus tíos se ha puesto a sonreírles.

—¿Y qué ha ocurrido luego? —le insisto yo presintiendo que hay algún otro motivo para sus lágrimas.

—Luego han encontrado un libro: un libro impío, dicen...

Así que tienen mi Biblia... Y eso que la guardaba cuidadosamente detrás de otros libros más recomendables.

—¿Tienes algo más que contarme?

—Han venido a buscar a Azhar y, entre risas, le han preguntado qué hace todos los domingos con sus padres.

—¿Y...?

Sus palabras suenan como en un estallido.

—¡Es horrible! —exclama, echándose a llorar otra vez—. Ha contestado haciendo sobre su pecho la señal de los cristianos, ¡la señal de la cruz!

Miro a mi mujer sin pronunciar palabra e incapaz de reaccionar ante una noticia tan cargada de futuras amenazas. Pero Anouar conserva su sangre fría y despide a la criada para poder hablar de lo que vamos a hacer.

Enciendo con nerviosismo un cigarrillo y me dejo caer sobre los cojines del salón. En mi mente se agolpan las preguntas, pero no consigo fijar una sola de ellas. ¿Qué hacemos? ¿Huimos? No tenemos adónde ir, estaremos condenados a errar indefinidamente. ¿Forzar una explicación ante mi padre? Eso significaría reconocer mi culpa.

Al fin y al cabo, tenía que llegar el día en que una mentira sostenida tantos años saliera a la luz. Casi sentiría alivio de no ser por la inquietud que me provocan mi mujer y mi hijo. Para garantizarles una vida más o menos normal, he de ser cauto con mi padre, me digo.

Esa noche, tumbado en la cama, me paso horas dándole vueltas a la situación sin encontrar ninguna salida satisfactoria, hasta que termino cayendo en un sueño agitado...

Al amanecer del día siguiente me despiertan las insistentes llamadas a la puerta principal. Me cuesta quitarme el embotamiento de encima. Entonces

oigo decir a mis hermanos que mi padre quiere verme urgentemente para un asunto importante.

Me visto a toda prisa, abrumado por una noche tan corta. Apenas tengo energía suficiente para preguntarme la razón de este zafarrancho de combate a hora tan temprana. Es algo totalmente insólito y tardo en relacionarlo con lo ocurrido ayer.

Hasta que no estoy recorriendo la alameda que lleva a casa de mi padre no se me ocurre esta idea: ¿y si es mi padre quien va a forzar una explicación tantas veces pospuesta? Y en ese caso ¿por qué tan temprano?

Apenas tengo tiempo de ir más allá en mi reflexión. Abro la puerta de entrada: no hay nadie. El hermano que me acompaña rompe el silencio que hemos mantenido en nuestro breve trayecto: mi padre me espera en el salón de recepción. ¡Cuánta ceremonia! ¿A qué viene elegir un sitio tan oficial?

La respuesta no se hace esperar. Nada más franquear el umbral caen sobre mí un montón de brazos, como una lluvia devastadora.

Instintivamente alzo las manos para protegerme. No veo nada, no puedo distinguir las caras: sólo siento la lluvia de golpes y mi incapacidad de devolverlos. Enseguida me atan las manos a la espalda con unas esposas, me rodean los pies con cadenas y una voz potente me ordena:

—¡De rodillas!

Me quedo petrificado. Noto el miedo en el estómago y me tiemblan las rodillas. Al menos tengo fuerza suficiente para levantar la cabeza y descubrir quiénes son mis agresores.

Es sorprendente, pero ahí están mis propios hermanos, mis tíos, mis primos, incluido Hassan, que es miembro del servicio secreto. ¡Nunca se ha visto una cosa igual! Me apuntan con pistolas y metralletas. La visión que se ofrece ante mis ojos es una auténtica pesadilla, casi irreal pero horriblemente amenazadora.

Mi cerebro, medio aturdido, funciona a toda máquina, se niega a comprender. Entonces veo a mi padre, que permanece algo apartado, y fijo en él una mirada implorante: «¿Qué pasa, padre? ¿Por qué...?». Pero las palabras se ahogan en mi garganta y lo único que percibo son dos ojos negros que me taladran como relámpagos fulminantes.

Su ira incontrolada estalla de golpe.

—¿Qué te ha pasado? ¿Ahora eres cristiano? ¡Estás enfermo! ¿Te das cuenta de la vergüenza que recae sobre mí, tu padre? Basta con que un

joven se vuelva sunita para que a sus padres se les prohíba la entrada en casa de chiítas y en nuestras mezquitas. ¡Imagínate con un hijo cristiano! Sólo me falta tener que ponerme un velo para salir a la calle, como tu madre...

Sus palabras hieren mi corazón en lo más profundo. Tengo ganas de responderle a gritos que su reputación y lo que vaya a pensar la sociedad chiíta no me importan nada. Si eso es lo que más le preocupa, no tenemos más que hablar.

Pero me quedo callado, porque me encuentro en una situación de debilidad humillante. Me parece que no hay nada racional, que en esta atmósfera cargada de tensión y de electricidad todo puede cambiar en un instante.

No reconozco a los míos. Intuyo que los que van armados están dispuestos a apretar el gatillo al menor gesto, a la mínima palabra malinterpretada. Un halo de locura parece envolver a todos los presentes.

Hasta mi madre, mi propia madre, que acaba de aparecer en la sala, profiere unas palabras de violencia inaudita.

—¡Matadlo y tiradlo al Basel!

¿Qué puedo responder? Si me arrojan a ese canal subterráneo que drena el agua salada, mi cuerpo desaparecerá por completo, como todo lo que cae en él. Así mi madre da a entender claramente que quiere borrar toda huella de mi existencia, suprimir mi memoria.

Me encuentro totalmente desamparado. Solo me queda disponerme a morir y bajo la cabeza, preparado para escuchar la fatídica sentencia.

Transcurren unos minutos interminables en los que no sucede nada. Todos los poros de mi piel transpiran pánico. De repente, sin previo aviso, uno detrás de otro van abandonando la sala sin añadir una palabra: como si fueran conscientes de haber ido demasiado lejos, o como si una suprema autoridad —¿la de mi padre?— les hubiera devuelto la razón.

A partir de ahora, me quedo solo en el salón, y agudizo el oído para escuchar las conversaciones que se han entablado fuera. Todos hablan al mismo tiempo y sólo distingo fragmentos sueltos, las frases de quienes alzan el tono por encima del confuso barullo: «... ¿qué hacer con él?... miedo al escándalo... desembarazarnos de él en secreto... Nadjaf...».

Mis sentidos permanecen alerta. Intento reconstruir el puzzle, pero lo que acabo de oír no presagia nada bueno. No entiendo qué tiene que ver el mausoleo de Nadjaf en toda esta historia. Este tercer lugar santo del islam chiíta, situado a doscientos kilómetros de aquí, es también el centro del poder político del chiísmo en nuestro país. ¿Significa eso que me van a llevar ante las más altas instancias? No creía que mi caso fuera tan grave.

Todavía me estoy interrogando cuando unas manos me apresan y me conducen al maletero de un coche. Un derrape. Los neumáticos chirrían. Hasta el final del trayecto me bamboleo de aquí para allá al ritmo de los baches de un camino sin asfaltar y de los amortiguadores. Llevo las manos atadas a la espalda y no hay modo de suavizar los golpes.

De pronto el coche se estabiliza y emprende una marcha más suave. Debemos de haber cogido la autopista. La hipótesis de Nadjaf parece confirmarse.

Pero ¿por qué? En la oscuridad del maletero sólo puedo hacer especulaciones y todas me conducen a un resultado casi seguro: la muerte. No sé cómo podré liberarme de la trampa tendida por los míos. Esperaba que algún día estallara el conflicto, pero no había calculado la deshonra que representaría para ellos la conversión de uno de los suyos ¡y no precisamente de cualquiera!

La única explicación plausible al odio que me han demostrado esta mañana es el miedo al escándalo público. Si se descubre mi cambio de religión, mi familia podría perderlo todo: la honra, el respeto y su posición dentro de la sociedad chiíta.

Tampoco puedo olvidar que la eliminación de los apóstatas es una norma de conducta practicada desde la aparición del islam y retomada en los *hadices*, a veces —como en mi caso— por encima del afecto que une a los miembros de una misma familia.

Al final —acabo concluyendo con fatalismo— quizá esa misma presión social y religiosa me regale algunas horas más de vida: terminar conmigo demasiado cerca de casa implica el riesgo de ser visto y despertar sospechas.

¡Pobre consuelo si las cosas van a acabar de la misma manera! Ahora lo único que me importa es morir sin haber recibido el bautismo. Y una pregunta, o más bien una incoherencia que no consigo explicarme: vivir lo que he vivido para nada, o para casi nada...

El coche se detiene bruscamente. Oigo cerrarse las puertas y me temo lo peor. Me pongo a rezar como si fuera mi última hora, pero no ocurre nada...

Espero unos minutos casi sin respirar y con los oídos al acecho de cualquier ruido que pueda proporcionarme indicios de lo que me aguarda.

La angustia me oprime la garganta y, para engañarla, muevo un poco los brazos, anquilosados por una postura tan incómoda. Pasa cerca de una hora interminable.

De pronto oigo acercarse unos pasos y salgo inmediatamente de mi aturdimiento, con los nervios de punta. Los mismos brazos, los de mis hermanos, me sacan del maletero sin contemplaciones y me empujan fuera. Reconozco los dos minaretes dorados que rodean el mausoleo de Ali: estamos en Nadjaf.

Pero no tengo tiempo de disfrutar de la belleza del paraje, porque enseguida me conducen violentamente hasta un edificio que hay a un lado. Allí me espera una sorpresa mayúscula: estoy en presencia de la más alta autoridad chiíta de Irak, el ayatolá Mohammed Sadr[2].

Es un hombre recto y muy franco. Hace tiempo que lo conozco porque los viernes por la tarde predicaba con fuerza en la mezquita, espada en mano, para acompañar con gestos sus audaces palabras. Pero hoy temo más bien que me atravesase las entrañas, porque si mi padre ha recurrido a un hombre tan influyente, a un referente en situaciones difíciles, no será para recibir de él dos o tres consejos sin importancia.

Así que mi caso es grave, muy preocupante y sumamente complicado, puesto que precisa de la intervención del ayatolá más importante del país. Estoy asustado y tiemblo pensando en lo que me espera cuando me han llevado ante semejante tribunal de excepción antes de ser ejecutado.

Sin embargo, con afabilidad, suavemente, el ayatolá comienza pidiendo que me quiten las cadenas. Como nadie se mueve, no insiste más. Luego dedica diez minutos a hacer un panegírico del islam y a denigrar el cristianismo, que considera despreciable.

Al acabar el discurso, que no me ha conmovido lo más mínimo, tomo la palabra con una seguridad que me sorprende incluso a mí:

—Te he escuchado atentamente. ¿Qué pruebas tienes de que soy cristiano?

—¿Y los libros?

—En mi biblioteca hay muchos otros libros: de poesía, de geografía, medicina... Y eso no me convierte en poeta o en médico. Me interesa y tengo ganas de aprender: eso es todo.

—¿Y tu hijo? ¿Por qué hace la señal de la cruz?

Miro los rostros endurecidos e implacables de mis hermanos, reunidos en torno a mí. Tengo la impresión de que se están vengando de la autoridad que he ejercido sobre ellos durante todos estos años. Su odio hacia mí no me sorprende del todo: mi desaparición haría renacer las especulaciones sobre la sucesión del jefe de los Moussaoui y les protegería de una posible venganza por mi parte.

Incluso encadenado siento desprecio por esa superioridad suya transitoria y cobarde:

—Ese argumento no me vale —contesto yo, súbitamente inspirado—. Mis hermanos me tienen envidia desde hace tiempo. Puede que se hayan inventado esa historia para quedarse con el dinero de mi herencia.

Noto que he sembrado la duda en mi interlocutor. Ahora ya no está tan seguro de que todo esto sea verdad. Entonces toma a mi padre del brazo y ambos se apartan para deliberar.

Más sudores fríos. En la sala se palpa la tensión. Pasan unos veinte minutos y no cruzo ni una sola palabra con mis hermanos ni con mis primos. Todos aguardamos el veredicto.

Y éste llega de boca de Mohammed Sadr:

—Si se confirma que es cristiano, habrá que matarlo. Alá premiará a quien cumpla esta *fatwa*.

Ahora ya respiro mejor, con más ligereza, como si me hubieran quitado un peso de encima. Sus palabras representan para mí un alivio, un aplazamiento de la ejecución de la fatal sentencia.

Así que me devuelven al coche sin más discusión y me meten otra vez en el maletero. Deduzco que tomamos el camino inverso en dirección a Bagdad.

En mi sarcófago móvil repaso una y otra vez el sorprendente diálogo que acaba de tener lugar. Me intrigan de un modo especial las respuestas que se me han ocurrido —tan pertinentes y oportunas, pero tan poco propias de mí

— que han conseguido ablandar más que a nadie al ayatolá. Y me extrañan aún más porque por lo general soy más bien lento y un mal orador.

No me cabe duda: el Espíritu Santo me ha inspirado. A Él le debo el favor de seguir con vida en este momento. Y quizá también a mi padre.

Porque ha sido él quien ha canalizado la furia de mis hermanos y primos esta mañana, haciéndoles salir de la sala y aconsejando el arbitraje de Mohammed Sadr.

Ha sido también mi padre, Fadel-Ali, quien ha discutido con el ayatolá la sanción aplicable en mi caso, optando por una grave advertencia en lugar de una muerte inmediata.

Eso me lleva a deducir que, en realidad, mi padre no desea mi ejecución, pero sí asustarme para que recupere mis buenos sentimientos hacia el islam, hacia unas creencias religiosas más recomendables.

A pesar de las apariencias, me cuesta hacerme a la idea de que su apego hacia mí se ha esfumado. Pero tampoco he salido del todo del atolladero, e ignoro por completo la suerte que me tienen reservada.

La prueba

Al-Hakimieh, Bagdad, junio de 1997

Cuando dos horas más tarde se vuelve a abrir el maletero, ya es de noche. Me han dejado solo con mi primo del servicio secreto, en medio de un vasto aparcamiento. El resto de mi familia ha desaparecido.

Frente a mí se alza un edificio enorme de tres plantas cuya longitud, como en los barcos, va aumentando de abajo arriba. Lo reconozco como la prisión más temible y tristemente célebre de Bagdad. Aquí es donde Sadam Hussein encierra a todos sus opositores —políticos, kurdos, chiítas, prisioneros de guerra y grandes delincuentes— antes de ser juzgados y enviados a la otra cárcel, la de Abou Ghraïb.

Antes del embargo era una prisión para extranjeros; hoy se ha convertido además en sede del tribunal del servicio secreto de la policía, *Jihaz al-Moukhabarat*, un lugar de torturas y ejecuciones sumarias.

Ahora entiendo por qué es mi primo Hassan, miembro de la policía secreta, el único que me acompaña esta tarde.

Su presencia no es demasiado amistosa. Con enorme frialdad, como si fuéramos extraños, Hassan se limita a conducirme hasta el recinto del edificio para entregarme a varios hombres de uniforme, probablemente miembros también de la policía secreta, porque intercambian entre ellos algunas señales de connivencia de las que me veo excluido.

Para ellos sólo soy un prisionero, uno más entre los miles de detenidos que ocupan esta cárcel siniestra. Me han abandonado a mi suerte: mi primo se ha marchado sin pronunciar palabra. A pesar de la suavidad de la noche, comienzo a temblar mientras examino intranquilo a mis guardianes. Mi suerte depende de sus labios. Me siento débil e impotente, abandonado de todos.

La humillación no ha hecho más que empezar. Primero me ordenan bruscamente que me desvista por completo, sin facilitarme ningún lugar apartado en el que ocultar mi desnudez a ojos de desconocidos. Me trago la vergüenza ante la mirada indiferente de estos hombres armados. Luego me tienden una ropa remendada y raída.

Después me hacen sentar a una mesa y me señalan con el dedo un impreso que debo rellenar con los nombres de mis padres y mi dirección. Sólo entonces me dirigen la palabra con voz seca:

—A partir de ahora olvídate de tu nombre y responde sólo cuando llamen al número 318.

—¿Y si no lo recuerdo?

Seguramente hemos rebasado el tiempo estipulado para hablar con los prisioneros porque, sin más explicaciones, uno de los guardias escribe mi número en el antebrazo y me venda los ojos. Flanqueado por dos colosos de manos poderosas, me llevan por un dédalo de pasillos. Cogemos un ascensor que chirría. Otro dédalo. Y llegamos a una habitación donde me ordenan quitarme la venda.

Me encuentro en una celda diminuta, de apenas dos por dos, pintada de rojo y con una pequeña ventana y una bombilla encastrada detrás de una reja. La puerta de hierro que se cierra tras de mí es gruesa y pesada y resuena con un golpe seco que me sobresalta. En el centro tiene un pequeño agujero por el que pasar la escudilla.

Me derrumbo, agotado por las emociones del día, y me duermo sobre el duro suelo con un sueño pesado e intranquilo.

A la mañana siguiente me despierta la luz del alba. Estoy atontado, como si me hubiera pasado la noche bebiendo, con el cerebro embotado y abotargado... Comienza una larga espera apenas interrumpida por un plato de sopa que introducen con desprecio a través de la pequeña abertura.

El color escarlata de este cuarto minúsculo no me hace sentirme optimista. Al contrario: me oprime, me aprisiona, me agobia. En algunas zonas el sol del verano levanta reflejos deslumbrantes, casi hirientes. A medida que las horas se van desgranando lentamente, mi imaginación se desboca. Es mi propia sangre la que se expone ante mi vista cubriendo la pared. Estoy aterrado y tengo la sensación de poder leer en ella mi porvenir.

La mayor parte del tiempo la espera es dolorosa. Querría librarme de esa suerte desconocida y amenazante que me aguarda agazapada en las sombras. Pero hasta el dolor se difumina y me conduce a la apatía. Pierdo la noción del tiempo. Tan sólo la ventanita a través de la cual distingo un pedazo de cielo me mantiene unido a la sucesión de días y noches.

Al tercer día oigo chasquear la cerradura tres veces seguidas y se abre la pesada puerta, empujada por dos guardias. Les interrogo con los ojos pretendiendo sondear sus intenciones y preparándome para lo inevitable. Pero sus miradas son desesperantemente neutras, así que me limito a seguirles pasivamente con la cabeza baja, como cordero llevado al matadero.

Pero en lugar de un matadero lo que me encuentro es más bien un transporte de ganado. Estupefacto, entro en otra celda igual de roja y del mismo tamaño que la mía, pero ocupada por otros dieciséis detenidos.

Los guardias me preguntan si reconozco a alguno de ellos y, tranquilizados por mi respuesta negativa, vuelven a cerrar la puerta después de empujarme dentro sin miramientos.

En medio del silencio que se ha hecho a mi llegada voy observando a cada uno de los prisioneros. Con ellos voy a compartir los escasos centímetros cuadrados a los que tengo derecho. De parte de unos recibo una vaga sonrisa de bienvenida, en otros percibo una curiosidad mezclada con cierto sentimiento hostil. La mayoría de los rostros revelan resignación y apenas me prestan atención.

Estoy procurando encontrar un sitio sin molestar a los demás cuando uno de ellos me pregunta mi nombre. Entonces me enderezo con orgullo y

exclamo con voz potente:

—¡Soy un Moussaoui de Bagdad!

El aristocrático patronímico chiíta resuena como un disparo en este pequeño cuarto superpoblado. Al momento todas las miradas se vuelven hacia mí y me observan con interés. Con un punto de satisfacción, constato que hasta en este sitio repulsivo el poder de mi tribu sigue reportándome respeto y consideración. Es quizá mi último resto de dignidad, pero en estas circunstancias me agarro a ella como a un salvavidas para no caer en la desesperación.

—¡Número 318!

Desde el exterior una voz ladra esta orden imperiosa que doblega de inmediato lo que me queda de orgullo. Suspirando, recupero mi humillante condición y me dirijo hacia la puerta bajo las miradas compasivas de mis compañeros presos. Su conmiseración no me tranquiliza nada.

Flanqueado por dos cómitres, descendemos por la escalera hasta el sótano. Cada vez que nos rozamos, los carceleros aprovechan para propinarme algún codazo en los costados o en el vientre, que encajo sofocando los gritos de dolor.

Una vez abajo mis miedos aumentan más aún cuando veo que me tapan los ojos y me atan las manos a la espalda. «Ya está», me digo. «Ha llegado mi hora». Voy a perder la vida en los sótanos de esta prisión infame...

Pero los hombres que me rodean parecen tener otras intenciones. Oigo cómo revuelven en un armario y luego acercan a mis manos, atadas a la espalda, una cinta de vídeo y unas cuantas carpetas para que las pueda tocar.

—Aquí están las pruebas de tu culpabilidad —explica alguien con brusquedad—. Pero, si confieras todo lo que sabes, quizá seamos clementes.

—¿Y yo qué he hecho?

—Sabemos que has estado frecuentando iglesias y cristianos. ¿De qué iglesias se trata? ¿Quiénes son esos cristianos? ¿Dónde viven? ¿Cuál fue el primero que se atrevió a dirigirte la palabra? Eso es lo que queremos saber. Si nos lo dices, pasarás a ser testigo en lugar de culpable.

No respondo nada y, aguijoneado por el miedo, intento pensar con rapidez. Puede ser que salve la vida, pero si les digo nombres pondré en peligro a toda la comunidad cristiana de Irak. En ese momento me viene a

la cabeza una frase de Abouna Gabriel: «Al pedir el bautismo arriesgas tu propia vida, pero también la de los cristianos que te concedan lo que pides». Y no pienso sacrificar a quienes nuestra fe en común me ha llevado a apreciar de corazón.

Tomando aire, contesto a los que me interrogan:

—No conozco a ningún cristiano ni he ido a ninguna iglesia.

Mi respuesta no ha debido de ser del agrado de los hombres que están a mi espalda, porque me llueven los golpes: puñetazos, bofetadas, patadas. Caigo al suelo víctima de la violencia que se vuelca sobre todas y cada una de las partes de mi cuerpo. Mis manos atadas me impiden protegerme.

Me quedo encogido en el suelo, sin poder respirar. Todo mi cuerpo pide clemencia, pero no abro la boca. En un instante de lucidez, intento volver mi rostro contra el suelo para salvarlo del grueso calzado de los guardias.

El suplicio dura sus buenos diez minutos. Luego mis torturadores se detienen, jadeando y entre juramentos. Yo me agarro a este momento de respiro al acecho de su reacción. En tan escasos minutos me han convertido en un ser temeroso de todo, en un perro apaleado que vigila la vara de su dueño implorando piedad con la mirada.

—¡Danos los nombres! ¿Quiénes son esos cristianos a los que tratas?

—No conozco a ningún cristiano.

Uno de los dos verdugos sale de la habitación. Pasan cinco minutos. Intento recuperar el aliento mientras valoro mentalmente el alcance de mis heridas. En medio de la brutal avalancha de golpes la venda se me ha movido y con un ojo puedo observar lo que sucede a mi alrededor.

Aterrado, veo reaparecer al segundo guardia, que lleva en la mano un buen trozo de cable eléctrico de dos o tres centímetros de espesor. El hombre lanza una risotada cruel mientras me mira con expresión temible. Parece haber enloquecido, víctima de una demencia asesina, bestial; como si la crueldad de sus actos le embriagara.

Todos mis músculos se tensan a la espera de recibir la primera descarga. El dolor es atroz, inhumano, y me arranca de lo más hondo de las entrañas un grito cuyo eco rebota hasta el infinito en este dédalo de cuartos y corredores sombríos. Pero sé que en este lúgubre lugar no puedo esperar ninguna ayuda. Y me callo.

Lo cual no hace sino acrecentar la agresividad de mi asaltante: mi mutismo actúa sobre él como un trapo rojo y se ceba conmigo con

redoblada energía.

Este espantoso interrogatorio se repite casi a diario durante cerca de tres meses. Pocas veces pasan más de tres días sin que me trasladen a los bajos de la prisión para someterme a este calvario.

Mientras desciendo a pie varias plantas, suplico al Espíritu Santo que me dé fuerzas: sé que luego tendré que subir estas mismas escaleras a cuatro patas.

Curiosamente, después de cuatro o cinco latigazos el dolor disminuye hasta acabar desapareciendo del todo, como si mi cerebro saturado se negara a reconocerlo. ¿O es que me he acostumbrado?

En cualquier caso, esto me ayuda a distanciarme del sufrimiento. Un día tengo incluso el valor de interrogar a mi verdugo, que pierde el resuello a fuerza de golpearme:

—¿Por qué me pegas así? ¿Acaso me conoces?

—Me limito a hacer mi trabajo —me responde él sin un atisbo de remordimiento.

Terrible respuesta de la que extraigo coraje para controlar la lengua y privar a mis torturadores de lo que desean, traicionando a los cristianos de Bagdad que me han ayudado.

La tarea que me corresponde a mí consiste en guardar silencio, y lo que me permite contenerme es la conciencia de ser objeto del milagro de seguir con vida después de haber sufrido la peor de las degradaciones. Moral y socialmente, he caído desde lo más alto: la traición de mi familia, la *fatwa* del ayatolá... Y he resistido gracias a una fuerza desconocida que no sospechaba. No es cuestión de flaquear ahora que me enfrento a la tortura física.

Así es como mi espíritu permanece firme y atenúa como por arte de magia las consecuencias de los golpes recibidos. Pero, a medida que pasan los días, mi cuerpo sí guarda recuerdo de ellos. Los momentos más difíciles son esos en los que el dolor lacerante se intensifica y se vuelve insoportable. Anquilosado, entumecido como un viejo prematuro, apenas me tengo en pie en esta celda minúscula.

Mi único socorro proviene de la memoria de los mártires que he leído tras mi conversión. Aunque no recuerdo con detalle cada uno de los relatos,

durante estos días terribles guardo una sola convicción, más valiosa que un diamante: «Nadie se hace cristiano por un camino de rosas».

Me aferro a la idea de que hay un precio a pagar y, por lo que a mí se refiere, ese precio no es ninguna bagatela. En mi oración me vienen a la cabeza una y otra vez ciertas frases del Evangelio. Es de lo poco que puede captar ya mi extenuada atención: «Todos os odiarán a causa de mi nombre» (Lc 21, 17); o: «No he venido a traer la paz sino la espada» (Mt 10, 34).

Paradójicamente, estas terribles palabras me sostienen y reconfortan. Son la señal de que no me he equivocado de camino. En realidad, no me encuentro tan lejos de desear un martirio que probaría definitivamente mi adhesión a Cristo.

Y, al mismo tiempo, hay ocasiones en que la injusticia de la prueba que estoy sufriendo me encoleriza, y esa cólera a veces me lleva a desear la muerte. Entonces crece y se apodera de mí el deseo de matar a mis torturadores. Para encontrar una disculpa, pienso que de ese modo al menos tendría la satisfacción de justificar la violencia de que soy objeto.

Los interrogatorios se interrumpen repentinamente y sin ningún motivo. Día tras día me hace temblar cada ruido que llega del otro lado de la puerta. Pasada una semana, me permito tener la esperanza de haber sobrevivido a tan terrible infortunio: a costa de grandes sufrimientos, es cierto, pero ¡me siento tan agradecido! Eso atenúa el dolor de mis negras contusiones.

Pero mi desdicha no acaba aquí.

A partir de ahora me enfrento a otro sufrimiento, aún más cruel porque es psicológico y probablemente más duro que las pruebas físicas: abandonado, encerrado durante días interminables y por un tiempo indefinido en esta celda de la que no salgo jamás.

De ahora en adelante, mis enemigos se llaman soledad, hambre, suciedad, que acrecienta la falta de toda perspectiva de cambio.

Cuando me apresaron hace tres meses, no tuve tiempo ni de desayunar. Desde entonces sólo he sentido hambre. Esa atroz sensación me tortura cada instante del día, dirige todos mis pensamientos. Sólo razono al ritmo de mi estómago y del alimento que traen los matones.

Aunque el término «alimento» no parece el más adecuado para referirse a esa agua blancuzca y tibia que nos sirven por la mañana con la pretensión de ser sopa. Y, si lo es, se compone únicamente del agua utilizada para

cocer arroz, pero sin él. Visto el hacinamiento de la prisión, es probable que los cocineros, obligados a alimentar a todo el mundo, hayan optado por este plato tan económico.

Al mediodía la sopa es amarilla: debe de contener pollo; y por la noche el rojo indica la presencia de tomate. A falta de sustancia, al menos los colores nos permiten la ilusión de un menú variado.

Muertos de hambre, los que ocupamos esta celda hemos adoptado un método muy estricto para dividir lo mejor que se puede el escaso alimento que nos llega y evitar así toda tensión.

Cuando se trata de un mendrugo de pan, por ejemplo, se comparten hasta las migajas. Y cuando ¡fausto día! tenemos derecho a unos pocos trozos de pollo o de carne, tras un reparto minucioso que incluye los huesos no queda absolutamente nada. Quizá el extremo de algún huesecillo se salve de la arrebatía y sirva para zurcir nuestra ropa raída.

Para beber tenemos que enfriar el agua de la ducha, cuya temperatura suben intencionadamente a la hora de las comidas. ¡Consumada tortura dirigida a quienes atentan contra la seguridad del Estado!

Aunque no siento ninguna animosidad hacia mis compañeros de celda, tampoco me une a ellos una especial afinidad. En mi caso, a las privaciones y torturas se suma la angustia de no poder hablar de las acusaciones vertidas en mi contra. Los demás no se privan de contar alto y claro sus fechorías y de jactarse de sus delitos. Yo me callo, procurando mantenerme al margen y sin tomar parte en la conversación, por mucho que intenten incluirme en ella.

Por otra parte, estamos en una cárcel política donde se encierra a ministros y militares, algunos de los cuales han sido condenados a muerte, así que es bastante probable que las palabras de estos criminales de Estado estén sometidas a vigilancia, sobre todo si se saca el tema del régimen político.

Cuando se trata de temas religiosos, aún me siento menos movido a opinar. ¿Qué podría decirles a mis compañeros de celda, chiítas y sunitas, que discuten hasta la saciedad sobre quién es el legítimo sucesor del profeta Mahoma: Abou Bakr para los sunitas y Ali para los chiítas?

En esas ocasiones, permanezco en silencio por temor a proferir palabras demasiado duras contra el propio Profeta.

Al mismo tiempo, he reunido el valor suficiente para dar a entender con claridad que me resulta imposible rezar en un sitio tan sucio y que, en cualquier caso, los Moussaoui van directamente al cielo. Esto me permite mantenerme apartado durante la oración sin provocar las iras de los wahabitas, el sector sunita más radical. En otras circunstancias, mis palabras me habrían valido la muerte; pero aquí, en la cárcel, su poder es limitado y el nombre de los Moussaoui les impone respeto. Por eso me dejan en paz.

La soledad, aunque me pesa, tiene también su lado positivo, pues me permite profundizar en mi fe.

Hasta ahora he vivido luchando por lograr mi mayor anhelo: el de ser bautizado. Mis energías se han concentrado en este objetivo y todo lo que se opusiera a él se convertía en un obstáculo a salvar. En esta pequeña celda, sin embargo, ya no hay sacerdotes que convencer ni una familia que combatir. Ahora me está prohibida toda forma de actuación.

La única y auténtica libertad que me queda es para hablar interiormente con Cristo. En otras circunstancias, nunca habría llegado a experimentar una intimidad tan estrecha.

Le siento muy próximo y mi sufrimiento no impide estos encuentros íntimos; al contrario: las dificultades vencidas no hacen sino reforzar mi unión con un Dios sufriente como yo, que es mi único apoyo y mi única fuerza.

No obstante, rodeado de mis compañeros de celda, la práctica de la oración, incluida la interior, no resulta fácil. Durante el día temo quedar desenmascarado mientras murmuro «Dios te salve María» y procuro santiguarme lo más discretamente posible. Alguna vez he llegado a sentir pánico si por descuido lo he hecho delante de uno de los detenidos, pero afortunadamente ninguno se ha dado cuenta del significado de mi gesto.

Por eso aprovecho la noche para rezar y suplico no morir sin haber recibido antes el bautismo y la comunión. Lo que me sostiene es la certeza, contra toda evidencia humana, de que un día obtendré ese privilegio.

Mientras pasan los meses, no dejo de dar rienda suelta a mi búsqueda. A veces mi diálogo interior me lleva a audaces consideraciones en las que mi

soledad se convierte en una escuela de fe, un centro de entrenamiento para soldados de Cristo.

Imagino estar aquí convaleciente de esa enfermedad que consiste en no conocer a Cristo. En mi caso, el mal tiene un nombre muy concreto: el islam, que me autorizaba a matar y a mentir por la fe. Gracias a la cárcel tengo la impresión de estar restableciendo mi salud espiritual: lo que antes carecía de valor —la paz, la dulzura— ahora es para mí virtud esencial.

Al mismo tiempo, mi salud física no deja de deteriorarse bajo los efectos de una higiene lamentable.

Como poco y no duermo mucho más. Los dieciséis ocupantes de la celda nos turnamos para poder tumbarnos un rato e intentar adormecernos. El resto del tiempo estamos de pie en una postura que a la larga resulta sumamente incómoda. Al menor movimiento que hacemos para desentumecernos corremos el riesgo de molestar al de al lado.

Pero nada más llegar descubrí al fondo de la celda un sitio libre: un pequeño murete que separa el rincón donde satisfacemos nuestras necesidades naturales.

El olor resulta insoportable, pero es el único lugar de la celda un poco más aislado. Por las noches me quedo de pie o en cuclillas junto al murete, algo alejado del resto, lo que me permite rezar con más facilidad.

En condiciones tan penosas transcurren los meses del año, en una monótona sucesión de días en los que nada viene a interrumpir esta espera interminable. ¿Qué puedo desear? No hay esperanza: ni la de un juicio justo ni la de un cambio en la naturaleza de mi encierro. Es esta total ausencia de perspectivas la que me va minando, más aún que la tortura física: entonces tenía algo contra lo que luchar, pero ¿hay algún modo de combatir el paso del tiempo?

Por el ventanuco acierto a entrever la oficina de pasaportes y me paso horas contemplando el edificio, soñando que se convierte en un hospital para enfermos, con una sola cama por habitación.

La única distracción de tan tristes días es el clima, objeto de comentarios a diario. En los nueve meses que llevo aquí hemos sufrido las temperaturas asfixiantes del verano seguidas del frío de un invierno muy corto. El mes de

abril vuelve a traernos el anuncio del calor, quizá más difícil de soportar que las heladas, dado el hacinamiento de nuestra celda.

Un día, al pasar la mano para enjugarme el sudor, noto algo anormal: una inflamación bastante considerable en la base del cuello.

Aunque no me duele, no por eso deja de inquietarme: sé que mi salud no es buena. A los dos o tres días experimento cierta dificultad al respirar. Cuando el enfermero que se pasa por allí dos o tres veces por semana se acerca a la celda dando gritos para saber si hay alguien enfermo, le contesto con voz angustiada que el número 318 solicita una consulta con el médico de la prisión.

—Debe de ser el tiroides —me dice con indiferencia un hombre con bata blanca mientras vuelvo a vestirme.

—¿Es grave?

—Hay que hacer radiografías.

Por mucho que insisto no me proporciona más información.

El hombre me acompaña hasta la puerta y me advierte que en los próximos días me trasladarán al hospital. Cada vez más preocupado por mi estado de salud, no tengo más remedio que abandonarme en manos de la medicina, aun cuando el facultativo de la prisión no me inspire demasiada confianza.

De pasada, el peso me informa de una noticia nada tranquilizadora: estoy en cincuenta kilos. Antes de poner el pie en la prisión rondaba los ciento veinte. Sólo soy la sombra de lo que era.

Llegado el día, me vendan los ojos y un furgón blindado me traslada al centro sanitario más cercano.

Si alguna vez albergué esperanzas de disfrutar de un trato más humano en el hospital, no tardo en salir del error. Al entrar en el edificio me obligan a conservar la venda y me envuelven en una manta para ocultar mi identidad a ojos indiscretos. Estoy enfermo, sí, pero sigo siendo un presidiario al que se le prohíbe todo contacto con el mundo libre.

Mis dos carceleros se cuidan bien de que todo el mundo respete las normas: sin dar lugar a réplica, exigen estar presentes en cada momento del examen médico y me ordenan no preguntar nada al personal sanitario. Si necesito comunicarme, he de hacerlo a través de ellos.

La ansiedad derivada de las exploraciones y de la incertidumbre sobre mi estado se ve redoblada por la presión de sentirme constantemente espiado: vigilan hasta el último de mis gestos y movimientos.

Y así hasta en el quirófano al que acaban trasladándome.

Al entrar en él el miedo me inmoviliza, pero no sólo a mí: el personal hospitalario tampoco soporta bien esa presión constante antes de una intervención.

De repente, la tensión acumulada acaba estallando y el cirujano, furioso por la presencia de los dos policías, les conmina con firmeza a salir de allí.

—Al fin y al cabo, es anestesia general: será como si estuviera muerto —afirma con la seguridad que da el ser facultativo.

Pero no hay nada que hacer: los guardias no dan su brazo a torcer.

En cuanto a mí, ese «como si» me sume en un abismo de pensamientos. No conozco en qué consistirá exactamente la operación, ni cuáles son los riesgos que conlleva, ni la gravedad de la enfermedad. Me siento reducido a un objeto. No recibo una sola palabra de ánimo que alivie mi angustia: todo en bien de la seguridad.

Cuando vuelvo en mí, apenas me dan tiempo a despertar de mi sueño artificial, porque inmediatamente vuelven a llevarme dando traspiés al furgón penitenciario, que pone rumbo a la cárcel.

Al encontrarme de nuevo con mi celda, quizá por primera vez desde mi encarcelación me dejo ganar por la amargura. Mi breve estancia en el hospital ha sido una prueba demasiado dura y me resulta insoportable seguir sufriendo tamaña injusticia.

Mientras rumio mi rencor, nada puede impedirme recordar el encadenamiento de los hechos que me han conducido hasta aquí. La causa de mi grave enfermedad ha sido únicamente esta prisión innoble y el trato inhumano que recibimos, al que me ha sometido la crueldad de mi propia familia, origen de todos mis males. Sin remordimientos, sin un ápice de piedad, ellos son quienes han permitido que ingrese en prisión.

En mi fuero interno, cuando pienso en ellos —en mis hermanos, pero sobre todo en mi padre—, siento cómo me corroee una intensa cólera que nada es capaz de aliviar.

Por otra parte, me inquieta terriblemente mi propia familia. ¿Cómo se encontrarán? ¿Dónde estará Azhar, el mayor? ¿Y Miami? Debe de haber

crecido mucho. ¿Cómo habrá reaccionado mi mujer ante esta situación? ¿Qué será de ellos? Hace tanto tiempo que no tengo noticias suyas...

Éstas son las preguntas que me atormentan durante los sofocantes meses de verano en que nos asfixiamos mientras prestamos oído a los rumores que recorren los pasillos. A través de los nuevos detenidos que han venido a sustituir a los desaparecidos, nos enteramos de que Naciones Unidas ha ordenado una investigación sobre la prisión de al-Hakimieh. Hasta ahora Sadam Hussein ha sostenido siempre que en su país no existen los presos políticos y que la oposición no se encuentra amordazada.

Estos dieciséis meses de cautiverio me han llevado al límite. Es la prueba más larga y cruel que me ha tocado vivir. Mi resistencia se ve reducida a nada por tantas privaciones, angustias y sufrimientos físicos y morales. No soporto la idea de continuar ni un día más en este infierno.

Hasta que por fin el infierno acaba desterrándome.

Un día, estoy gritándole mi dolor a Cristo en una última súplica cuando los guardias llaman al número 318. Me levanto como un sonámbulo y, con la cabeza gacha, me dirijo mecánicamente hacia la salida. Si lo que me espera es una nueva sesión de torturas, sé que no podré soportarla: será el fin. Y me resigno a desaparecer de este modo, sin resistirme, completamente rendido.

Pero los guardias me entregan un montón de ropa, la mía, la misma que llevaba hace un año.

—¡Eres libre!

Mis oídos no lo pueden creer.

Después de tanto tiempo esperándolo, este momento llega tan súbitamente que apenas soy capaz de creerlo. Me parece imposible perder tan de repente mi condición de prisionero y encontrarme de nuevo en el mundo libre. Libre...

Por toda formalidad, me limito a firmar un documento que me compromete bajo pena de muerte a no revelar jamás lo que he vivido. Oficialmente, este infierno nunca ha existido. Es el último suplicio: ni siquiera me dejan compartir la realidad de mi dolor.

La pesada puerta de hierro se cierra tras de mí y me encuentro solo, fuera de la prisión, en medio de una plaza expuesta a los cuatro vientos. De

pronto tengo miedo. Me siento flotar dentro de la ropa: no soy más que piel y huesos. No sé qué hacer con esta nueva libertad recién encontrada.

Una fiesta triste

Octubre de 1998

Hace un año y cuatro meses, cuando me encerraron, llevaba en el bolsillo 1.500 dinares, una suma que la inflación ha devaluado considerablemente. Con eso sólo tengo para comprarme una cajetilla de tabaco y ponerme a reflexionar sobre mi nueva situación.

Me enfrento a un terrible dilema. Por un lado, me muero de ganas de ver a mi mujer y a mis hijos, de abrazarlos, de recibir ese cariño que tanto he echado en falta durante mi encierro.

Pero, evidentemente, eso implica volver a casa de los Moussaoui, encontrarme otra vez con quienes me han entregado, sin poder gritarles mi dolor ni el odio que día tras día he ido acumulando contra ellos. Y no estoy seguro de ser capaz de hacerlo.

Antes de mi liberación, había pensado huir al norte para refugiarme en un pueblo cristiano y no volver a salir de él, con tal de no revivir el exilio interior del clan al que pertenezco, con tal de no seguir viviendo en la mentira. Ya no me reconozco en ellos, los lazos afectivos se han roto. No puedo olvidar su traición.

Sí, sé muy bien que hoy soy incapaz de perdonar. Sólo la huida impedirá que las relaciones con mis padres y hermanos degeneren en violencia.

¿Qué hacer? ¿Realmente tengo derecho a abandonar a mi mujer y mis hijos? ¿Es eso lo que Dios me pide? Por otra parte, si borro mi anterior existencia, podría llevar una vida cristiana digna de ese nombre sin necesidad de esconderme. ¿Acaso no me merezco un poco de reposo y tranquilidad?

Durante cerca de dos horas me repito una y cien veces las mismas preguntas, mientras fumo un cigarrillo tras otro. Dividido entre las dos opciones que se abren ante mí, las sopeso sin acabar de tomar una decisión.

Finalmente, después de haber torturado mi alma inclinándome a favor de una u otra elección, el deseo de volver a ver a mis hijos se impone sobre

cualquier otra consideración. Nunca podría vivir en paz si los abandono, entregándolos al odioso poder de mi clan. Eso sin contar con que no podrían continuar viviendo su fe cristiana. A Anouar, a Azhar y a Miami les obligarían a regresar al islam. Y eso no lo puedo soportar.

Reúno todo el valor que me queda para llamar a un taxi y pedirle al conductor que me lleve a casa. No tengo dinero suficiente ni para pagar el trayecto, pero visto que estoy a punto de volver a meterme en la boca del lobo, no deja de parecerme la desgracia menor que podría sucederme.

No debería haberme preocupado tanto el modo de reunir la suma que me falta, porque cuando estoy llegando a casa reconozco a mi hermano Ali, que está al borde de la carretera, y detengo el taxi disfrutando el perverso placer de aprovechar el efecto sorpresa para hacerle pagar a él el trayecto.

En cuanto a mí, recorro a pie el centenar de metros que me separan de mi familia.

Mientras me acerco, temo tanto como deseo el momento de mi encuentro con Anouar. En un año han debido pasar muchas cosas. En la cárcel he tenido tiempo para imaginar los escenarios más lúgubres: sometida a la presión de mi padre ¿habrá cedido y confesado nuestra nueva religión? ¿No será eso lo que explica el fin de los interrogatorios después de tantos meses de cárcel?

¿Me reconocerá, con lo delgado que estoy? Mientras empujo la puerta, me asaltan toda clase de dudas. En un primer momento, el hombre esquelético en que me he convertido provoca en Anouar un movimiento de rechazo y en su rostro leo la sorpresa. Por fin, cuando me reconoce, una sonrisa anima su cara. Pero apenas tengo tiempo de estrecharla entre mis brazos.

De pronto, oigo a mis espaldas un griterío inmenso: fuera de la casa empieza a congregarse una multitud con la clara intención de entrar. Estoy agarrotado y me temo lo peor: la repetición de los hechos ocurridos hace dieciséis meses, cuando mis hermanos se abalanzaron sobre mí a primera hora de la mañana.

Estoy preparado para salir huyendo, pero me sorprende el tono de las exclamaciones, más cercano a la alegría que al odio. De hecho, a mi alrededor se reúne un grupo de gente rebosante de júbilo compuesto por

toda mi familia: las mujeres lanzan yuyús y los hombres me rodean y me abrazan calurosamente.

No entiendo nada. ¿Estoy sufriendo una alucinación? En ese caso, también mi mujer parece estar bajo sus efectos, pues contempla atónita una agitación que al parecer tampoco ella esperaba.

Muy pronto empieza a sonar la música y a mis padres y hermanos se unen mi familia política, amigos y vecinos. Seguramente, advertido por mi hermano, todo el barrio parece haberse puesto de acuerdo en festejar mi regreso. Entre tiros de carabina y al grito de «el hijo querido ha regresado», recibo abrazos y aclamaciones sin fin, e incluso llego a ver lágrimas... No lo puedo creer, pero tampoco me da tiempo a hacerme preguntas sobre el significado de la fiesta.

Porque está claro que se trata de una fiesta, y una fiesta más espléndida aún que la de mi boda. Nadie se despide y, en menos que canta un gallo, matan varios terneros para dar de comer a los invitados. Mi padre sabe hacer bien las cosas.

No siento ninguna estima filial hacia él, pero sí tengo que reconocer su capacidad de hacerse obedecer y su maestría para organizar eventos. De hecho, no soy yo sino él, Fadel-Ali, quien acaba convirtiéndose en el centro de atención de una multitud que no deja de aumentar. Todo el mundo se apiña a su alrededor para felicitarle por el regreso del hijo y ofrecerle regalos. Y yo permanezco a su lado, sonriendo a todo el mundo, aunque por dentro sienta ganas de llorar.

¿Qué significa esta comedia de gusto más que dudoso? ¿Toda mi familia padece amnesia? ¿Es posible que se alegren auténtica y sinceramente de mi regreso, cuando lo que deberían hacer es temer mi venganza? Acosado por estas y otras preguntas sin respuesta, presencio su alegría como mero espectador, sin experimentar ninguno de los sentimientos que finjo con el corazón encogido. Todo esto se prolonga hasta el amanecer y se reanuda al día siguiente con la llegada de nuevos invitados, y luego otro día más, hasta que se agotan las provisiones.

Acabo asqueado de tanto derroche. ¿Todo esto para qué? ¿Para servir a una mascarada innoble! Pero, como no siento ningún deseo de remover el doloroso pasado que tan caro me ha costado, me callo y guardo la compostura.

Ahora comprendo que eso es precisamente lo que esperan de mí: que ocupe mi lugar en el hermoso cuadro que compone esta familia, reunida al fin tras una dura prueba.

A través de los retazos de conversaciones que recojo, voy reconstruyendo poco a poco el hilo de la historia oficial, la que le han contado a todo el que ha mostrado interés: la historia de un terrible malentendido, del hijo favorito capturado por error por la policía secreta como, desgraciadamente, tan a menudo suele suceder en el régimen del terror instaurado por Sadam.

Pero me temo que tras esta hermosa mentira se oculta algo que me duele más aún. Para ellos, para mi padre, la reputación, el qué dirán, el miedo a perder el prestigio cuentan más que el afecto mutuo.

Lo que ha guiado su reacción desde el principio, ese ímpetu desbordado con que me reciben, es la preocupación por camuflar mi conversión al cristianismo y sofocar el escándalo causado entre la buena sociedad chiíta si alguna vez y en el peor de los casos llegara a hacerse público el asunto.

Me siento decepcionado: ¡ingenuo de mí, yo que creía estar recibiendo un poco de afecto de parte de los míos! Pero no: para ellos lo único importante es lo que se ve desde fuera.

Esta toma de conciencia tiene al menos su parte positiva: las escamas van cayendo de mis ojos y los veo como realmente son, en su cruda desnudez: no es una imagen demasiado bonita, pero sí la triste realidad, me repito furioso y apenado.

Ahora comprendo la razón de mi encarcelamiento y las abominables torturas cuyos efectos aún sigo sufriendo en propia carne. Necesitaban que confesara los nombres de los cristianos que me habían acogido para eliminar toda culpa y lavar así el honor de la familia. ¡Siempre esa preciosa reputación, más importante que cualquier otra cosa...! Siento náuseas.

Probablemente habrían matado a todos esos cristianos, prohibiéndome al mismo tiempo la entrada a las iglesias. Entonces también mis correligionarios me considerarían un traidor. No estaba mal pensado, desde luego.

La muerte de mi primo Hassan, de la que me entero al hilo de las conversaciones, explica probablemente el fracaso del plan. Como miembro de los servicios secretos, debió de ser él quien ordenó los duros interrogatorios de los que he sido víctima. Su muerte repentina a los tres

meses de mi encierro significó también el final de las torturas, motivo que desde mi celda yo no pude sospechar en su momento.

Sólo cuando concluyen los festejos podemos Anouar y yo quedarnos solos y recuperar nuestra intimidad. La verdad es que cuando digo «solos» no soy del todo exacto: una vez se han marchado los invitados, mis hermanos Ali y Shayma se quedan también en mi casa. Oficialmente se trata de una medida de protección: ésa es la confianza que demuestran tener en mí.

En el dormitorio conyugal nos susurramos confidencias. Yo le cuento mi historia tal y como ha sido: mi secuestro, el ayatolá, la cárcel, el hospital...

A medida que avanza el relato, noto cómo el rostro de Anouar se desencaja. Así que nunca le han contado la verdad... Ella, por su parte, me confirma la versión del error judicial ante el que todos —desgraciadamente, le decían entre suspiros— se encontraban impotentes.

—Ahora entiendo —me susurra Anouar— por qué tu padre, con toda su fortuna y sus contactos, no podía devolver la libertad a su hijo preferido.

Durante todos estos meses Anouar ha sido testigo de la actitud pasiva de mi padre, tan poco habitual en él, y de sus escasos esfuerzos por liberarme; incluso llegó a temer mi muerte, sospechando que nadie tenía el coraje de decírselo por miedo a que perdiera el juicio.

—¡Qué hipócritas! Es aún peor de lo que me imaginaba. Me siento traicionada, burlada, humillada...

Todo este tiempo Anouar ha permanecido encerrada en casa. En nuestro mundo una mujer no sale nunca a la calle sin su marido y, si éste se encuentra en prisión, en cierto modo también a ella se la encarcela dentro de su propio hogar.

Entonces mis dos hermanos, con la excusa de acompañar a mi mujer en su dolor, se instalan en mi casa.

Anouar, que no se deja engañar, ha llevado muy mal la constante vigilancia de su familia política. Cada vez que manifestaba su deseo de pasar unos días con su madre, mi padre le daba autorización a condición de dejarle a su nieto Azhar, con quien está muy encariñado. El niño es el primero y único varón de todos sus nietos y, en señal de favor, nada más nacer le donó una importante propiedad agrícola.

Anouar, por su parte, no dejaba de temblar desde el mismo momento en que Azhar desaparecía de su vista. Para evitar separarse de él, se resignó a no salir de casa y, en su lugar, era su madre la que acudía a verla y a proporcionarle consuelo.

Aún más angustia provocaba en mi mujer que mi padre reclamara con frecuencia a su nieto favorito para pasar algún tiempo con él. También mis hermanos venían regularmente a llevarse a Azhar con ellos y, desgraciadamente, Anouar no podía oponerse. Su deber consiste en plegarse a toda orden que provenga de un hombre.

Bajo la presión del clan familiar sobre ella, cuyo motivo ignoraba, mi mujer ha tenido la prudencia de disimular su oración. Su piedad es ahora más íntima y solitaria. Ya no se atreve a coger el Evangelio de hojas finas que le regaló Abouna Gabriel, por miedo a ser sorprendida en flagrante delito: de hecho, lo ha cosido por dentro al colchón para que nadie lo encuentre.

A la vista de los hechos, su decisión me parece muy prudente. Pero ella se siente culpable y avergonzada de haber cedido a la debilidad de ocultar su fe por no perder a su hijo. Durante estos largos meses ha sentido como si la llama de su amor por Cristo vacilara, hasta casi desaparecer por falta de alimento. Por suerte, se sincera ella, «su brasa no se ha apagado del todo. A veces sigue caldeando mi corazón dolorido».

Ahora no son únicamente la cólera y el rencor los que se apoderan del corazón de Anouar. Cuando me cuenta estremecida todo lo ocurrido en mi ausencia, noto en ella otro sentimiento, cierta inquietud, como si el miedo hubiera abierto una grieta.

Si son capaces de tanta ignominia y manipulación, debe de pensar ella, ¿hasta dónde llegarán? ¿Hasta poner en peligro nuestras vidas?

—Que sepas —añade en voz alta— que tu familia ha aprovechado nuestra debilidad para confiscarnos la documentación y todo el dinero de que disponíamos antes de que te encarcelaran.

Nos vemos, pues, reducidos a una precaria situación de dependencia económica. Es un empleado de mi padre el que se ocupa de nuestros gastos ordinarios. En cuanto a otros dispendios, dependo de la buena voluntad del

clan. Tales condiciones, además de herir mi orgullo, me resultan muy incómodas.

Sin dinero no podemos hacer ni un solo plan. Siempre dependeremos de la tribu, estaremos a merced de la más mínima malquerencia y denuncia, y bajo un control férreo. La vigilancia no cesará nunca, ni siquiera bajo mi propio techo, espiados siempre por los cancerberos de mi padre.

En estas circunstancias, resulta imposible reanudar nuestras idas y venidas a Bagdad para asistir a misa los domingos, si no es a costa de innumerables riesgos. La menor sospecha relativa a la práctica de otra religión que no sea el islam nos conduciría inmediatamente al desastre.

Tengo que recuperar a toda costa un mínimo de libertad, y eso pasa en primer lugar por la independencia económica.

Antes de ser encarcelado, había hecho una serie de préstamos tanto a agricultores de mi padre como a mis hermanos, así que a ellos me dirijo en primer lugar. Pero todas mis tentativas se estrellan contra un muro: «Dependes de Fadel-Ali».

Me queda otro recurso: el del autobús familiar con chófer que antes me reportaba los beneficios de la venta de billetes. Pero también en este caso constato con despecho que, desde mi ausencia, es uno de mis hermanos quien percibe el dinero. Hasta el conductor, ante quien me humillo pidiéndole un préstamo, se permite el lujo de negarse.

Cuando los empleados de la familia se muestran tan arrogantes es porque Fadel-Ali lo permite. He perdido su confianza y, con ella, todo poder y riqueza.

Pero no me dejo abatir: estoy firmemente decidido a defender mi causa ante mi padre.

—¿Para qué quieres dinero? —me pregunta secamente cuando le expongo mi caso.

—Quiero poder pasear con mi familia para reponerme de la prisión.

—Vuelve dentro de dos días: veré qué se puede hacer.

Tengo una ligera confianza en la compasión y los remordimientos que pudiera sentir después de haberme hecho padecer tantas vejaciones.

A los dos días mi padre me comunica que nos ha comprado una casa a las afueras de Bagdad para que los cuatro podamos recuperarnos, pero tiene

buen cuidado en advertirme que la vivienda no está a mi nombre, sino al de mi hermano mayor. Así no hay posibilidad de reventa.

Estoy furioso.

—Lo que necesito no es una casa, sino dinero —respondo yo con voz airada como único agradecimiento.

Mi padre, que es muy tozudo, no da su brazo a torcer y no tengo más remedio que agachar la cabeza y dar media vuelta.

Así transcurren seis meses, en medio de esta atmósfera cargada de sospechas. Sé que vigilan cada uno de mis gestos y examinan con lupa mis desplazamientos, lo que crea en mí la sensación de continuar en la cárcel: sin rejas, pero con las mismas consecuencias.

De común acuerdo, Anouar y yo hemos decidido no tentar la suerte y por el momento nos abstenemos de acudir a la iglesia. Con la presencia en casa de nuestros vigilantes sería demasiado arriesgado, e igualmente peligroso para los cristianos involucrados.

Es un momento sumamente penoso de nuestras vidas. En apariencia, engañamos a Ali y a Shayma actuando a diario como si todo marchara sobre ruedas, pero interiormente padecemos un auténtico suplicio al callar y disimular cuidadosamente lo que llevamos en lo más hondo. A veces tengo la impresión de ser un tráfuga en territorio enemigo.

También me preocupa que una situación que pone a prueba hasta este punto nuestros nervios acabe desembocando, tanto en el caso de mi mujer como en el mío, en un estallido incontrolado.

Felizmente, para suavizar una presión tan insoportable contamos con el recurso de nuestras oraciones, que recitamos entre susurros durante nuestras horas de sueño por miedo a hacerlo delante de nuestro propio hijo. Hasta ese punto hemos llegado... Todas las noches nos arrodillamos y en voz baja suplicamos al Espíritu Santo que nos ayude a llevar esta carga y nos muestre una salida, ahora que humanamente el horizonte se nos presenta completamente cubierto.

[1] El ayatolá iraní Jomeini y el jeque libanés Nasrallah pertenecen también a la familia Moussaoui.

[2] Padre de Motkada Sadr. Será asesinado por Sadam Hussein.

II. ÉXODO

«La Iglesia te pide que te marches»

Verano de 1999, Bagdad

Con las máximas de los meses de verano, los sentidos se relajan bajo unas temperaturas que alcanzan los 45 °C. Quizá porque es eso lo que quiero ver, me da la sensación de que nuestros dos guardianes aflojan un poco la vigilancia.

Intencionadamente, mis ausencias se van haciendo más largas sin que esto les haga salir de su apatía, y siempre estoy de vuelta cuando abren el ojo después de la siesta.

Animado por esta nueva libertad, después de madurarlo mucho me decido a arriesgarme y a visitar a Abouna Gabriel. Mi mujer tiembla aterrada: me ha suplicado varias veces que no lo haga, para no ponerles en peligro ni a ella ni a mis hijos.

Pero no estoy dispuesto a renunciar. Nos hallamos en un callejón sin salida y necesito encontrar remedio a esta situación. Me doy perfecta cuenta de que mi ira aumenta más deprisa que el miedo y se alimenta del contacto diario con mi familia, a quien no puedo confiar lo que llevo en lo más hondo.

A pesar de mis plegarias pidiendo la paz del corazón, la actitud arrogante de mis hermanos, que me miran como si fuera menos que nada, cada vez me irrita más.

Si no quiero acabar desquiciado, he de hacer algo... y huir. No deja de atormentarme el proyecto de marcharnos a un pueblo cristiano del norte para no volver a salir de él. Pero ¿cómo huir? ¿Y con quién? Necesito que alguien me aconseje y sé que Abouna Gabriel me escuchará.

A pesar de mi impaciencia, me tomo el tiempo necesario y guardo ciertas precauciones para despistar a mis posibles seguidores e impedir que me

descubran. Por eso aparco el coche en el centro de la ciudad y luego cojo un taxi.

Y, para burlar toda tentativa de vigilancia, le pido al taxista que antes de dejarme en el convento se pase una hora dando vueltas por Bagdad. En otro tiempo el recorrido no me habría llevado ni un cuarto de hora, pero como me estoy jugando la piel ninguna precaución me parece excesiva.

Al llegar al convento me encuentro a Abouna Gabriel medio dormido y recién levantado de la siesta, aunque con el rostro tan radiante como siempre.

—¡Qué sorpresa! Ha pasado mucho tiempo...

—Dos años, Abouna.

—Estaba preocupado —me dice—, pero no sabía cómo obtener noticias sobre vosotros.

Nuestro encuentro es muy breve: no quiero llamar la atención prolongando temerariamente mi primera escapada. De entrada, le cuento mi apresamiento y a continuación le explico por qué no he venido hasta ahora.

El sacerdote no parece demasiado sorprendido:

—Entre los musulmanes la reacción de tu familia no tiene nada de extraño. No olvides que el Corán castiga con la muerte a quienes abandonan el islam. No deberías haberte llevado ningún libro a casa.

—¿Puedo volver a la iglesia? —le suplico ansiosamente.

—La iglesia está abierta para ti, pero ahora tienes que redoblar la prudencia.

Sobra decirlo. Aprovechando sus buenas disposiciones, le pregunto:

—¿Y podríamos retomar nuestras reuniones igual que antes, dos veces a la semana?

Abouna Gabriel asiente con la cabeza y se queda mirándome un buen rato con esa mirada bondadosa que siempre me ha tranquilizado, pero que hoy esconde una gravedad poco habitual.

Por primera vez en muchos meses me marchó de allí con el corazón ligero y confiado. El apoyo del religioso y su buena voluntad me aportan seguridad. Es una roca en medio de tantas pruebas.

Espoleados por este primer éxito, para burlar la vigilancia de nuestros guardianes domésticos Anouar y yo ideamos una estratagema: las peleas recurrentes, que no se traducen en insultos, como suele ocurrir, sino en

gestos o, más bien, en ausencia de gestos. En nuestra pequeña puesta en escena, a mi mujer, decidida a no mostrarse una esposa buena y entregada, se le olvida, por ejemplo, servirme la comida.

Curiosamente, nuestros conflictos se repiten casi todas las semanas, preferentemente los sábados, y concluyen inevitablemente del mismo modo: Anouar se marcha a casa de su madre. Entonces no me queda más remedio, muy a pesar mío, que coger el coche para ir a buscarla. Así cuento con una excelente coartada que nos permite asistir a misa juntos. A veces el enfado dura varias semanas y entonces aprovechamos para reunirnos con nuestro director espiritual.

Quienes nos rodean sólo ven el fuego. Es más, los miembros de mi familia se muestran tan preocupados por nuestro aparente enfrentamiento que procuran animar a Anouar a ocuparse más de su marido.

Una tarde, cuando llevamos tres meses poniendo en práctica esta artimaña, Abouna Gabriel concluye bruscamente una de nuestras entrevistas semanales con la siguiente recomendación:

—Tienes que venir con menos frecuencia: es muy peligroso, tanto para ti como para nosotros. De ahora en adelante, ven solamente una vez a la semana, aparte del día de la misa.

No sé cómo interpretar su advertencia, pero no me queda más remedio que asumirla. Quizá sea la sabiduría la que habla por boca de Abouna. En cualquier caso, no cabe duda de que así se reduce el peligro de que en cualquier momento mi familia descubra nuestro ardid.

A las pocas semanas hay nuevo aviso del sacerdote:

—A partir de ahora sólo puedes venir una vez: tendrás que elegir entre la misa y nuestras reuniones.

Tampoco esta vez cabe discusión y elijo la misa, aunque me duele en lo más hondo renunciar a nuestras veladas de formación espiritual.

Pero las instrucciones de Abouna Gabriel me hacen reflexionar. La decisión que ha tomado no puede deberse a iniciativa propia: no va nada con él. ¿Por qué se habrá echado atrás después de acceder a reanudar la costumbre de nuestras reuniones periódicas? No es un hombre que hable a la ligera.

De modo que tiene que haber algo más.

Abouna vive en un convento y es muy probable que al resto de los hermanos les asuste el peligro que corren.

También puede ser que los feligreses del domingo, alertados por algún religioso indiscreto, recelen de la presencia de un musulmán entre la asamblea y, temerosos de ser acusados de proselitismo, hayan presionado a los religiosos. Ahora me viene a la cabeza un pequeño detalle al que hasta ahora no había prestado atención, pero que ha quedado registrado en mi memoria: desde hace algunas semanas, tengo la impresión de que, en cuanto entramos en la iglesia para oír misa, los rostros de todos se ensombrecen.

Otra coincidencia sospechosa que Anouar y yo hemos comentado es el refuerzo de la seguridad, porque ahora los feligreses vigilan la entrada a la iglesia para identificar a extraños y posibles espías: señal de que ha aumentado el peligro; y es muy probable que nosotros seamos la causa.

Entiendo muy bien su miedo y sus razones —la dureza de la ley musulmana, la *charia*, el peligro que corre toda la comunidad—, y en cierto modo los comparto. Pero tampoco tengo la sensación de estar cometiendo una gran imprudencia viniendo aquí, sobre todo porque mi sed de Cristo es tan grande que me lleva a superar todo temor.

Me siento arrastrado por un impulso irreprimible que barre las objeciones y los obstáculos para concentrarse en un único objetivo: el bautismo, y sobre todo la comunión del «pan de vida». Resulta difícil de explicar, pero a veces es como si me creyera protegido por una fuerza que no es mía, sino sobrenatural. Haber sobrevivido a todas estas pruebas me proporciona un sentimiento de invulnerabilidad en el que percibo también cierto orgullo.

Es esta aparente inconsciencia la que me anima a continuar mi búsqueda, a confiar en que en algún lugar existe una salida a esta situación, y que basta con buscarla tenazmente.

Con algo de condescendencia, me producen cierta sorpresa estos creyentes paralizados por un miedo que, en mi opinión, es casi incompatible con una frase de Cristo que me impresiona: «No tengáis miedo a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma» (Mt 10, 28).

Un domingo a mediodía, concluida la misa, Abouna Gabriel me hace una seña para que vaya a reunirme con él en el coro. Me cita para el miércoles siguiente antes de retirarse a la sacristía para despojarse de los ornamentos.

Sorprendido por una conducta tan poco habitual, me paso tres días yendo de la alegría de pasar una velada más con este sacerdote al que tanto

aprecio, al temor de que esta vez me prohíban la entrada en la iglesia.

El día señalado, percibo la gravedad del momento en cuanto Abouna Gabriel me hace entrar en su cuarto. Inmediatamente cierra la puerta tras de mí.

—Lo que te voy a decir no puede salir de aquí —me advierte a modo de preámbulo—. Tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie.

Desconcertado por ese preámbulo tan enigmático y con el estómago encogido, guardo silencio y espero a que continúe.

—No estás bautizado, pero eres un cristiano auténtico; sin duda, más que yo y más que muchos de los que están aquí —prosigue—. Pero, cuando se es cristiano, hay que obedecer a Cristo, y quien representa a Cristo aquí en la tierra es la Iglesia.

—¿Y...? —pregunto yo con un atroz presentimiento, pidiéndole con los ojos que acabe de cumplir con su deber.

—En nombre de la Iglesia, por prudencia, te ordeno que te marches de Irak.

Me quedo inmóvil unos instantes, con la mirada fija en este hombre venerable que acaba de conminarme serenamente a borrar toda una vida. Es un duro golpe. Ni siquiera en las épocas más oscuras de estos últimos años me he planteado ni por un momento marcharme.

Tengo la sensación de ser Abraham, a quien Dios le pide que lo deje todo. Sólo que en mi caso no tengo dinero ni profesión.

—¿Y hay algo que discutir? ¿Es negociable?

—No —contesta con firmeza Abouna Gabriel—. Si te opones a esta orden, te opones a la Iglesia.

El argumento es válido, y él lo sabe. La idea de contradecir por un momento a la Iglesia me aterra.

Sería como cuestionar todo aquello por lo que llevo doce años peleando. No he invertido tanta energía en entrar en su seno —y Dios sabe que lo he pagado caro— para ahora permitirme el lujo de desdeñar uno solo de sus mandatos.

Además, la orden no procede de cualquiera, sino del hombre al que más reverencio en este mundo, el hombre que ha seguido paso a paso mi evolución. Así que he de fiarme: lo que hoy me exigen tiene que ser fruto de una madura reflexión.

Por otra parte, esto explica que Abouna Gabriel se haya visto obligado a reducir nuestros encuentros.

No me queda elección: debo obedecer. Pero necesito tiempo, tan sólo un pequeño respiro para digerir la información y meditar la nueva situación que se me plantea.

—Tienes una semana —me dice el anciano religioso—. Dentro de siete días tendrás que contestarme sí o no. Si es que sí, la Iglesia te ayudará; en caso contrario, no vendrás a verme nunca más y renunciarás al bautismo.

—No conozco ningún otro país... —me atrevo a decir tímidamente.

—Yo he viajado mucho —me responde con vehemencia— y puedo aconsejarte. Pero serás tú quien elija. Te tengo mucho aprecio, lo sabes, y si te ocurriera algo aquí, en Irak, no me lo perdonaría nunca. ¡Eres mi amigo más querido!

Al oír estas palabras las lágrimas asoman a mis ojos, porque en nuestras conversaciones Abouna Gabriel siempre ha procurado evitar todo sentimentalismo, cortando en seco cualquier muestra de afecto.

Pero esta tarde, quizá una de las últimas, noto con emoción que no ha sido capaz de refrenar sus palabras y ha dejado hablar al corazón, lo cual suaviza algo la ruptura para la que he de prepararme desde ahora.

De vuelta a casa, lo que más temo es la reacción de mi mujer, que es muy miedosa. ¿Cómo voy a lograr que acceda cuando ni siquiera yo estoy convencido del todo?

Si me niego a seguir la orden de Abouna Gabriel, tendré que renunciar a ser cristiano. Por otra parte, la idea de viajar me produce un horrible desasosiego, aunque sólo sea por una cuestión de supervivencia. Sin profesión, sin título, ¿cómo podré dar de comer a mi familia?

Pero aún me asusta más vivir como refugiado, la condición más humillante de todas. Me vienen a la cabeza las imágenes de los refugiados palestinos a quienes se les reparte la comida como a perros, y eso no estoy dispuesto a aceptarlo: ni eso, ni vivir en casa de otros, ni depender de una ayuda externa.

Como era de esperar, la primera reacción de Anouar es de rechazo. Tampoco ella sabe trabajar en nada: el cuidado de la casa, incluida la cocina, está en manos de criados; y, por otro lado, ¿qué será de nuestros

hijos: Azhar, de siete años, y Miami, de dos y medio? A mi mujer le parece imposible huir con los niños.

Después de darle mil vueltas al asunto, sólo obtenemos una certeza: nuestra actual situación es insostenible, ya que los dos queremos bautizarnos. Por eso lo primero que hemos de hacer es calmar nuestra inquietud ante lo desconocido.

Al cabo de unos días, para despejar cualquier duda, Anouar decide tantear otra vez a Abouna Gabriel, así que finge una nueva pelea conmigo y se marcha a casa de su familia. Dejando los niños al cuidado de su madre, le dice que va a visitar a una de sus hermanas —sin especificar a cuál— y acude sola al convento.

Mi mujer cree que puede conseguir que Abouna Gabriel cambie de opinión, pues sabe que el sacerdote también siente por ella un profundo afecto. Pero la respuesta es la misma: «No hay otra solución. Si no, a vosotros os matarán y para la comunidad cristiana todo serán problemas».

Transcurrido el plazo de siete días, y una vez se ha desvanecido toda esperanza de alguna alternativa, regreso al convento para informar a Abouna.

—La respuesta es sí, pero...

Vacilo un momento:

—¡... no quiero ser refugiado!

—En ese caso, ¿por qué no pides un crédito? —me sugiere Abouna Gabriel después de unos instantes de reflexión.

—No, es otra forma de dependencia.

—Encontrarás trabajo —acaba concluyendo él para darme ánimos.

Preparativos secretos

Bagdad, enero de 2000

A principios de año comienzo a preparar meticulosamente nuestra marcha, sin dejar de rezar pidiendo que mis gestiones pasen lo más desapercibidas posible.

Primero necesito conseguir pasaportes, para ello es indispensable un certificado de nacimiento y un documento de identidad que mi familia me

ha confiscado.

También necesito un certificado de nacionalidad y, sobre todo, de grado de nacionalidad: un documento complicado de obtener —aún más si no se dispone de certificado de nacimiento— que especifica si uno es iraquí por ascendencia, por nacimiento o por matrimonio.

Por fortuna, aún conservo la acreditación de haber realizado el servicio militar, un documento obligatorio que sirve como carné de identidad y te pueden exigir en cualquier momento en los controles de la policía. Éste me servirá para conseguir mi nueva documentación.

Felizmente, mi familia carece de contactos en la administración, hacia la que se muestra recelosa por considerarla un instrumento al servicio de Sadam Hussein. Así que, en principio, no hay peligro de que cualquier indiscreción malogre mis gestiones.

Esta vez, escarmentado después del episodio de la Biblia, me cuido escrupulosamente de no guardar ningún documento oficial en casa por temor a que lo encuentren mis carceleros: todos se los confío a Abouna Gabriel. La otra precaución que tomo consiste en evitar que mi mujer me acompañe a tantos trámites para no despertar sospechas.

Advertido por la dolorosa experiencia de no poder fiarme de nadie, y menos de los míos, permanezco en constante alerta. Por prudencia procuro que no pasen más de uno o dos días —nunca más de una semana— sin ir a ver a mi padre bajo cualquier pretexto. Toda cautela es poca si se tiene en cuenta que, para salir del feudo familiar, hay que cruzar el camino que pasa junto a la casa de mi padre.

Lo que más me apena es que él haya esperado al momento de mi huida para iniciar un acercamiento.

Últimamente me ha hecho ver que ya no recela tanto de mí, no sé si de forma calculada o sinceramente: es difícil saberlo. Quizá me tenga miedo, o quizá le asusten mis deseos de venganza. En todo caso, ve preferible engatusarme que seguir tratándome como víctima.

Voy advirtiéndole en él un fuerte deseo de renovar su confianza. Sé que en el fondo me quiere y le dolería perderme. Por supuesto, para él no existen las palabras: su reserva y su orgullo le impiden pronunciarlas. Pero tanto su actitud como sus muestras de atención revelan una solicitud encaminada a establecer nuevos lazos que restauren la distancia producida en los últimos

años. Como si el pasado feliz no hubiese sido sepultado por todo lo que me ha hecho sufrir.

Pero yo, por mi parte, no he olvidado. Por mucho que lo intente, me cuesta disimular el odio hacia esta familia que me ha traicionado, que me ha entregado y condenado al castigo más infame sin remordimientos.

Y en el caso de que lograra perdonarles, ¿cómo podría explicarles lo que vivo? Me parece imposible, mi experiencia religiosa sobrepasa completamente su facultad de comprensión.

Aparte de los pasaportes, la segunda dificultad importante es la preparación del equipaje. También en este aspecto he de proceder con la máxima discreción. Evidentemente, es impensable reunir nuestros efectos en nuestra propia casa y ante las mismas narices de nuestros carceleros.

Para no llamar la atención, decido ir trasladándolos con cuentagotas en una pequeña mochila que llevo siempre conmigo en mis desplazamientos. La mochila me permite ir transportando una prenda cada vez que salgo, y voy guardando todo en casa de Michael, quien ha accedido a que usemos su vivienda como guardarropa.

Para el viaje he comprado una maleta grande que vamos llenando poco a poco, hasta que al cabo de unas semanas está a punto de reventar. Antes de partir habrá que hacer una selección...

Gracias a Dios, la desaparición de nuestra ropa pasa desapercibida. Hemos logrado prohibir a mis hermanos el acceso a nuestro dormitorio, procurando no dejar la casa a merced de sus miradas indiscretas. Y en los raros casos en que los hemos dejado solos, han demostrado un cierto respeto a nuestra intimidad conyugal. De todas formas, tenemos tantas cosas que, si se hubieran atrevido a entrar en nuestro cuarto, nunca habrían apreciado la diferencia.

La última cuestión —pero no la menos importante— que me queda por solucionar antes de marcharnos es encontrar dinero para el viaje. Como no sé cuánto tiempo durará nuestro exilio, me hace falta una suma considerable para poder mantenernos. Y yo no tengo ingresos ni dinero en efectivo.

Lo primero que se me ocurre es vender el coche, pero cuando se lo cuento a Abouna Gabriel, me lo desaconseja: es demasiado visible para mi familia... y demasiado arriesgado. Tendría que conseguir que el comprador

accediera a no disponer del vehículo hasta el día de mi partida, porque aún lo necesito para mis preparativos; y eso despertaría sospechas. De modo que queda descartado vendérselo a un musulmán, y a un cristiano sigue siendo demasiado aventurado. Y, como es mi vida lo que está en juego, prefiero renunciar.

Para obtener el dinero no me queda más solución que recurrir a las joyas de Anouar, que ella me ofrece espontáneamente. Yo nunca me habría atrevido a pedírselas. Son su fortuna personal, su única propiedad. Generalmente las mujeres musulmanas están muy apegadas a sus joyas, pues no se les permite poseer ningún otro bien.

Soy consciente de que, al ofrecérmelas libremente, lo que Anouar deposita en mis manos es mucho más que el dinero: con ello firma su total adhesión a mi proyecto de huida, a pesar de los riesgos que conlleva. Mi mujer ha elegido entre el calvario en que se ha convertido nuestra vida en medio de los nuestros y el camino del exilio. Al entregarme sus joyas, expresa con palabras delicadas todo lo que lleva consigo nuestra decisión:

—A mis ojos estas joyas no son más preciosas que el amor de Cristo. Vale la pena hacer este sacrificio.

Aunque tendré que comprarle unas cuantas joyas falsas que den el pego, de la venta de las auténticas consigo sacar una suma considerable —cerca de 10.000 dólares—, que ni de lejos equivale a su valor real. Es verdad que el comprador se ha aprovechado de nuestra situación de extrema necesidad, pero ese dinero me permitirá afrontar el futuro con un poco más de serenidad.

En cambio, me cuesta bastante más convencer a Anouar de que renuncie a llevarse la magnífica vajilla que tanto le gusta. Tengo que usar toda mi paciencia y mis mejores argumentos para hacerle entender que no podemos cargar con tanto equipaje.

Los preparativos son muy largos, pero pasados cuatro meses estamos casi listos para marcharnos.

Después de informarme, he elegido como destino Jordania, único país que no ha cerrado su frontera con Irak. El nuevo monarca Abdallah II es un aliado de Occidente, y para el país los refugiados suponen una fuente de ingresos nada despreciable: sólo los más pudientes cuentan con suficientes medios para escapar de la dictadura de Sadam.

Ahora sólo me falta recuperar el pasaporte familiar y elegir la fecha de la huida. Por el momento todo parece marchar sobre ruedas: es casi milagroso que mi familia no haya advertido nada.

El día señalado, Anouar y yo fingimos una nueva pelea y nos vamos con los niños, tal y como exige la administración, a obtener el preciado documento.

La inquieta espera que soportamos es tan grande como nuestra decepción, cuando el funcionario nos informa con voz neutra de que no tenemos derecho a viajar.

El golpe es terrible. En tan sólo diez segundos me veo perdido, encerrado de por vida tras unos barrotes. No hay esperanza. Probablemente se trata de una traición de parte de mi familia, que lo ha previsto todo, incluida la posibilidad del exilio. Tal vez me denunciaron cuando me hallaba en prisión, cuando aún vivía mi primo del servicio secreto.

A pesar de mi turbación, acierto a articular unas palabras que equivalen a la última esperanza de un condenado:

—¿Qué puedo hacer?

Ésta es la fría respuesta que obtengo:

—Puede presentar una reclamación en la oficina de al lado.

De repente, mientras le escucho, vislumbro una débil esperanza al recordar que la corrupción es una realidad ampliamente extendida entre la administración iraquí, sobre todo después de que la inflación devaluara los sueldos. He visto actuar a mi padre y sé que el dinero te permite obtener muchas cosas. ¿Por qué no esta vez? Ahora o nunca... Con algo más de seguridad, me atrevo a preguntarle de nuevo:

—Una cosa más: ¿sabe de dónde procede la prohibición de viajar?

—Debería saberlo usted...

—Hmm... ¡ah, sí!, ahora me acuerdo. Debe de ser por un préstamo que me hicieron y no devolví, pero el asunto ya está arreglado: la deuda está saldada.

En un momento en que me juego mi futuro a doble o nada, mi imaginación trabaja a toda máquina. Al parecer la mención del dinero pone en guardia a mi interlocutor.

—Entonces basta con que vaya a la policía: allí lo arreglarán —
puntualiza el funcionario, mucho más conciliador.

Y, después de dudar un instante, añade:

—Pero le van a molestar a usted con trámites y formalidades. Si quiere, me puedo ocupar yo...

Ya está: yo tenía razón. Acepto la propuesta del funcionario y le pregunto por el precio del «servicio».

—Medio millón de dinares —me responde con aplomo.

Una suma exorbitante, que equivale a cerca de cuatrocientos dólares. Hago un cálculo rápido: él debe de cobrar unos tres mil dinares mensuales, así que mi dinero le garantizará un retiro más que desahogado. ¡Menudo negocio!

Tras una breve discusión, nos ponemos de acuerdo en un cuarto de millón, doscientos cincuenta mil dinares, de los que ciento cincuenta mil los pago sobre la marcha y el resto a la entrega del pasaporte.

Al salir me paso por el convento de Abouna Gabriel y le confío mi inquietud:

—¿Y si regreso mañana y me dice que no me conoce?

—Mañana será otro día —me tranquiliza—. Por ahora vamos a rezar para que todo salga bien. Si no, intentaremos que huyáis por el norte.

Al día siguiente, en un estado de extrema tensión, vuelvo con mi mujer y mis hijos a la oficina del funcionario, que me entrega el pasaporte con su sello correspondiente; pero, al mirarlo de cerca, observo que junto a él aparece una enigmática anotación: «éste no es el registrado».

No sé qué significa, pero en cualquier caso es demasiado tarde para echarse atrás. El empleado y yo salimos, para efectuar la entrega del dinero. Mientras nos alejamos discretamente del edificio, noto en la boca un regusto amargo, el vago presentimiento de haber sido engañado.

Es cierto que tengo el visado de salida, pero ¿qué ocurrirá cuando vean en la frontera jordana esa extraña nota? No me atrevo a preguntarle nada: al fin y al cabo, no me queda elección.

Jordania no es más que una de las etapas de mi plan. Una vez allí pediré un visado para un país occidental, cosa que en Irak no se puede hacer: casi todas las embajadas extranjeras se esfumaron en 1990, después de la Guerra del Golfo.

Algo asustado, me informo de que en Jordania pueden pasar a veces meses e incluso años antes de obtener un visado. El dinero se termina

enseguida y las familias iraquíes acaban en la ruina. Yo confío contra toda esperanza en que nuestra economía resista.

En cuanto al destino final, no lo conozco. Lo ignoro todo del extranjero y no dispongo de medios para tomar una decisión tan vital, así que sorteo mis temores poniéndome en manos de Abouna Gabriel.

Éste prefiere Italia, donde un hermano suyo podría acogernos. Pero, para no dejar ningún cabo suelto, me pone en contacto con Jean-Pierre Bagaton, un diplomático francés.

Bagaton, quien —seguramente para no llamar la atención— acude en bici al convento, habla árabe y tiene la amabilidad de ayudarme a rellenar los formularios. También me reserva la sorpresa de ofrecerme un visado para Francia.

Su oferta me deja desconcertado y reflexiono dos minutos antes de declinarla. Tener un visado francés en mi pasaporte sólo contribuiría a despertar las sospechas en la aduana. Dada la prohibición de salir del país que pesa sobre mí, excepto para breves ausencias, no me parece demasiado prudente.

Cuando el funcionario francés ya se ha marchado, me quedo unos instantes a solas con Abouna Gabriel. Probablemente ésta será una de las últimas veces que nos veamos antes de la despedida. Aunque hasta ahora me había dado plena libertad —una libertad de vértigo— para elegir mi futuro país de acogida, esta vez me dice convencido:

—Quédate una noche en Jordania y al día siguiente sal rumbo a Francia.

—¿Y qué pasa con el bautismo que me había prometido?

Hace tiempo que las palabras me queman los labios sin que me atreva a pronunciarlas. Pero hoy es diferente: la perspectiva de mi marcha elimina todas las barreras.

Mi pregunta es tan directa como su respuesta.

—Es muy peligroso —me dice—. Ya lo celebraréis allí...

Con estas palabras, Abouna Gabriel acaba de arruinar mi mayor esperanza, lo único que me ha hecho resistir todos estos años: cada uno de mis esfuerzos ha ido encaminado hacia ese objetivo.

Y ahora estamos a punto de renunciar a nuestras raíces, obligados a trasladarnos a un país desconocido sin tan siquiera la posibilidad de recibir el tan deseado bautismo...

Despedidas

Bagdad, 19 de abril de 2000

Durante estos cuatro meses de preparativos me ha dado tiempo a perfilar cada detalle de la fuga en estrecha colaboración con Abouna Gabriel, quien con este motivo me ha autorizado a visitar su casa en cualquier momento.

Juntos repasamos las distintas etapas con un objetivo muy preciso: sortear la constante vigilancia de mi familia, que por otra parte se ha relajado bastante. Mi padre piensa que, mientras el monedero siga en sus manos, me tiene lo suficientemente atado para no verse obligado a supervisar cada uno de mis movimientos.

Por eso he contado con algo más de libertad a la hora de organizar nuestra partida, que he dividido en cuatro fases, tantas como lugares irán jalonando el itinerario de nuestra fuga.

Con la excusa de una nueva pelea, mi mujer se ha ido de casa hace dos días y se ha instalado con su familia para poder despedirse de una manera encubierta. La prueba significa para ella una auténtica cruz. Va a separarse de los suyos sin pronunciar una palabra, limitándose a despedirse desde lo secreto de su corazón. Nunca volverá a tomar parte en sus concurridas y cálidas reuniones de los viernes, con las que tanto disfrutaban los hermanos. Se siente —me confiesa— como una rama arrancada del árbol.

El único recuerdo que se lleva de su familia es un pañuelo de su madre, a la que adora, para taparse la cabeza. Le hace la promesa de devolverlo pronto...

Después de pagar a intermediarios, mensajeros y funcionarios, he dejado en el convento el dinero que me queda —cuatro mil dólares— bajo la custodia de Abouna Gabriel. Ambos hemos decidido reservar dos mil dólares para el viaje, y pasar el resto a Jordania a través de las redes de la Iglesia. En la aduana sólo permiten llevar doscientos dólares, suficientes para un viaje de ida y vuelta.

Nuestro equipaje aguarda en casa de Michael a la espera de que lo recojamos en el momento de la huida.

Sólo faltan el coche y un chófer, a ser posible no iraquí. Después de algunas pesquisas, doy con un taxi conducido por un jordano, de manera que es casi imposible que nos conozca. Nos reuniremos con él en Al-Mansour, un lugar discreto y aislado de la ciudad, y bastante menos frecuentado que la estación de taxis de Al-Salhieh.

Por fin llega el día de nuestra partida, tan esperado y tan temido a un tiempo.

Muy de mañana, me subo al coche con un nudo en el estómago. He dormido mal: me he pasado toda la noche repasando una y otra vez cada minuto del día siguiente, intentando evitar un paso en falso que pueda dar al traste con todo.

Amanece. Por una parte, estoy impaciente por pasar a la acción, y a la vez aterrado cuando pienso en el peligro al que voy a exponer a mi familia. Si tenemos la desgracia de que me cojan, carezco de toda protección, de cualquier red de seguridad. Será la muerte segura.

Y, si se me ahorra la muerte, quizá sea aún peor: tendré que sufrir de nuevo la humillación de ser menos que nada dentro del clan. Hasta el momento la suerte ha acompañado mis planes. Si fracaso, seré incapaz de soportar de nuevo tanta deshonra.

El miedo no me impide girar con decisión la llave de contacto para ir en busca de mi mujer y mis hijos. Desde allí, asegurándome por el retrovisor de la ausencia de posibles perseguidores, conduzco despacio hasta un aparcamiento en el que dejo el coche y cojo un primer taxi.

En el vehículo que nos traslada por última vez a casa de Abouna Gabriel se puede palpar el miedo. Nadie abre la boca. Sufrimos la tensión física de las horas que nos aguardan.

Abouna Gabriel se conmueve visiblemente en el solemne instante en que nos reunimos con él y nos abraza con gesto preocupado. Para no fundirnos en lágrimas, nos acompaña un momento hasta el altar de la Virgen que hay en la capilla, donde recitamos un avemaría cuyas últimas palabras resuenan extrañamente en mis oídos: «... ruega por nosotros... en la hora de nuestra muerte...».

El tiempo urge. Nos despedimos de él y prometemos enviar noticias en cuanto nos sea posible. Las palabras se ahogan en mi garganta: es probable

que nunca volvamos a vernos. Al estrechar nuestras manos, nuestro querido Abouna nos ofrece en confidencia un último consejo. Es la historia de su vocación religiosa:

—De niño —nos cuenta posando sus manos sobre las cabezas de mis hijos— estuve muy enfermo y mi madre prometió entregarme a la Iglesia si me curaba. También vosotros, Anouar y Mohammed —añade el anciano mirándonos primero a uno y luego a otro—, le pediréis un hijo al Señor para consagrárselo a Dios...

Para él es una manera de exorcizar el peligro, de invocar la protección divina y de lanzarnos hacia el futuro, hacia una vida que podremos disfrutar en paz —así lo espero de todo corazón en ese momento— al final de nuestro viaje.

Luego el sacerdote nos bendice y nos empuja hacia la puerta tendiéndonos los pasaportes y el dinero. Es el momento de irse. Cuando llamamos a un taxi, lo hacemos un poco más desvinculados de nuestra vida aquí, en Bagdad.

En el coche que nos traslada a casa de Michael permanezco al acecho. En cada cruce por el que pasamos temo que nos reconozca alguien de mi familia o de la de Anouar. Pero sé bien que no puedo cambiar el curso de los acontecimientos. Si tenemos un encuentro desafortunado, nada podrá justificar nuestra extraña conducta.

Para calmar mi angustia, sólo puedo encomendarme al cielo pidiendo salir con vida de la ciudad. Por el rabillo del ojo y con los cinco sentidos alerta, no dejo de vigilar el taxi. Durante los veinte minutos que dura el trayecto —minutos que parecen horas— desconfío de todo y de todos. Cuando llegamos a casa de Michael, nos bajamos del coche y esperamos a que el chófer se aleje de allí.

Sin decir palabra, entramos en la tienda de Michael quien, haciendo una señal con la cabeza, nos acompaña a su casa para recoger nuestro equipaje. A continuación llamo a otro taxi para que nos conduzca a nuestro cuarto y último destino, desde donde abandonaremos definitivamente la ciudad.

Con Michael la despedida es muy breve: el joven nos ve marchar, apretujados dentro del coche, y nos dedica un pequeño gesto amistoso con la mano. A medida que nos vamos acercando al lugar de nuestra última cita, me siento más ligero. Cada etapa salvada me quita un peso de encima: el

del miedo. Sólo empiezo a respirar cuando diviso al chófer jordano que nos aguarda en el sitio convenido.

Mientras tomamos por fin la autopista que conduce a la frontera, Anouar me pide un cigarrillo: el primero de su vida. También ella sufre la insoportable espera que nos encamina a las puertas de Bagdad.

Nos dirigimos hacia el sudoeste a buena marcha. Pasan las horas, pasan los kilómetros. A medida que nos alejamos de Bagdad, regresan mis temores, centrados ahora en el paso de la frontera. ¿Qué ocurrirá? ¿Será la enigmática anotación de mi pasaporte la que firme mi detención y mi muerte?

Estrujo intranquilo los varios centenares de dólares que me quedan: a eso se reduce ahora toda nuestra riqueza. De ella depende nuestra supervivencia en ese país del que lo ignoramos todo. ¿Cuánto tiempo resistiremos? Prefiero no pensarlo.

Tras ocho horas de viaje, nos acercamos a la frontera y le pido al conductor que pare delante de un restaurante. No es que tengamos mucha hambre, pero creo que necesitamos reponer fuerzas y aprovisionarnos para más adelante, porque no sabemos lo que nos aguarda al otro lado.

Nadie tiene ganas de comer: la angustia nos ha quitado el apetito. Pero la parada nos viene bien y salimos cargados con la comida que apenas hemos probado.

Se está poniendo el sol cuando por fin divisamos en el horizonte el puesto aduanero. Llevamos cerca de diez horas metidos en el coche. Agotados por las emociones y el largo viaje, para empezar a sentirnos seguros todavía nos queda superar esta última prueba.

Antes de nada, hemos de abonar el impuesto oficial al que todo iraquí que desee salir del país está obligado a hacer frente: cuatrocientos dólares por adulto y doscientos por cada menor, es decir, un total de mil doscientos dólares.

Ni siquiera pagando esta suma considerable cuento todavía con garantía de éxito, porque a continuación viene lo más delicado: el puesto de control de la policía. Tiemblo sólo de pensar en enseñar mi pasaporte con el sello fraudulento, cuya eficacia considero más que dudosa.

El aduanero inspecciona el vehículo con aire de sospecha, da una vuelta alrededor de él y nos mira de uno en uno. Dentro nadie pestañea. Anouar y yo contenemos la respiración rezando sobre todo por los niños —y en especial por Azhar—, que se quedan obedientemente sentados y sin abrir la boca.

Una vez finalizado el examen, el hombre me hace un gesto para que me baje con el pasaporte. Salgo del coche lanzando una mirada cargada de temor a mi mujer. Las piernas no me sostienen. Sé que este instante es decisivo: no habrá una segunda oportunidad y el fracaso equivale a la muerte...

La aguda conciencia de hallarme en un punto sin retorno me infunde nuevas fuerzas. Es demasiado tarde para echarse atrás. Con gesto despreocupado, le entrego mi documentación, pero en mi fuero interno siento pánico.

Antes de echar una ojeada a mi pasaporte, el aduanero me pregunta mi nombre y teclea en el ordenador. Estoy perdido. Inclinandome ligeramente por encima del mostrador, veo la pantalla, en la que aparece la temida frase: «Prohibición de viajar». El pánico se apodera de mí y me quedo paralizado, incapaz de moverme o de pronunciar palabra. Para nosotros esta frase significa el final del viaje.

El aduanero continúa mirando en silencio el ordenador mientras pasa distraídamente las páginas del pasaporte. Encojo los hombros a la espera de la orden de arresto, pero el hombre continúa tranquilamente su examen. Es insoportable. Luego se detiene en el visado, mira la anotación del funcionario de Bagdad, parece reflexionar durante unos segundos interminables y me devuelve la documentación con una sonrisa.

Estoy atónito. No entiendo nada. Y de repente se hace la luz: eso es lo que significa la frase “éste no es el registrado”. El funcionario corrupto lo ha hecho muy bien: con esa anotación aclara por anticipado a sus colegas de la aduana que el hombre buscado y fichado por la policía no es el portador de este pasaporte. Se trata simplemente de un homónimo.

Muy bien pensado. Retrocedo en el tiempo para dirigir mentalmente una sonrisa agradecida a este funcionario desconocido de quien equivocadamente sospechaba ser víctima.

—¿Llevan algo de comer?

La pregunta del aduanero interrumpe de golpe mis pensamientos y le sonrío. Decididamente, esta tarde la suerte está de nuestro lado... a menos que se trate de un guiño de la Providencia, que nos ha conducido hasta este hombre, además de mal pagado, ¡hambriento!

—No se mueva. Vuelvo ahora mismo —le contesto jovialmente.

En un santiamén me apresuro a traerle los platos todavía calientes que reservábamos para más tarde. ¡Al demonio la prudencia! Estoy tan contento del rumbo que han tomado los acontecimientos que me siento dispuesto a cualquier sacrificio. Y éste del estómago no me cuesta nada.

Al hombre, abrumado por tanta abundancia inesperada, ni siquiera se le ocurre pedirnos dinero, a pesar de que yo había previsto tal eventualidad, porque no estoy del todo seguro de que la anotación especial que lleva mi pasaporte sea plenamente legal. La corrupción ha gangrenado hasta tal punto a una administración mal pagada que ha acabado considerándose lo más normal.

Pero esta tarde lo que dicta la conducta de este hombre es el hambre, así que se limita a mirar distraídamente nuestro equipaje, que contiene los objetos de valor a los que no hemos sido capaces de renunciar.

En un último acceso de celo administrativo, sólo le intriga una cosa: ¿por qué llevamos tanta ropa para un viaje tan corto y con la vuelta cerrada?

El buen humor me impide dejarme amilanar por su repentino arrebató de honradez y le propongo entregarle parte de ella, añadiendo que la presencia de nuestros hijos es prueba de buena fe: si tuviéramos la intención de huir, jamás habríamos expuesto a unos niños así de pequeños a una aventura tan arriesgada.

Este último argumento acaba convenciendo definitivamente a nuestro aduanero, que sólo estaba esperando una respuesta de este tipo para tranquilizar su conciencia profesional y dejarnos cruzar la frontera.

Mientras me subo al coche, dirijo una breve oración de acción de gracias a mi ángel de la guarda. Luego recorreremos lentamente los escasos metros que todavía nos separan de Jordania.

Si mis cálculos son correctos, aún nos quedan tres o cuatro horas de viaje a través del desierto para llegar a Amman. Avanzamos en medio del silencio que acompaña a la caída de la tarde mientras reflexionamos sobre nuestra difícil jornada.

Evidentemente, ésta no es la tierra prometida, pero yo me siento tan ligero y feliz como Moisés cruzando el Mar Rojo. Mi ansiedad ha quedado reducida a la mitad.

Aunque no sé qué es lo que nos aguarda, al menos tengo la sensación de que, al dejar Irak, dejo también tras de mí las duras pruebas de los últimos años. Las torturas, la enfermedad, los sufrimientos padecidos durante mi encierro han marcado mi carne con su huella cruel, pero ahora todo se difumina y se aleja, y de repente me parece más fácil de soportar.

Curiosamente, hasta el profundo resentimiento que me inspira mi familia parece atenuarse gracias a la distancia que a partir de ahora nos separa.

Es noche cerrada cuando divisamos el halo de luz que envuelve la capital jordana y le pido al chófer que nos indique algún hotel económico.

O bien no compartimos la misma idea de lo que es un buen precio, o bien el hombre nos engaña. El caso es que nos deposita en la puerta de un hotel llamado «Palace» donde la habitación cuesta cien dólares: ¡una pequeña fortuna que equivale a un tercio de nuestro presupuesto!

Pero en ese momento estamos extenuados y nos sentimos incapaces de ponernos a discutir o de probar en otro hotel, así que pospongo para el día siguiente la búsqueda de un nuevo alojamiento y nos desplomamos en nuestras camas, agotados por el cansancio y las emociones.

En el exilio

Amman (Jordania), 20 de abril de 2000

A la mañana siguiente son dos los objetivos que me marco para este primer día en suelo jordano: visitar a una religiosa que me ha recomendado Abouna Gabriel y pasar por el vicariato apostólico de Amman para recuperar mis dos mil dólares.

Así pues, cojo un taxi que me lleva a la dirección indicada por Abouna Gabriel. Se trata de un convento de religiosas, me ha explicado el anciano sacerdote iraquí: «Tú llama y pide hablar con la hermana Maryam».

En respuesta a mis timbrazos, se abre la puerta y aparece el rostro temeroso y desconfiado de una religiosa, probablemente de origen filipino.

—No está. Vuelva dentro de una hora —me espeta cerrando a toda prisa la ventana.

Es probable que mi cara de iraquí bronceado y mi corpulencia la hayan atemorizado.

Como me queda una hora de espera, decido acercarme al vicariato apostólico, pero no llevo encima ningún documento ni carta de recomendación, así que me presento de sopetón delante de la recepcionista diciendo que vengo de parte de Abouna Gabriel y que debe de haber algo para mí. La mujer me mira atónita, como si hubiera aparecido ante ella alguien venido de la luna.

—Yo no sé nada de eso.

Evidentemente, no hay más explicaciones que dar: sólo valdrían para atraer aún más la atención.

Decepcionado ante este nuevo fracaso, regreso al convento de las hermanas decidido a que esta vez me abran la puerta.

Entretanto, la hermana Maryam ha vuelto ya y, afortunadamente, accede a recibirme. Aun así, tengo la impresión de que a la monja filipina de la entrada, que sigue pareciendo asustada, no le hace mucha gracia mi presencia. Juntos recorreremos un pasillo hasta el cuartito en el que se encuentra la hermana: tiene unos sesenta años, es alta y corpulenta, y me observa con expresión decidida y desconfiada. No parece demasiado cómoda... Pero como es Abouna Gabriel quien me la ha recomendado, no tengo nada que temer.

—Hermana, vengo de parte del padre Gabriel y traigo una carta para usted —le digo tendiéndole mi salvoconducto, el único recurso con que cuento en este país.

La nota sólo contiene unas pocas palabras: «Hay que ayudar a esta familia». Se trata sin duda de la última precaución tomada por Abouna Gabriel: si me detuvieran llevando una carta encima, ésta podría constituir una prueba en mi contra.

—Muy bien. ¿Y en qué puedo ayudarle? —me pregunta enérgicamente la religiosa, con el aire de quien no tiene tiempo que perder en cortesías.

Brevemente le cuento mi historia, mi conversión y las razones que me han llevado a abandonar Irak. Ella me escucha atentamente con aire pensativo. Termino diciéndole que busco una vivienda de alquiler para el

tiempo que nos quedemos en Jordania, porque los hoteles están fuera de mis posibilidades.

Cuando se entera de lo que nos ha costado la noche anterior, pega un brinco, escandalizada:

—¡Eso es carísimo! El chófer que les ha traído a Jordania les ha engañado. Debía de estar compinchado con el del hotel. Aquí eso es bastante frecuente. Los refugiados son como vacas lecheras...

Yo lo he aprendido en carne propia. También constato aliviado que la recomendación de Abouna Gabriel ha surtido efecto: la hermana parece tomarse a pecho mi defensa y protección.

—¿Ha venido en taxi? —me pregunta con suspicacia.

—Sí, ¿por qué?

—Es preferible que no lo haga: si se es refugiado, se llama mucho la atención. Ahora tiene que actuar con discreción. ¡Nunca se sabe! ¿Cómo ha pagado el taxi? ¿Tiene dinero?

—Sí, pero está en el vicariato apostólico y no sé cómo recuperarlo. En el bolsillo sólo me quedan unos cuantos dinares iraquíes. El taxi que me ha traído hasta aquí me ha costado un dinar. A este ritmo no me durará demasiado...

—¿Le ha dado un dinar al taxista? —me interrumpe ella en medio de mi explicación.

—Sí, así es. Y le he dicho que se quede con el cambio.

Para mi sorpresa, la hermana estalla en carcajadas francas y tan ásperas como su acento montañés. Me pregunto qué es lo que le hace tanta gracia.

—Es que —me explica sonriendo— un dinar equivale aproximadamente a mil fils jordanos, así que le ha dado usted al taxista más del doble de lo que cuesta el trayecto, es decir, cuatrocientos fils. Es mejor que se mueva en transporte público, ¡no llamará tanto la atención!

Guardo silencio, un poco molesto por haber sido tan ingenuo. La hermana Maryam parece advertir mi confusión y recobra la seriedad.

—Veremos lo que soy capaz de hacer para alojarles. Tengo un amigo cristiano de Irak que quizá les pueda ayudar.

Esa tarde la religiosa me presenta a Saïd, que vive en un barrio de la ciudad donde las casas no son excesivamente caras: algo menos de cien dinares mensuales. Allí se concentran los iraquíes a la espera de obtener un

visado para el extranjero, a ser posible en Occidente: Norteamérica o Europa.

Por fortuna, Saïd ha oído hablar de una casa no muy lejos de donde él vive que se alquila por sesenta y cinco dinares. «Vamos a verla», me propone amablemente. Dos horas después cerramos el acuerdo y el propietario y yo firmamos el contrato. Podemos mudarnos esa misma noche.

No obstante, un incidente viene a perturbar la calma con que se ha desarrollado este primer día. En el momento de la firma, cuando Saïd se entera de que me llamo Mohammed, pega un respingo asustado y me pide explicaciones. ¿Qué hace un musulmán viviendo entre cristianos?

La hermana Maryam le interrumpe y, cogiéndole del brazo con firmeza, murmura con tono imperioso: «¡Luego!».

Doy gracias al cielo por haber encontrado a esta religiosa que ha tomado las riendas de nuestra situación. Y en ese momento me hago cargo también de que las condiciones de los cristianos en Jordania, aun siendo mejores que las de Irak, distan mucho de ser tan envidiables como me imaginaba.

La hermana Maryam cumple hasta el final con su papel de ángel de la guarda acompañándome al hotel, donde nos reunimos con mi mujer y mis hijos. Desde allí salimos a hacer algunas compras, porque nuestra casa está vacía, y recogemos en el convento unos colchones cedidos —me dice la hermana— por la buena sociedad jordana.

Sorprendido por una ayuda tan inesperada, la hermana me cuenta que mantiene frecuentes contactos con los cristianos iraquíes. Cada cierto tiempo visita mi país en compañía de otras religiosas para impartir catequesis a los niños de las poblaciones cristianas más remotas: tan remotas —añade— que, cuando rezan, los pequeños se tiran al suelo, igual que los musulmanes con los que conviven.

Esta circunstancia le hace correr serios peligros y es más que probable que esté vigilada por la policía jordana. Por eso, me confiesa, sintió miedo cuando las hermanas le anunciaron que había un iraquí alto y con bigote que deseaba verla.

Así pues, en contra de lo que nos esperábamos, ya estamos aquí, instalados en una casa de verdad. No era ésta la idea que me había hecho de la vida de refugiado, sobre todo si se tiene en cuenta que para mí esta

situación es provisional. Estoy convencido de que tendremos que irnos de Jordania lo antes posible.

Aún estamos muy cerca de Irak y, sin duda, mi familia no desistirá así como así de cumplir la *fatwa* que el ayatolá Mohammed Sadr ha dictado contra mí.

Además, viniendo del islam, no estoy seguro de que los cristianos de aquí, igual que los de Irak, me acepten entre ellos, pues mi presencia representa para ellos un peligro.

Como no tengo intención de renunciar a mi deseo máspreciado —ser bautizado—, no me queda otra opción que continuar haciendo gestiones para poder marcharnos cuanto antes; aunque presiento que la obtención de un visado no va a ser tarea fácil.

Pasados dos días, sucede algo que confirma mi decisión de abandonar el país. El dueño de la casa me pide que le acompañe a la oficina de permisos de residencia para dar a conocer mi identidad. Al salir del edificio, un tanto inquieto por el trámite que acabamos de realizar, le pido que me explique el motivo.

Así es como me entero de que, para alquilarle algo a un extranjero, hay que informar a la administración cuanto antes, lo que permite al inquilino obtener del departamento de extranjería de la policía un permiso de residencia con tres meses de validez.

Asimismo, el propietario me hace saber que cuando expire el permiso de residencia, estaré obligado a abandonar el país so pena de tener que abonar una multa de dinar y medio por cada día de estancia suplementaria en suelo jordano. Lo que significa que, transcurrido el plazo, corro el riesgo de ser expulsado de la noche a la mañana en caso de que me detenga la policía.

Mi otro temor es que el simple hecho de notificar mi nombre y dirección ante la jefatura de policía conlleve la seria amenaza de que mi familia me encuentre algún día. Sin saberlo, he puesto en peligro la vida de mi mujer y mis hijos. No tardo más que unos minutos en tomar una decisión: tenemos que trasladarnos lo antes posible.

Sin discutir, la abnegada Maryam remueve cielo y tierra y a los quince días logra convencer a unos amigos de su comunidad religiosa de que nos hospede. Viven en una población cristiana llamada Fouhies, situada a una veintena de kilómetros al noroeste de Amman.

Los habitantes de la aldea, localizada en esta bella región verde y ondulada que se encuentra próxima a los palacios reales, ofrecen la particularidad de no haber vendido jamás un terreno a musulmanes, de modo que todas las familias que viven allí son cristianas: una excepción en un país como Jordania, donde la población es sumamente favorable al islam. Por lo general, los cristianos representan una minoría: como mucho, un 4%. Aunque no es una cifra desdeñable, se pierden entre una población de cinco millones de habitantes.

En Fouhies, por el contrario, se palpa el cristianismo: se trata del único lugar del país en el que suenan las campanas y todos los viernes santos el viacrucis se celebra en la calle. En resumen: para nosotros, un remanso diario de paz y seguridad. Eso es al menos lo que esperamos...

Nos instalamos en un apartamento situado en el sótano de la casa donde vive nuestra familia de acogida. La madre, Oum Farah, a quien todo el pueblo conoce como «tía», es viuda y se ocupa de sus cuatro hijos. Dos de ellos visten uniforme: uno del ejército y otro de la policía; mientras que las chicas están consagradas a la Iglesia. Cuando uno de los hijos se independizó, dejó libre su apartamento y se construyó una vivienda un poco más lejos, lo que ha permitido a Oum Farah abrirnos su casa.

Pero a mí me cuesta aceptar esta situación de dependencia, que me parece terriblemente humillante. Al principio sólo accedo al acuerdo con la condición de pagar un alquiler, pero no tardo en constatar que lo que nuestra familia de acogida pretende no es precisamente convertir su casa en un hotel a cambio de dinero.

Entonces propongo contribuir a la factura de la luz. Dudo mucho que algún día me reclamen el dinero, pero al menos tranquilizo mi conciencia...

Muy pronto esta familia tan afectuosa que me ha recibido como a un hijo logra que me sienta cómodo. Demasiado cómodo, quizá, porque a veces hasta me olvido de la cortesía y la corrección que debemos a nuestra anfitriona.

Un día, uno de los hijos se niega a asistir a un entierro con la excusa de que la familia del difunto no acudió al funeral de su padre: en este país, igual que en Irak, se trata de un deber social muy importante. Yo, que estoy presente en la conversación, le susurro maliciosamente:

—Eso del ojo por ojo no parece muy cristiano...

Con el paso de los días, algunos detalles de la vida ordinaria me llevan a pensar que mi presencia ha venido a trastocar el concepto comunitario que tienen aquí de la religión. Aunque no me guardan rencor, porque entre nosotros se ha creado un lazo de cariño y amistad, sé que nuestra llegada suscita discusiones.

Nosotros y nuestra historia desentonamos un poco en medio de esta sociedad aldeana, muy unida y un tanto replegada sobre sí misma. Al ser todos cristianos, su relación con el islam es defensiva: algo perfectamente comprensible si se conoce hasta qué punto la vida diaria está salpicada de vejaciones y agresiones por parte de los musulmanes.

Una tarde, Oum Farah me cuenta que en el aula magna de la universidad han pedido que los cristianos se pongan en pie; y dos o tres chicas que han tenido el valor de hacerlo, han comenzado a recibir insultos de los demás alumnos, en primer lugar por no llevar velo, y luego por no ser musulmanas.

Para los habitantes de Fouheis mi conversión hace de mí algo así como un extraterrestre. Pasar del islam al cristianismo les parece algo impensable, una locura sumamente peligrosa. La idea de convertirse les resulta totalmente extraña.

En este contexto, aún me sorprende más la actitud de la madre de nuestra familia de acogida, Oum Farah, a quien le conmueve nuestro testimonio y más de una vez nos confiesa que con nuestra llegada hemos “fortalecido” su fe.

Yo, por mi parte, saboreo la dicha de vivir entre cristianos sin tapujos. Después de las pruebas que hemos soportado, resulta consolador. También descubro el placer de asistir a misa a diario y en libertad. ¡Eso me parece increíble! Nuestra estancia en el pueblo es tan tranquila, tanto por lo que se refiere a la seguridad como a la fe, que al cabo de un mes me planteo instalarme aquí por un tiempo; más aún cuando la obtención de visados no avanza ni un milímetro, de acuerdo con las noticias que recibo regularmente de Maryam.

Por otra parte, tampoco pongo en ello excesivo interés: mi principal preocupación es ser bautizado. Y, en ese sentido, quizá nuestra situación de

estabilidad cuente a nuestro favor. «Ésta es la ocasión», me dice un día Anouar volviendo de misa. «¡Intentémoslo otra vez!».

Se lo cuento a Oum Farah, que se ha portado conmigo como una madre, como si las pruebas derivadas de mi conversión y el dolor de su viudedad nos hubieran acercado el uno al otro. Enseguida se le ocurre recurrir a su hija Sana, que es religiosa y conoce mucho a monseñor Bassam Rabah, y le escribimos una carta.

En alerta

Fouehis, mayo del 2000

Una mañana, cuando estoy yendo al mercado a comprar un pollo, veo venir corriendo hacia mí a la hermana Maryam, descompuesta y completamente pálida a pesar de la carrera. Presiento que ha sucedido alguna desgracia.

—Hay que irse de aquí inmediatamente. Nos han encontrado.

—Un momento. ¿Y qué pasa con el pollo? Y además ¿quién nos ha encontrado?

—Tu hermana Zahra, a quien seguramente la acompaña alguien^[3]. Así que deja el pollo: ¡tenéis que iros ahora mismo!— insiste ella.

Es extraño, pero no tengo la misma percepción del peligro que Maryam, porque Zahra me quiere mucho. Estoy seguro de que habrá venido con su marido para intentar una reconciliación. En principio nuestra seguridad no debería estar amenazada.

Pero el tono imperativo y angustiado de la religiosa me obliga a obedecerla y me dirijo al apartamento a la carrera. Por el camino, Maryam me cuenta que antes ha pasado por casa y que a mi mujer la noticia, al revés que a mí, la ha trastornado y se ha puesto a chillar presa del pánico.

Acelero la marcha, preocupado por el estado en que voy a encontrar a los míos, sobre todo a Anouar. Desde que salimos de Irak e iniciamos nuestra peregrinación de escondite en escondite, vive en una tensión y una inquietud permanentes. Y me temo que este incidente empeore aún más las cosas.

Apenas he cruzado el umbral del apartamento cuando mi mujer se lanza sobre mí y se refugia en mis brazos, mientras los niños, aterrados con tanta agitación, nos rodean colgados de las faldas de su madre.

Para no atraer la atención de la calle, entramos en casa seguidos de Maryam quien, una vez calmadas las lágrimas, me cuenta lo ocurrido con detalle.

—Esta mañana me ha llamado Saïd —comienza Maryam— para contarme la visita de tu hermana, que te está buscando.

—¿Y cómo me ha encontrado?

—Ha debido de acudir a la policía, al departamento de extranjería donde diste tu nombre. A través de ellos ha localizado a tu antiguo arrendador, quien le ha proporcionado la dirección de Saïd —cuenta la religiosa—. Y mira lo que ha pasado esta noche: ¡es increíble!

Nos sentamos mientras Maryam prosigue su relato:

—Hace tres días, a primera hora de la mañana, tu hermana llama a la puerta y sale a abrirle Nawal, la mujer de Saïd. «*Salam Aleikum*. Soy Zahra Fadela al-Moussaoui y estoy buscando a mi hermano Mohammed», dice con voz glacial. «Mi marido no está». «¿Puedo entrar a esperarle?», le pregunta Zahra. La mujer de Saïd está muy asustada, pero la deja entrar en casa para no infringir la ley sacrosanta de la hospitalidad. Y está todavía más asustada porque desde esa mañana su hijo Rami no ha parado de llorar preguntando por su amigo Azhar.

Al oír a Maryam, recuerdo que durante los quince días que pasamos en Amman los chicos se hicieron muy amigos: los dos tienen siete años y se entendían de maravilla, hasta el punto de no separarse las veinticuatro horas del día. Casi todos los días Azhar nos pedía ir a dormir a casa de Rami. Y, cuando nos fuimos, la despedida fue desgarradora.

—Entonces —continúa la hermana Maryam— la madre de Rami comienza a temer que el niño os descubra si menciona a Azhar. Pero es demasiado tarde para echarse atrás: ya tiene al enemigo en casa. Tu hermana se instala en el sofá, explicando que la envía su padre para solucionar un conflicto familiar. A su lado, Rami juega tranquilamente, ignorando el drama que se está desarrollando. En la cocina su madre prepara un poco de café para la invitada, temblando sólo de pensar que su hijo abra la boca y empiece a lamentarse otra vez de la ausencia de su amigo Azhar. Aun así, Nawal está tan paralizada de miedo que no tiene

fuerzas ni para decirle que se vaya a jugar fuera. Y entonces ocurre lo que tenía que ocurrir: tu hermana comienza a interrogarle insidiosamente sobre sus amigos. ¿Con quién suele jugar? Y le pregunta si conoce a un niño de su edad que se llama Azhar. Y sucede el milagro: el mismo que momentos antes lloraba a lágrima viva por su amigo, ahora contesta que no, ¡que no lo conoce! Y eso que nadie le había advertido nada sobre la familia de Azhar. ¿Te das cuenta? ¡Parece increíble! Yo creo que es un milagro —concluye la religiosa.

Yo, por mi parte, me acuerdo de ese otro niño, mi hijo Azhar, que en las mismas circunstancias no supo ser prudente. Las desastrosas consecuencias de aquello aún me hacen temblar de miedo. Está claro que en mi caso los caminos de la Providencia son misteriosos: ¿por qué ayer sí y hoy no? Quizá Rami descubriera en el tono de voz de mi hermana la torcida intención de la pregunta y su deseo de hacer daño.

—Y espera a oír lo que sucede después —prosigue la hermana Maryam—. A pesar de todo, tu hermana no se deja desanimar y, cuando a mediodía vuelve Saïd, empieza a preguntarle a él. ¿Ha conocido aquí, en Jordania, a la familia Moussaoui? Saïd le contesta: «Sí, vino a verme un iraquí que quería saber dónde encontrar una casa de vecindad. Pero no le he vuelto a ver y tampoco sé adónde ha ido». Pero tu hermana Zahra, que no es tonta, debió de notar que la estaba engañando ¡y le ofreció a Saïd cinco mil dólares a cambio de tu dirección!

Lo que acabo de oír me deja atónito. Si mi padre está dispuesto a entregar esa cantidad de dinero, es porque tiene intención de llegar muy lejos, a extremos increíbles, con tal de encontrarme y hacerme volver a Irak, cosa que no me tranquiliza nada. Pero yo conozco a mi hermana: es la más inteligente de toda la familia. Quizá haya tentado a la suerte aun sin disponer de ningún dinero.

Lo que más admiración me causa es que Saïd haya rechazado la oferta. Aquí, en Jordania, Saïd sobrevive como puede a base de trabajillos. No le queda dinero y podría haber empleado esos dólares en conseguir el visado para Canadá; además, nos conocemos desde hace poco. Y, a pesar de todo, no ha dicho nada. Dentro de mí siento un agradecimiento infinito hacia él.

—Dos días después, tu hermana volvió a ver a Saïd para intentarlo de nuevo. «El dueño de la casa me ha dicho que tú acompañaste a los Moussaoui cuando se fueron de aquí», le dice con suspicacia. Según Saïd,

aquello estaba lleno de amenazas implícitas, pero resistió. En cuanto acabó de contarme toda la historia —termina Maryam—, vine corriendo a buscaros. Saïd no se ha atrevido a acompañarme por miedo a que le sigan. Vendrá más adelante con su familia.

Está claro que en este camino del exilio he hecho amigos de verdad. Pero no basta con eso. Tengo que tomar una decisión delicada: marcharnos o quedarnos en este lugar resguardado. La cuestión es: ¿estamos seguros aquí? Si han dado conmigo en Amman, no cabe duda de que también podrían encontrarme en Fouheis.

Lo que me proporciona cierta seguridad es que, para llegar a conocer este sitio, tendrían que infiltrarse en algún medio cristiano, cosa que, siendo musulmanes, les costaría bastante más que solicitar información en la jefatura. A menos que seamos víctimas de una denuncia; pero incluso en ese caso tendrían que enterarse de algún modo.

Por otra parte, el hecho de que el dinar iraquí esté muy devaluado me lleva a pensar que su estancia aquí les resultará bastante cara: hotel, comida, desplazamientos...; de modo que me imagino que no se quedarán mucho tiempo en Jordania, aunque sea mi padre quien se haga cargo de los gastos, lo que es bastante probable.

Lo lógico es que, a falta de nuevas pistas, mi hermana y su marido se vuelvan a Irak, si es que no lo han hecho ya. Ya han transcurrido tres días. Ha sido un buen susto, pero la crisis ha pasado. En cualquier caso, me parece razonable correr este riesgo, porque no quiero ni pensar en la perspectiva de un nuevo exilio, que exigiría de mí un coraje considerable y para el que me faltan las fuerzas. Aún no me he recuperado de nuestra agotadora salida de Irak. Más vale quedarse descansando en esta casa cálida y acogedora. Más adelante me plantearé el futuro.

Si decidimos permanecer aquí uno o dos meses, tendremos que tomar algunas precauciones adicionales. Siempre existe el riesgo de que algún miembro de mi familia regrese a Jordania para proseguir la búsqueda.

Convenimos con Maryam en que es preferible que salgamos lo menos posible, ni siquiera para hacer la compra, de la que Oum Farah propone amablemente hacerse cargo.

Por el momento, nada de visitas de nuestros únicos amigos, Saïd y su familia. Nos vemos obligados, pues, a quedarnos en casa como leones

enjaulados y sin nada que hacer.

Me preocupa que este encierro perturbe aún más nuestro equilibrio familiar, y especialmente el de mi mujer, cuya salud psíquica me inquieta bastante. Desde que mi hermana siguió nuestro rastro, Anouar tiene los nervios a flor de piel y cualquier contrariedad la saca de quicio. No duerme nada, llora sin parar, se olvida de todo, todo lo pierde y se muestra incapaz de concentrarse en el trabajo.

Yo me siento demasiado débil para afrontar su dolor: no sé si tengo que dejarla sola, cosa que no soporta, o acompañada evitando ponerla nerviosa. Afortunadamente, la presencia de monseñor Rabah y de las hermanas tiene la virtud de calmarla y aumentar su confianza, y eso me ayuda a ser paciente con ella.

El estado de Anouar repercute en nuestros hijos —sobre todo en el chico—, muy sensibles a la inquietud de su madre. Los ocho años de Azhar son suficientes para darse cuenta de muchas cosas, sobre todo cuando él ha sido uno de los desencadenantes de esta situación al santiguarse ingenuamente delante de su abuelo. Es una responsabilidad imposible de exigir a la pobre criatura, cuyas pesadillas me veo incapaz de calmar.

Al mismo tiempo, Azhar no entiende por qué ha tenido que cambiar de vida. En Irak él era el nieto mimado, el preferido de su abuelo, ¡y qué abuelo!: amo y señor de un territorio y un clan notables. Ese afecto especial le llevaba a sentir que casas, tierras y riquezas le pertenecían. Todo estaba a sus órdenes; nada más formularlos, sus menores deseos quedaban satisfechos y sus caprichos hechos realidad.

Me duele constatar que, después de todo, vivimos igual que en una cárcel, aunque sea tras barrotes de oro, y condenados a seguir encerrados día y noche, lo cual despierta en mí recuerdos aún más ingratos.

Creo que no podremos resistir esta situación mucho tiempo.

Bautismo

Fouheis, junio-julio de 2000

En nuestra reclusión voluntaria la única salida que nos permitimos es para oír misa en una iglesia aquí cerca, a la que acudimos en familia casi

todos los días a las siete de la mañana y los domingos a la misa solemne de las diez.

En ella hallo un inmenso consuelo que me ayuda a sobrellevar mejor la incertidumbre en que nos encontramos; y, al mismo tiempo, sigue creciendo mi frustración de no poder comulgar. Me consumo de impaciencia a la espera de que monseñor Rabah conteste a mi solicitud de bautismo.

Lamentablemente, la respuesta tarda en llegar y cada día que pasa sin recibir noticias aumenta penosamente mi desazón. La espera del correo se ha convertido en el foco central de cada jornada y, con el tiempo, la falta de respuesta acaba resultando cruel y humillante, pues hace presumir ciertas dudas sobre la legitimidad de mis intenciones.

La carta tan esperada acaba llegando a finales de junio y tardo un rato en abrirla por miedo a sufrir una terrible decepción. La lectura rápida que hago de ella confirma mis temores: su contenido lapidario elimina toda esperanza de ser escuchado por la Iglesia de este país. Al parecer, mi solicitud estaba mal redactada y monseñor Rabah me pide que escriba otra nueva.

Esta respuesta cortés y torpe me deja hundido y me hace pensar que, una vez más, han vuelto a cerrarme las puertas de la Iglesia. No hay esperanza alguna de que algún día me admitan en la comunidad cristiana de este país. ¿Tendré que huir aún más lejos, a Europa, para merecer el derecho a ser bautizado?

Una vez calmadas mi ira y mi tristeza, intento razonar un poco: lo más probable es que con esta medida monseñor Rabah busque ganar algo de tiempo y animarme a seguir esperando. Al leer la carta más despacio, entreveo al final una tímida apertura institucional. Es tarea mía aprovechar la ocasión para derribar las barreras, aunque no se me ocurre ninguna manera concreta de formular de otro modo mi petición.

Pasados unos días, a principios de julio, antes de haber encontrado una solución, asisto al bautizo de un niño celebrado por el propio monseñor Rabah.

Esa ceremonia me hace rebelarme: monseñor Rabah me niega a mí lo mismo que concede a un recién nacido. Ardo en deseos de echárselo en cara y no escucho siquiera las palabras de la liturgia. En mi cabeza voy repasando cada argumento y cada etapa de mi historia, que deseo exponerle

para que me entienda. A fuerza de contenerlas, mis ideas se desbocan, tropiezan unas con otras, van y vienen.

Siento renacer en mi interior el pánico de hace unas semanas. Afortunadamente, el peligro ha pasado, pero si se vuelve a producir, y si esta vez mi familia o yo sufrimos un trágico final, no quiero ni pensar que moriré sin ser bautizado, sobre todo estando tan cerca de conseguirlo.

Cuando termina el bautizo, veo al sacerdote desaparecer tras la puerta de la sacristía. Ahora o nunca. Me vuelvo hacia Oum Farah y su hija Sana para pedirles que me lo presenten. Estoy plenamente decidido a no dejar pasar esta oportunidad, que tal vez sea la última.

Ellas aceptan y yo me levanto de un brinco de la silla y las arrastro casi a la carrera detrás del prelado. Da la impresión de que recuerda mi carta, pero no parece sentirse molesto.

Entonces tomo aire y le digo de corrido:

—¡Para bautizar a este niño no le ha pedido usted ninguna carta! ¡Yo también soy un niño en la fe...!

Me he pasado toda la ceremonia preparándome interiormente. Me he repetido todas y cada una de las ideas que quería exponer ante él, el modo de presentarlas y mucho más: todo, menos esta frase brusca e impulsiva que a mi pesar ha brotado de mis labios desde lo más profundo de mi corazón herido. Me he vuelto loco...

Pero él se me queda mirando atentamente, como sopesando cada una de mis palabras. Mi comentario no parece haberle afectado y reflexiona unos instantes antes de contestar:

—Me temo que no me expliqué bien. Lo único que quiero es que os preparéis convenientemente para ser bautizados. Podríamos vernos en breve para hablar más despacio.

Las semanas siguientes se cuentan entre las mejores de mi vida. Desde nuestra primera entrevista, ese hombre tan sencillo que es Bassam Rabah causa en mí una profunda impresión y, de entrada, me dice que se sintió impactado tanto por la expresión que utilicé —«niño» en la fe— como por mi perseverancia.

Yo tengo dos claros referentes en mi vida: Abouna Gabriel y la hermana Maryam. Dos personajes señalados dentro de la comunidad cristiana, tanto en Jordania como en Irak, a quienes monseñor Rabah conoce bien. A través de ellos, que gozan de su plena confianza, ha sabido mi historia. Si se han

hecho cargo de mí es porque tienen sus buenas razones. Por eso merece la pena tomarse el asunto en serio.

En el curso de las cuatro veladas que compartimos en el mes de julio, noto cómo de este sacerdote emana algo profundamente humano y delicado. Su bondad es excepcional y se manifiesta en el cuidado que pone en los detalles para que nos sintamos a gusto y para que eliminemos la distancia que su sotana negra y su gran cruz pectoral suelen imponer a sus interlocutores.

Sobre el bautismo no nos dice nada nuevo: Abouna Gabriel nos ha preparado bien en lo referente a la fe y la doctrina. Aun así, nuestros encuentros espirituales son intensos y decisivos.

Con frases sencillas, nos explica la simbología del agua utilizada en el sacramento. A mí, familiarizado con el desierto, me cuesta muy poco entender que el agua es la vida; pero es también, continúa el sacerdote, el agua que purifica del pecado y permite una nueva vida con Cristo.

Lo que más llama mi atención es cuando la penúltima noche monseñor Bassam Rabah nos habla de los mártires, que han recibido el bautismo de sangre. Han muerto a causa de su fe y por eso se hallan en el cielo, gozando de la vida eterna.

Escuchar esto deja huella en mí, que desde hace años pienso a diario en la posibilidad de acabar muriendo por Cristo, hasta el punto que me entristece la idea de morir de un modo natural y corriente.

Con monseñor Rabah me veo guiado e instruido en la vida espiritual por un auténtico pastor, imagen del «buen pastor» del Evangelio (Jn 10, 11). No tengo ninguna sensación de estar tratando con un prelado ceremonioso, altivo o inaccesible.

Cuando nuestras reuniones finalizan y monseñor Rabah considera que estamos preparados, me dice una frase que viene a calmar todos los tormentos que hemos padecido:

—Tú llamas a la puerta de la Iglesia y yo no puedo sino abrirte.

Por primera vez desde que nos casamos y Anouar se convirtió, nos sentimos por fin dentro de la Iglesia, acogidos como miembros de pleno derecho y no como extraños tolerados y mirados con suspicacia como ocurría en Irak, donde nuestra presencia representaba un estorbo.

Ahora mi sueño más anhelado es quedarme aquí, en Jordania, junto a este hombre de Dios. Desde hace dos meses nuestra situación se ha aclarado bastante: mi hermana Zhara no ha vuelto a aparecer y monseñor Rabah se hace cargo de nuestras necesidades y piensa en un trabajo para mí. Creo que, si accede a bautizarnos, es porque confía en que podamos instalarnos durante un tiempo en el país.

Desgraciadamente, estoy seguro de que tan hermoso proyecto no será viable a largo plazo. Cuando estábamos en la otra casa, al notificar un domicilio obtuve un permiso de residencia por tres meses, pero desde que huimos a Fouheis he tenido la prudencia de no comunicar una nueva dirección. El episodio de mi hermana me ha confirmado que he hecho bien.

Pero el caso es que mi situación es irregular, cosa no demasiado cómoda, y que al menor control policial, al menor obstáculo, corro el riesgo de ser repatriado a Irak. Esta amenaza nubla siempre nuestro horizonte. Aunque la idea no me haga muy feliz, sé que algún día tendré que huir de nuevo.

Por eso hemos de procurar que nuestro bautismo permanezca en secreto y se celebre con discreción, para no arriesgarnos a provocar una reacción negativa entre la sociedad musulmana: una sociedad, bien es verdad, menos violenta que la de Irak, pero no mucho más abierta a la libertad religiosa.

La otra consecuencia es que a monseñor Rabah no le pido un certificado de bautismo. Así, si algún día las cosas se tuercen y he de regresar a Irak, nadie sabrá que me he convertido oficialmente en cristiano.

El 22 de julio, a primera hora de la tarde, toda la familia, niños incluidos, nos dirigimos a una gran iglesia propiedad de unos religiosos que se encuentra en el centro mismo del barrio cristiano de Amman. Se trata de una zona bastante residencial aislada de la vida ammanita, aunque habitada por jordanos y no por expatriados.

Monseñor Bassam Rabah la ha elegido por razones de seguridad, pues forma parte de un recinto muy amplio con varias entradas, lo que nos permite acceder a ella más discretamente que a cualquier parroquia de barrio.

Ese día, sentados en bancos de madera dentro de este edificio de hormigón, la iglesia parece casi vacía, pues no somos muchos. Tan sólo están presentes el sacerdote que va a celebrar, otro sacerdote con sotana

designado como padrino y la madrina, una laica consagrada que trabaja para el prelado. A todos ellos los ha elegido monseñor Rabah por ser personas de su confianza capaces de guardar el secreto.

También asisten una religiosa y la familia que nos hospeda, representada por Oum Farah. Sin contar con nuestros dos hijos, que también van a recibir el bautismo, somos nueve en total. Monseñor Rabah nos ha desaconsejado bautizarnos en Fouheis, donde por fuerza se enteraría todo el mundo. Más pronto o más tarde, la noticia acabaría llegando a oídos musulmanes.

Mi único pesar es que ni monseñor Rabah, por prudencia, ni la hermana Maryam, por otros motivos, hayan podido venir: cuando fijamos la fecha, la hermana estaba en Irak; entonces me puse en contacto con ella y me pidió que lo retrasáramos para poder estar presente.

Pero, después de tan larga y dolorosa espera, no he tenido la paciencia ni el coraje necesarios para diferir la deseada ceremonia. Si la aplazo, pienso, monseñor Rabah podría cambiar de opinión y anular el bautizo. Sabedor por experiencia de la enorme prudencia de la Iglesia, inspirada sin duda por las promesas de eternidad que le esperan, no estoy dispuesto a correr ese riesgo.

Aquí estamos los cuatro, vestidos con unas túnicas blancas que una religiosa ha tenido la gentileza de confeccionar para nosotros. Con corazón ardiente aguardamos el inicio de la ceremonia.

Con todo, el tan esperado acontecimiento se ve de algún modo empañado por la hostilidad hacia los cristianos. En efecto, la desconfianza nos ha llevado a tomar muchas precauciones para que el bautizo esté rodeado del máximo secreto. Sabemos que pasar del islam al cristianismo en tierra musulmana supone un enorme riesgo. Por eso, de acuerdo con monseñor Rabah y con Maryam, hemos decidido no recibir todos el bautismo al mismo tiempo.

Siguiendo el plan establecido, primero les toca a los niños, y Anouar y yo salimos de la iglesia. De este modo no hay peligro de que Azhar, convertido en Pablo, y Miami, de tres años, convertida en Teresa, caigan algún día en la tentación de denunciarnos, ni siquiera accidentalmente. Me siento muy orgulloso de haber cumplido con mi deber acercando a Cristo a mis hijos, carne de mi carne. Anouar y yo nos hemos preocupado de una manera especial de prepararlos para este momento decisivo.

Cuando los niños salen a jugar, nos toca a nosotros. Inclinando la cabeza para recibir el agua bendecida por el sacerdote, escucho las solemnes palabras pronunciadas por el celebrante: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo»; y rememoro todos estos años de espera en los que, tan cerca de la muerte tantas veces, nunca he aspirado a otra cosa que a vivir lo suficiente para conocer este instante.

En ese momento me siento invadido por una oleada de sentimientos encontrados.

Sin duda, la alegría de ese nuevo nacimiento del que nos ha hablado monseñor Rabah, que significa la victoria sobre el mal. Para mí ésta no es una palabra vacía, sino algo muy concreto cuya huella ha quedado marcada en mi propia carne. Y, para destacar claramente esta nueva realidad, he elegido por nombre el del evangelista que me dio a conocer a Cristo: Juan. Anouar ha querido llamarse María.

A esta dicha todavía frágil la acompaña el temor porque, a pesar de todo, no podemos abstraernos del clima de terror que rodea a esta simple ceremonia, aunque sólo sea por su carácter clandestino; sin contar con que este compromiso sin vuelta atrás en el futuro puede valernos la persecución.

Y, por último, siento también cierta tristeza porque mi familia no puede compartir conmigo este día tan feliz...

Tras dos horas de ceremonia, nos reunimos todos (padres, niños y amigos) en una salita contigua para compartir una pequeña colación. Es el sacerdote que ha celebrado los bautizos quien tiene con nosotros este detalle, que le agradezco desde lo más hondo del corazón. Alzando nuestros vasos, festejamos nuestra entrada en la familia cristiana. El calor de los que nos rodean me consuela de la ausencia de mi familia biológica.

A pesar de lo insignificante de nuestra reunión, reina un ambiente festivo. Los niños, que han recibido los regalos de Maryam y de Saïd de manos de la otra religiosa, están radiantes. Todos nos van felicitando por turno. Me sorprende oír decir al sacerdote que nos ha bautizado que con esto su fe ha salido reforzada. Incluso mi padrino, también sacerdote, afirma que jamás habría accedido a bautizarme, pues mi fe es mayor que la suya.

Es él quien celebrará la misa horas después y es de sus manos de quien recibo y tomo por vez primera el «pan de vida».

Para mí empieza una nueva etapa: ahora por fin puedo responder a la llamada realizada por aquel hombre en esa visión cuyo nítido recuerdo he conservado a lo largo de trece años.

A ese hombre cuya bondad y cuya luz tanto me atrajeron, a ese Cristo por quien desde el principio experimenté una auténtica pasión, le he seguido amando cada día. Ni siquiera en las horas más oscuras ha pasado un solo instante en que haya sentido la tentación de abandonarle para regresar a mi existencia regalada de antes.

A partir de ahora puedo gozar de su vida, de la promesa de eternidad que me regala como Hijo de Dios. Si es posible, quiero poder comulgar todos los días —e incluso, si la Iglesia lo permite, varias veces al día— ese pan de los ángeles del que obtengo mi fuerza y mi alegría.

Después de la misa me siento invadido por un valor poco común, como si el bautismo y la comunión hubieran hecho de mí un hombre nuevo. Al igual que el guerrero en el combate, olvidando tanto mi situación como este entorno hostil al cristianismo, tengo deseos de ponerme a saltar para comunicar a quienes me rodean mi alegría desbordante.

Y, en términos más prosaicos, esa fuerza me empuja esa misma noche a apagar el que será mi último cigarrillo: una proeza de la que me siento no poco orgulloso, pues empecé a fumar muy joven.

Pero eso no es todo. Mi entusiasmo ahora me hace desear casarme por la Iglesia, aunque monseñor Rabah me ha explicado que no vale de nada: ya estábamos casados antes de bautizarnos, así que no hay necesidad de volver a contraer matrimonio si ya lo hemos hecho profesando otra religión. No estoy seguro de que la explicación me convenza del todo y, por el momento, me conformo... a la espera de otro sacerdote más comprensivo.

Al final de un día tan rico y agotados por tantas emociones, emprendemos el camino de vuelta a Fouheis para encerrarnos de nuevo en nuestro apartamento. Pero esta vez lo hacemos agradecidos por todo lo que acabamos de recibir.

«El cielo de tu casa me consume»

Fouheis, finales de julio de 2000

A los pocos días del bautizo, telefono a monseñor Rabah y le pido un nuevo favor: querría que me ayudara a encontrar trabajo para no sentirme como un león enjaulado dentro del apartamento.

Al día siguiente me devuelve la llamada y me propone reunirme con él ese mismo día en las obras de una iglesia en construcción, dentro de la ciudad de Amman. Quien la financia es un empresario jordano, miembro de una destacada familia cristiana para la que edificar una iglesia es motivo de orgullo y prueba de su relevancia dentro de la comunidad.

Monseñor Rabah le ha confiado mi situación. Al parecer, podría tener un trabajo para mí, y han acordado una cita para esta tarde.

Cuando nos reunimos, el empresario y jefe de obra me estrecha calurosamente la mano y me pregunta mi nombre:

—Me llamo Youseff —le digo con orgullo.

Por pura comodidad, ya llevo un tiempo utilizando este nombre, pues en un pueblo cristiano como Fouheis es inconcebible seguir llamándose Mohammed, tal y como consta en mi documentación; y, siguiendo el consejo de la hermana Maryam, elegí este nombre que llevan muchos ancianos musulmanes y tiene la ventaja de poder servir tanto a cristianos como a musulmanes. Después del bautismo he seguido manteniéndolo porque todo el mundo me conoce así. Me pregunto si no es ésta la razón de que mi mujer haya escogido el nombre de María.

—¿Y tu padre? ¿Cuál es su nombre?

Por toda respuesta, guardo silencio: la pregunta del empresario me hace sentir muy violento. Lo que está claro es que no puedo darle el patronímico de los Moussaoui: incluso aquí, en Jordania, despertaría las sospechas sobre mi pertenencia religiosa. Por otra parte, es normal que te pidan el nombre de tu familia para que el interlocutor te sitúe en la escala social.

—¿No sabes el nombre de tu padre?

Me ruborizo; pero afortunadamente monseñor Rabah acude en mi ayuda afirmando con una sonrisa:

—¡Su padre se llama Bassam Rabah!

Lo que, en cierto modo, no es ninguna mentira, al menos desde el punto de vista de la fe. Doy gracias en mi interior por este sacerdote admirable: una vez más, ha captado la situación y ha elegido la salida más airosa.

El trato se cierra en un abrir y cerrar de ojos y el empresario me cita para mañana en la obra. Aunque no entiendo de temas de construcción, me encarga controlar el trabajo de los obreros y reforzar la vigilancia.

A largo plazo se habla incluso de la posibilidad de vivir en la casa parroquial, con lo que nuestro futuro quedaría resuelto para meses venideros. Empiezo a pensar que por fin encontraremos refugio en este país, siempre que podamos arreglar el asunto del permiso de residencia.

Aunque me siento feliz de contribuir en alguna medida a la construcción de una iglesia, me decepciona constatar que todos los trabajadores son musulmanes y no sienten ningún aprecio por los cristianos.

Cuando intento comprender la razón de su profunda antipatía, me hablan de una frase tomada del Evangelio.

—Ponedme un ejemplo —les digo.

—Vuestra Biblia dice que hay que amar a los enemigos.

Para ellos la conducta que pide Cristo es totalmente incompatible con el Corán y demuestra que los cristianos son débiles y despreciables. Por mucho que me duela, me veo obligado a reconocer que mis antiguos correligionarios sienten hacia la Iglesia un odio profundamente arraigado.

A veces tengo incluso la sensación de chocar contra un muro, lo que provoca en mí una ira irracional, como ocurre el día en que se consagra la Iglesia al Espíritu Santo. En el interior del edificio aún quedan por rematar algunos detalles en los que está trabajando un obrero musulmán.

En un momento dado, el hombre manifiesta su intención de subirse calzado al altar para fijar una luz.

Yo me apresuro a impedirselo.

—No te muevas, voy a buscar una escalera. O, al menos, quítate los zapatos.

—No, no vale la pena.

—Sí, sí, te lo ruego. No te subas al altar: ¡es sagrado!

Entonces el obrero se pone a trepar hacia el altar, mascullando lo que es sin duda un insulto contra la cruz de los cristianos.

Al escuchar la blasfemia, me hierve la sangre y le empujo hacia atrás, le tiro al suelo y, fuera de mí, empiezo a darle una paliza. Aplastado por mi

fuerza y mi peso, el hombre no opone más que una débil resistencia y se limita a protegerse la cara con los brazos.

De pronto noto un ruido seco, como un chasquido, y él se pone a gritar. Yo me quedo quieto, sin aliento a causa de la pelea y temiendo haber llegado demasiado lejos.

El jefe de obra se lo lleva al hospital y el hombre vuelve unas horas más tarde escayolado y con el brazo roto. Algo separado del grupo de obreros, miro al suelo, sintiéndome fatal por el empresario, que ha demostrado preocuparse por mí. Me invade el temor de que esto le pueda acarrear problemas. Sin embargo, no me remuerde la conciencia. Me parece intolerable que alguien ofenda de esa manera lo más sagrado de mi religión; si tuviera que volver a hacerlo, no dudaría ni un instante.

El jefe de obra me agarra del brazo, me lleva aparte y me dice secamente:

—¡Eres iraquí y no tienes papeles! ¡No puedes permitirte errores como éste!

—Si es que le he pedido...

—Eso no justifica tu violencia. Tendrás que rendir cuentas ante monseñor Rabah.

En el fondo sé que tiene razón: he actuado de modo instintivo y sin pararme a pensar. Debería haber recordado que en el islam es normal blasfemar contra otras religiones. Los musulmanes consideran que los cristianos han falsificado el Evangelio, pues piensan que en realidad crucificaron a otra persona y no a Jesucristo (sura 4/156).

Pero, ahora que me encuentro de este lado, no puedo consentir esa falta de respeto hacia el cristianismo, especialmente cuando en el seno de la minoría cristiana, a pesar del miedo, de las vejaciones y a veces de las persecuciones, jamás he advertido la menor muestra de animadversión contra el islam. Esta total ausencia de reciprocidad entre ambas comunidades me hace sufrir y me resulta muy difícil de aceptar.

Eso es lo que le explico a monseñor Rabah —puesto en antecedentes por un empresario muy enfadado—, quien desea escuchar mi versión de los hechos. La presencia del prelado me impone, pero tengo con él la confianza suficiente para no esconder lo que llevo en el corazón.

A pesar de su expresión preocupada, me da la impresión de que mis sinceras palabras encuentran eco en él. En el fondo, debe de compartir mis

sentimientos en relación con la gran injusticia que padecen los cristianos de este país.

Tras unos instantes de silencio durante los cuales espero ansioso la sentencia de monseñor Rabah, éste se conforma con unas pocas palabras pronunciadas después de lanzar un suspiro:

—Deberías haber conservado la sangre fría...

—¡Imposible! Lo hubiera admitido si se tratara de mi familia, pero en este caso se atacaba a toda la Iglesia.

Lo cierto es que, en apenas unas semanas, y a pesar de que la obra ya estaba empezada, me siento profundamente implicado en el trabajo de esta iglesia en construcción. Para mí no se trata únicamente de una ocupación, sino más bien de una manera concreta de demostrar mi unión con la Iglesia con mayúsculas, con mi nueva familia.

Soy testigo de cómo el templo va naciendo, brotando de la tierra. Conozco de memoria cada uno de sus rincones. Cuando me paro a pensar en lo ocurrido con el obrero, viene a mi memoria el pasaje de la Escritura en el que Jesús expulsa a latigazos a los mercaderes del templo: «El cielo de tu casa me consume» (Jn 2, 15-17).

Y me siento aún más ligado a esta nueva iglesia porque, antes de su inauguración, obtuve de monseñor Rabah el derecho a residir allí con toda mi familia. Era mi mayor deseo después de recibir el bautismo: vivir lo más cerca posible de una iglesia.

Como San Pedro, las llaves están en mi poder y puedo abrir la capilla cuando quiero, lo que me produce un sentimiento de enorme responsabilidad: soy útil y sirvo en la casa del Señor. Es también para mí una señal del amor que le profeso a Cristo, que me ha liberado de las cadenas del islam, mostrándome el camino de la auténtica felicidad.

Pero hoy, por culpa de mi comportamiento, corro el peligro de perderlo todo: soy perfectamente consciente. Basta una palabra de monseñor Rabah para que regresemos a nuestro apartamento de Fouheis, a nuestra vida de reclusión, como si fuéramos parias.

Estado de gracia

Amman, septiembre-diciembre de 2000

Afortunadamente, una vez más se confirma hasta qué punto monseñor Rabah es un pastor bueno y misericordioso que cuida de sus ovejas.

Por toda penitencia, sale en mi defensa ante el empresario y le pide que arregle el asunto del obrero herido a fin de evitar que presente una denuncia. La solución se encuentra en un abrir y cerrar de ojos: al musulmán le ofrecen un trabajo en otra obra, aún más atractivo y mejor remunerado, acompañado de una suma sustanciosa con que acabar de adormecer su conciencia.

En cuanto a mí, infinitamente agradecido, me limito a llevar a cabo con más celo aún la nueva función de sacristán confiada por el prelado al finalizar las obras.

Como la iglesia no tarda en convertirse en un lugar frecuentado, vigilo escrupulosamente que los locales, incluida la casa parroquial, estén siempre inmaculados, y enseño a hacer lo mismo a mis hijos, que se vienen conmigo a última hora del día para las tareas de limpieza. Con auténtico placer compruebo que se prestan al juego encantados, ganados sin duda por el entusiasmo de su padre.

Ser sacristán me permite pasar mucho tiempo con ellos en la capilla. Pablo aprovecha la experiencia adquirida en las ceremonias de Irak y va más adelantado, pero Teresa, sentada sobre mis rodillas delante del sagrario, lleva tan sólo algunos meses aprendiendo a recitar el padrenuestro y el avemaría, e incluso algunos cantos de la misa. ¡Aún me río al recordar el día en que se quejó de que su muñeca no quería santiguarse!

Anouar / María confiesa que nunca se ha sentido tan feliz desde que nos casamos: en parte quizá sea porque mantengo oculto en lo más hondo de mí el temor a que mi padre persista en la búsqueda; así evito pensar que nos veremos obligados a abandonar algún día esta situación tan frágil.

En este cuadro reconfortador que forman la iglesia y mi trabajo, y una vez bautizado, carezco de valor y de motivos para planear un nuevo traslado y, de forma consciente, casi hago oídos sordos a la información que me proporciona Maryam sobre los trámites para obtener un visado.

Más aún cuando en mi tarea como sacristán no me falta trabajo.

Todas las mañanas, muy temprano, acompaño hasta el barrio de Tlal al-Ali al sacerdote que nos hospeda a celebrar misa para unas religiosas.

El resto del día le ayudo en la iglesia. Nunca duda en llamarme bajo cualquier pretexto, lo que despierta en mí la halagadora sensación de ser indispensable. Mis jornadas son largas y se llenan con las numerosas visitas y las bodas para las que debo preparar la iglesia y recibir a la gente.

Los niños acuden todas las mañanas a la escuela en autobús. Monseñor Rabah ha tenido la gentileza de hacerse cargo, con sus propios recursos, de los gastos de escolaridad.

Con nuestra familia se porta como un padre atento a todas nuestras necesidades, cosa que me conmueve profundamente. En varias ocasiones me ha propuesto acompañarle en sus viajes pastorales, y lo hago encantado, porque admiro enormemente la comprensión que demuestra hacia las situaciones y las personas con que se encuentra. Es un prelado que sabe hacerse querer, sobre todo por los niños, con quienes habla poniéndose a su nivel.

Colmado con tantos tesoros, casi olvidaría la amenaza latente que pesa sobre nosotros de no ser por el entorno adverso que representa el barrio. De hecho, los habitantes de las casas vecinas, en su mayoría musulmanes, no aceptan la presencia tan cercana de la nueva iglesia. Su antipatía se ha volcado contra las campanas, que tocan todas las mañanas desde las seis.

Esto se traduce repetidamente en actos hostiles, especialmente el de lanzar piedras contra el templo. Al cabo de un mes, el párroco decide hacer callar las campanas a las seis, salvo que se trate de una festividad religiosa o de una boda.

A pesar del período de paz y del respiro que disfrutamos después de nuestro bautizo, estas pequeñas escaramuzas me recuerdan que hace falta prudencia; por eso evito salir de casa, tal como me ha recomendado monseñor Bassam Rabah.

Son, pues, nuestros amigos —Saïd y las hermanas— quienes vienen a visitarnos por turnos y me presentan a otros cristianos extranjeros, que hablan distintas lenguas pero comparten nuestra misma fe y esperanza. Este sentimiento de pertenencia a la Iglesia universal suaviza un poco nuestro exilio. Así es como conocemos a una pareja francesa entusiasta y encantadora: Thierry y Aline. Él presta ayuda humanitaria y ella es de origen libanés, lo que facilita el trato.

Con ocasión de una de sus visitas, Saïd nos trae a un amigo suyo, iraquí como nosotros. Procede de las montañas del norte, de esa región de población histórica establecida en las estribaciones del Kurdistan[4], donde a lo largo de los siglos han hallado refugio tantos cristianos[5].

Cuando le pregunto un poco sobre esa zona, descubro con asombro que es del mismo pueblo que Massoud, el primer cristiano que conocí. Al pedirle noticias de él, inclina la cabeza y me dice que falleció en un accidente de coche a los tres días de haber acabado el servicio militar.

Bruscamente, toda mi historia resucita de golpe, como si de algún modo los años hubieran borrado el recuerdo. Durante unos instantes pienso en la familia que ha dejado en este mundo y evoco emocionado los dichosos meses que pasé con él en el cuartel, cuando recitábamos juntos los salmos y hacíamos planes a cual más disparatado para huir de mi familia. Vuelvo a verme con el alma enardecida por el relato de los primeros mártires cristianos, de quienes Massoud me contaba que no habían renegado de la fe a pesar de ser perseguidos; yo también deseaba verme animado por la misma fuerza y el mismo valor. Por lo que se refiere a las persecuciones, no es que se me hayan ahorrado...

También recuerdo cuánto me hizo sufrir su inexplicable desaparición. Le he echado de menos durante mucho tiempo, cada vez que acababa chocando con los muros de las iglesias y sus sacerdotes.

Pero hoy, cuando conozco la explicación de todo aquel misterio, me siento en paz. Por fin puedo permitirme afrontar cara a cara esta carrera hacia delante, esta fuga ininterrumpida que dura ya trece años: mi historia, una larga y dolorosa conquista que ha hecho de mí un desarraigado, un apátrida, un ilegal.

En la época de Massoud no me costaba nada imaginarme viviendo en su pueblo, en esa comunidad cristiana replegada sobre sí misma, homogénea, segura, donde fundar un hogar. En ese caso no habría conocido la cárcel, ni las torturas, ni la angustia del exilio. Por el contrario, me he visto obligado a abandonar mi país y a mi familia. Pero no tenía más elección que seguir adelante.

Pero eso me ha llevado a conocer a cristianos excepcionales como Abouna Gabriel, la hermana Maryam y monseñor Bassam Rabah. Gracias a ellos he acabado encontrando el camino hacia las puertas de la Iglesia.

Desde el primer día, nunca he dejado de sentir sed, esa sed inextinguible de comulgar al hombre-Dios que se me reveló una noche en una visión que transformó mi vida. Y porque esta comunión me procura una dicha inefable que llena mi corazón más allá de lo imaginable, me atrevo a esperar que en cualquier lugar en el que esté la Iglesia, siempre podré sentirme como en casa, a pesar de la distancia.

Todo esto no elimina el sufrimiento, ni el desgarró: Massoud, la ruptura con mi padre, mi tierra... ¿Quién sabe cuánto dolor me queda por padecer? El futuro sigue siendo incierto y amenazador. A pesar de ello, hoy creo que todo lo sucedido forma parte del plan que Dios tiene reservado para mí. Al enterarme a estas alturas de la muerte de Massoud, comprendo que no podría haber sido de otra manera. Nunca debí esperar una vida más tranquila.

Reconciliado con mi propia historia, ahora me siento capaz de avanzar un paso más en la confianza, en el abandono en esa voluntad de Dios, tan impenetrable pero tan llena de amor.

Ahora me siento preparado para enfrentarme a la perspectiva de abandonar este país en el que cuento con tan buenos amigos. Desde mi llegada a Jordania, no me he atrevido a volver a la embajada francesa para solicitar el visado, tal y como me aconsejó Abouna Gabriel.

A iniciativa propia, pasados tres meses Maryam toma cartas en el asunto y, gracias a sus contactos, se entrevista en tres ocasiones con la cónsul francesa Catherine du Noroit. A petición de esta, un representante del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) acude un día expresamente a la embajada para conocerme y estudiar mi solicitud.

Se llama Sofiane y es un abogado de origen argelino. Cuando llega, la cónsul y Maryam nos dejan solos para que pueda contarle mi historia. De entrada procedo instintivamente con cautela. Sé que este hombre es musulmán, con lo cual no tengo intención de explicarle mi conversión, origen de todas las persecuciones sufridas. Por otra parte, guardo en mi memoria lo que escuché en la cárcel acerca de gente arrestada después de haber establecido contacto con las agencias de las Naciones Unidas.

Así que, cuando me pide fotos y un informe escrito sobre mi huida de Irak, me niego en redondo.

—Imposible...

Carezco de argumentos para explicar mi conducta, porque tampoco quiero enzarzarme con él en una discusión sobre el Islam. Mi firmeza termina por sacarle de sus casillas.

—Estás loco. ¡No te das cuenta de la suerte que tienes! Hay dos millones de iraquíes como tú haciendo cola sólo para obtener una entrevista como esta, cuando yo me he desplazado hasta aquí desde la embajada exclusivamente por ti.

Antes de venir, Maryam me ha explicado que la delegación del ACNUR en Amman ha sido creada especialmente para refugiados iraquíes y suele recibir diariamente entre treinta o cuarenta familias: al año, únicamente un 15% de las solicitudes son aceptadas.

Por eso los refugiados acampan en la calle, a veces durante tres días seguidos, delante de la sede, simplemente para obtener el derecho a explicar en cinco minutos el drama de toda una vida y las razones de su fuga, con la esperanza de convencer a su interlocutor.

El hombre que tengo enfrente de mí no se lo puede creer.

—¡Además, ya conozco tu historia!

—Pues si la conoces no hay necesidad de que la escriba.

Al salir de la embajada, le cuento la escena a la hermana Maryam, sorprendida al ver salir a la carrera y con rostro colérico al representante del ACNUR, que ni siquiera se ha parado a saludarla. Después de escucharme, la religiosa intenta hacerme entrar en razón.

—¡Estás exagerando! —me regaña—. Sofiane tenía buenas intenciones. No todos los musulmanes son perversos.

—Tú, como eres monja, te crees que todo el mundo es bueno. Ya verás cómo este argelino no hará nada por nosotros. Al contrario, nos pondrá pegas a todo.

Es verdad que la nacionalidad de Sofiane no juega a su favor a la hora de ganarse mi confianza. De un modo reflejo, he adoptado con él la arrogancia teñida de desprecio con que los árabes del Golfo tratan a sus hermanos magrebíes.

He de reconocer que en este asunto subestimo la tenacidad de la religiosa, al pensar que sus gestiones en torno al ACNUR se detendrían ahí. Al contrario: ya que el marido se niega —se dice Maryam, tan tozuda como yo—, probemos con su mujer. Y consigue convencer no solamente a mi esposa María, sino también a Sofiane, a quien al parecer se le ha pasado el

enfado, para que mantengan una entrevista. Es probable que el argelino, casado con una francesa y muy metido en el ambiente francófono de Amman, no se atreva a malquistarse con nadie mostrándose abiertamente rencoroso, a pesar de que su estatus le confiere todo el poder sobre nosotros.

Cuando se reúne con el representante humanitario, María tiene menos escrúpulos que yo y le habla de mi conversión, de la suya, de la de los niños y de la cárcel, sin ocultar nada de lo que podría herir la fe de un musulmán.

Transcurridas unas semanas, nos comunican que el ACNUR ha accedido a expedir visado para María y los niños, pero no para mí. La razón que alega el propio Sofiane en el curso de una recepción con unos franceses es la de haber obtenido informes de que, cuando estuve en el ejército, contribuí a la destrucción de iglesias en el norte de Irak; y de que, también durante el servicio militar y en esa misma región, participé en el gaseado de kurdos. En consecuencia, no soy fiable y hasta mi conversión queda en entredicho, dado que yo mismo perseguí a los cristianos antes de abrazar la fe.

Sin duda, Sofiane sabe muy bien lo que hace empleando estos argumentos ante sus interlocutores occidentales, que por fuerza —piensa él— han de ser cristianos; como es también perfectamente consciente de la repercusión que han tenido en Europa los actos de violencia cometidos por Sadam Hussein contra los kurdos. Mi colaboración en tales atrocidades no puede sino desacreditarme.

Cuando Maryam me informa de la doble vida de este hombre, no me consuela haber tenido razón: en primer lugar, porque ha sembrado la duda sobre mi credibilidad; y, en segundo lugar, porque mi mujer aún no ha contestado a la propuesta del ACNUR.

Aparte de eso, también me doy cuenta de que los argumentos esgrimidos por Sofiane llevan la señal de su pertenencia al islam, a pesar de su insistencia en declararse laico. ¿Cómo se puede cuestionar la sinceridad de mi conversión pretextando que he perseguido cristianos? Esto constituye buena prueba de su absoluta ignorancia respecto al cristianismo y su historia, empezando por el caso de San Pablo, que fue un enemigo destacado de los discípulos de Cristo.

Y existe una dificultad añadida. ¿Qué conducta debe adoptar María? Tiene a su alcance la obtención del visado para trasladarse a Francia junto con los niños, pero sin mí. Para ellos esto significaría sin duda el final de las persecuciones y la esperanza de una vida más estable y segura en un país cristiano. Quizá yo podría reunirme con ella más adelante, si es que hallara el modo de pasar la frontera. Además, corremos el riesgo nada desdeñable de no volver a encontrarnos jamás. No sólo es complicado prever la vida de un refugiado iraquí y cristiano en Jordania, sino también en territorio francés. Yo no deseo influir para nada en su decisión, pues soy muy consciente de mi responsabilidad en relación con los niños. María tiene el coraje suficiente para contestar al ACNUR que ha abandonado Irak a causa de la fe de su marido y de las dificultades para profesar libremente el cristianismo en ese país, donde quienes siguen a Cristo se arriesgan a perder la vida. De modo que supondría un craso error marcharse sola con sus hijos y dejar a su marido, el principal interesado en lograr un exilio seguro.

Para mí es la mayor prueba de amor que he recibido de ella, mayor aún que la de su conversión, que al fin y al cabo sólo afectaba a lo más íntimo de su conciencia. Esta vez es por mí, y sólo por mí, por lo que se arriesga a afrontar nuevos peligros: peligros que sabe perfectamente que no faltarán cuando llegue el momento de abandonar el país. La decisión de mi mujer actúa también como un bálsamo sobre mi honor, manchado por las calumnias de Sofiane.

Fratricidio

Amman, 22 de diciembre de 2000

A pesar de la cercanía de las Navidades, nuestra pequeña Teresa no consigue superar su disgusto: como todos los años, su hermano Pablo, nacido en diciembre, recibe sus regalos de cumpleaños. Esta vez, sin embargo, para mayor desdicha de la pequeña, un amigo solícito que está al corriente de nuestras necesidades le ha regalado a Pablo algo de ropa nueva.

A Teresa le parece una enorme injusticia y, como el paso de los días no mitiga su pena, me enternezco y decido acercarme a la ciudad baja para

comprarle un regalito: alguna prenda de ropa que compense la buena fortuna de su hermano.

Ya sé que no es prudente: la consigna consiste en salir lo menos posible y hacer la compra mejor en el barrio que en el centro de la ciudad, donde los precios son más bajos. Pero, al fin y al cabo, pronto será Navidad y mi corazón de padre se impone a la razón; además, me digo para acabar de convencerme, será sólo un momento.

A primera hora de la tarde aún me queda tiempo antes de reanudar mis obligaciones con la parroquia, de modo que para bajar a la ciudad tomo un «servicio», uno de esos vehículos pequeños con tres plazas en la parte trasera que sólo comunican un punto con otro. Para no entretenerme, compro aprisa cualquier cosa y espero en la cola para volver a casa.

En ese momento, oigo que alguien me llama desde un coche ocupado por cinco personas a las que no distingo bien a causa del polvo del parabrisas. Por pura curiosidad, me acerco al vehículo. Error fatal: después de tantos años, aún sigo siendo igual de confiado.

A través de la ventanilla descubro con horror que son cuatro de mis hermanos y mi tío Karim, el hermano menor de mi padre. En otro tiempo, cuando vivíamos juntos, el poderoso era yo y ellos quienes me temían a mí. Hoy ya no soy el mismo hombre: he cambiado. Me gustaría tanto explicarles y hacerles comprender en qué me he convertido... Hasta ahora nunca he admitido mi nueva fe delante de mi familia. Aquella primera vez en que me llevaron ante el ayatolá Al-Sadr, negué mi fe cristiana.

Pero hoy me siento lo suficientemente fuerte y valeroso para dar testimonio y hablar de Cristo con absoluta franqueza. Me parece incluso vital informarles de mi bautismo para que se lo comuniquen a toda la familia y a sus conocidos. ¡Qué ingenuidad!

Todos, excepto el conductor, descienden del coche y me rodean en círculo. Lo más extraño es que no tengo miedo: si hay que pelear, yo soy más grande y más fuerte. Aunque he perdido mi influencia sobre ellos, sigo sintiéndome capaz de hacerme respetar, si es necesario, hasta con los puños.

Por supuesto, ni por un segundo me planteo que puedan ir armados y tampoco me inquieto demasiado cuando uno de ellos, empujándome al asiento trasero del coche, me ordena:

—Venga, ven con nosotros: vamos a hablar. Y, sobre todo, ¡nada de montar un escándalo en país extranjero!

A pesar de su tono violento, confío en mi fuerza. Este encuentro me parece una buena ocasión para dar explicaciones de una vez por todas a mi familia. Por fin podré ajustar cuentas con mi padre, aunque sea indirectamente, y hablarle de todo lo que me ha hecho sufrir y del rencor que hace tiempo invade mi corazón.

Me subo al coche y, al cabo de diez minutos, hemos dejado atrás el bullicio de Amman y recorreremos un valle desierto. El coche se detiene lentamente en el arcén. La tensión se puede tocar. En ese momento empiezo a preguntarme si no habré cometido un error al acceder a acompañarlos. Estamos solos y, si las cosas se ponen feas, no puedo esperar ayuda de nadie. Pero la suerte está echada. Y salimos del coche para hablar...

Nos pasamos tres horas intentando convencernos mutuamente: ellos, de la necesidad de regresar y de los beneficios que en ese caso obtendría de mi padre; yo, de la firmeza de la fe cristiana, que me impide volver a ser el Mohammed de antes. A pesar de la amenaza que dejan ver tanto sus ojos como su actitud, me alegra poder dar testimonio de mi fe sin engaños y hablarles de Cristo. Sea cual sea el final que me aguarda, quizá nunca olvidarán mis palabras. Así tengo la sensación de participar en el hundimiento del islam, aun cuando la triste experiencia me haya enseñado que el peso de la sociedad islámica supone un poderoso freno a la conversión.

De ello dan buena muestra, una vez más, las noticias sobre mis familiares que logro entresacar de la conversación. Me entero, por ejemplo, de que nuestra fuga ha creado un conflicto entre los Moussaoui y mi familia política. Pasado un mes, la policía descubrió el coche que dejamos en un aparcamiento de Bagdad. Gracias a la matrícula pudieron dar con mi padre, quien dedujo enseguida que habíamos abandonado el país, cosa que le enfureció. La reacción de mi familia política no fue mejor. Para ellos nuestra marcha conjunta sólo podía significar una cosa: que su hija había consentido a la fuga porque también se había convertido al cristianismo, algo que consideraban intolerable. Entonces su tristeza fue sustituida por continuos reproches dirigidos contra los Moussaoui, a quienes acusan de no haberse ocupado debidamente de su nuera Anouar. Es sobre todo a mi padre a quien hacen responsable, ya que a él le fue confiada su hija.

Ahora puedo valorar por mí mismo hasta qué punto en esa sociedad suya el honor cuenta más que el afecto familiar.

Moralmente, el golpe que más me cuesta encajar hoy es que mi tío Karim sea el primero en sacar un revólver y apuntarme con él. Es evidente que está muy nervioso y cansado de intentar convencerme. Pero ¿cómo es capaz de llegar hasta este extremo, cuando en el pasado le he protegido tanto?

Recuerdo muy bien el dinero que mi tío tomaba prestado, sin devolverlo, de la caja familiar que obra en poder de mi padre y en la que cada varón está obligado a ingresar su contribución anual, pudiendo recurrir a ella en caso de necesidad. Para los deudores las reglas establecidas por mi padre son muy estrictas: no se permite que pase ni un solo día fuera de plazo. Yo siempre defendía a Karim frente a la intransigencia paterna.

Si es mi padre quien le ha elegido para esta misión, quiere decir que está dispuesto a todo con tal de hacerme volver: incluso a valerse de alguien que no merece toda su confianza. Y quiere decir también, cosa nada tranquilizadora, que mi tío está autorizado a servirse del arma. Mi padre debe de haberle dicho: «¡Tráemelo vivo o muerto!».

Lo que sucede a continuación sigue siendo un misterio. ¿Cómo es posible que la primera bala disparada por Karim no dé en el blanco? ¿De dónde procede esa voz interior femenina que me susurra que huya deprisa? ¿Y las balas disparadas después, ésas que pasaron rozándome las orejas, cómo no me han alcanzado?

Antes de caer inconsciente, mis últimos pensamientos son para asombrarme de sentir el ardor de una única bala: la que me hace desplomarme sobre el barro en este valle desierto y abandonado de los hombres.

Cuando me despierto estoy frente a un hospital, y al momento siguiente noto cómo alguien me empuja hacia una puerta batiente mientras me susurra al oído: «Ésta es la entrada de urgencias». Tengo la cabeza embotada y noto un dolor lacerante en la pierna, junto con la sensación de estar despertando de un mal sueño, de una pesadilla larga y penosa. Al entrar en el hospital voy recuperándome poco a poco, lo suficiente al menos para que resuciten en mí las violentas imágenes de las últimas horas. Experimento casi el doloroso sentimiento de revivir por segunda vez el

ataque; aún continúo oyendo el ruido ensordecedor de los disparos que resuenan en mi cabeza.

Agotado, me apoyo contra la pared a la espera de que venga algún médico a reconocirme. Mi aspecto es lamentable: estoy totalmente empapado, cubierto de barro y convencido de haber sido acribillado, aun cuando no siento la mordedura de las balas.

Al mirar más de cerca, observo que mi chaqueta mojada presenta un orificio en el espacio vacío entre el brazo y el tórax, y me pongo lívido. ¡Me he jugado la vida por escasos centímetros! Dentro de mi desgracia, he tenido la suerte increíble de que la mala puntería de Karim le ha hecho fallar su primer tiro a quemarropa. No cabe duda: ¡alguien me ha protegido!

El otro hecho asombroso es que aún me tenga en pie y conserve en la mano la bolsa con el regalo de mi hija. Está llena de tierra, pero no la he soltado ni mientras corría, ni cuando me han trasladado al hospital. Soy incapaz de decir qué clase de milagro se ha producido para que alguien me haya recogido en la cuneta cuando estaba inconsciente.

Llega el médico y me acompaña hasta un cuartito donde hay una camilla con ruedas, me inquieta su mirada, en la que leo una muda pero insistente pregunta. Será sin duda por mi aspecto... Para calmar su desconfianza, me veo obligado a contarle la verdad desde el primer momento:

—He tenido un problema: me han disparado.

—¿Ha llamado a la policía?

La pregunta me coge totalmente desprevenido. En medio de la locura de las últimas horas sólo me ha preocupado mi estado físico, y no el carácter delictivo del ataque.

Para el médico lo lógico hubiera sido avisar a la policía en primer lugar, salvo que...

Viene en mi ayuda una idea repentina.

—Mire, únicamente quiero saber si estoy herido y si es grave. Sólo le pido que me reconozca y me diga si mi vida corre peligro. En ese caso, llame a la policía; si no, me vuelvo a casa y ya está. ¡No quiero problemas!

Sé que, aun estando herido, me juego que me expulsen del país si he de enfrentarme a las autoridades. Según las leyes jordanas me hallo en situación irregular. Si además descubren que me han disparado por ser un converso, es posible que sean ellos mismos quienes acaben conmigo para cumplir con la ley islámica.

Después de auscultarme, el médico me deja tumbado en la camilla, a solas con mis pensamientos.

Su ausencia reaviva mi inquietud. Me imagino lo peor: me veo maniatado y confinado detrás de unos barrotes. Por fin oigo volver al doctor acompañado no de la policía, sino de una religiosa. ¡Qué seguridad da encontrarse en buenas manos, casi en las de Dios misericordioso!

Se trata de la responsable del hospital, a quien han informado de este caso tan poco habitual. En su presencia recobro la confianza, al menos la suficiente para preguntarle si de entre esta comunidad cristiana reducida a unas cuantas decenas de miles de fieles conoce a la hermana Maryam. Pues bien, resulta que Maryam acaba de salir hace un momento del hospital, al que suele acudir a visitar enfermos. Seguramente nos hemos debido de cruzar. ¡No cabe duda de que la suerte me sonríe!

Lllaman al móvil de la religiosa y ésta regresa de inmediato al hospital. Mientras la espero, le pregunto a la directora por mi estado de salud. El médico confirma que la herida no reviste gravedad: sólo me han herido en la pantorrilla. Respiro aliviado... Veinte minutos más tarde, la hermana Maryam irrumpe en la habitación sin aliento a causa de la carrera. En pocas palabras se informa de mi estado y pide que, por prudencia, me dejen algún tiempo en observación.

Curiosamente, la directora niega con la cabeza y, cuando Maryam le pregunta la razón, ella aduce algo molesta que no pueden hacerse cargo de mí.

—Es demasiado peligroso para el hospital: si alguien se entera, corremos el riesgo de que lo cierren. Y además... el propio monseñor Rabah me ha dicho que no se quede aquí.

Maryam monta en cólera. Yo, por mi parte, no siento rencor alguno, porque aprecio mucho a monseñor Bassam Rabah. Comprendo sus razones, el peso de la responsabilidad, la prudencia que se requiere para no poner en peligro a toda la comunidad. Y en realidad mi vida no se encuentra amenazada, al menos no por una herida de bala.

Pero todo ello no impide que vuelva a sentirme rechazado, como unapestado, por haber cometido el mayor delito contra el islam que existe en

esta tierra: renegar del Corán y elegir el cristianismo. ¿Dónde está la justicia? ¿Tendré que pasarme toda la vida huyendo para expiar mi pecado?

Enfrentado a estas preguntas, me siento terriblemente solo. La directora baja los ojos: apenas se atreve a mirarme. Quizá sea confusamente consciente de la dureza de su decisión, aunque no conozca mi historia. Pero ya ha tomado partido, y no la culpo. Yo en su lugar tal vez haría lo mismo.

Gracias a Dios, tengo a Maryam quien, como siempre, conserva la sangre fría. Admiro su inteligencia práctica, que le permite mantener las cosas bajo control en las situaciones más comprometidas.

Con voz de mando, la hermana le pide a la directora que llame a un taxi: me introduce en él envuelto en una sábana blanca, para esconderme a ojos de los curiosos.

Una precaución muy acertada: es posible que mis hermanos sigan todavía en los alrededores y vigilen las entradas y salidas del hospital. Después de todo, no conozco al buen samaritano que me ha recogido de la cuneta. Cuando le cuento lo ocurrido a Maryam, ella recuerda que, al salir del hospital, se ha cruzado con alguien que salía y arrancaba el coche bruscamente, cuando lo normal es que sean los que llegan quienes conducen a toda velocidad.

Otro que tiene prisa por volver a casa después del día de ayuno del Ramadán, ha pensado para sí.

Es probable que la prisa de mi salvador se debiera al riesgo que ha corrido recogíendome herido y sin saber si soy un peligroso criminal. Como poco, ello le hubiera valido todo tipo de sospechas y largas explicaciones ante la policía. O bien puede haber otra hipótesis: que, tras presenciar el ataque que he sufrido, haya huido nada más dejarme en el hospital por miedo a que le siguieran mis asesinos.

Envuelto en mi sábana en el asiento trasero del coche, me pierdo en conjeturas acerca de la identidad de mi bienhechor, y sobre todo en torno al misterio de mi rescate en pleno desierto. Podría haberme quedado allí tirado a la espera de socorro mientras me desangraba.

Otro misterio más: ¿cómo ha podido ese desconocido mover él solo hasta el coche mis noventa y cinco kilos de peso? ¿Y por qué han huido mis hermanos sin asegurarse antes de que estaba muerto? ¿Por negligencia? ¿Por haber llegado demasiado lejos y tener que dar explicaciones ante mi

padre? Quizá les haya interrumpido la llegada de mi salvador... Nunca hallaré respuesta a estas preguntas, pero doy gracias al Cielo por su protección, sea cual sea el instrumento de que se ha valido.

Cae la noche y el taxi llega a la iglesia al mismo tiempo que Maryam, quien ha tenido tiempo de avisar a mi familia y a tres médicos más, uno de ellos cirujano: son todos cristianos y amigos de la hermana, por lo que no hay que temer ninguna indiscreción.

Mi mujer está aterrada. Tiembla sólo de pensar en ver aparecer de nuevo a mis hermanos. Los niños se agarran a ella inquietos por el miedo que demuestra su madre. Yo la estrecho contra mí, incapaz de encontrar palabras que la sosieguen.

También yo estoy exhausto. En este momento me siento física y mentalmente agotado por esta lucha contra la adversidad. Aparte del miedo a morir, me ha afectado mucho presenciar cómo mis hermanos disparaban contra mí.

Quizá eso sea lo más difícil de aceptar: siento como si se hubiera volcado sobre mí una violencia fría e implacable, y el hecho de que proceda de mi propia familia acrecienta la brutalidad del acto. Es una traición que me hiere en lo más profundo, allí donde el afecto paterno hasta ahora seguía proporcionándome una base sólida y cierta confianza en la vida.

Ni siquiera la prueba de la prisión había logrado mermar esa certeza, porque veía que a pesar de todo mi padre continuaba queriéndome. Aunque la vida en el clan se me había hecho insoportable, después de la separación pensaba que quizá podríamos volver a entendernos y aceptarnos por encima de nuestras diferencias religiosas. Ahora constato con inmensa tristeza y profunda amargura que no queda nada: los lazos que nos unían han quedado rotos para siempre.

Un grito de dolor me arranca de los brazos de María y, de repente, noto reavivarse el ardor de la herida. Tengo que tumbarme para no acabar en el suelo.

Después de examinarme, uno de los médicos que están a la cabecera de mi cama me explica que sólo tengo una herida, pues no existe orificio de salida. Luego me enseña el sitio donde está alojada la bala: puede tocarla bajo la piel.

El médico añade que este dolor retardado es completamente lógico en el caso de heridas causadas por armas de fuego. Hasta el momento no lo he sentido debido a la alta temperatura del proyectil: sólo cuando éste se enfría aparece el dolor, como un aguijón.

El problema es que la bala sigue alojada en mi pantorrilla, lo que exige practicar una incisión para extraerla: se necesita, pues, un equipo quirúrgico y, por lo tanto, un hospital. Pero ¿cuál? Los tres médicos, con la ayuda de Maryam, se dedican a telefonar a todas las clínicas privadas de la zona para intentar que me admitan, pero no hay nada que hacer: nadie quiere arriesgarse a hacerse cargo de un herido de bala. Es demasiado peligroso, pues tendrían que vérselas con la policía.

Mientras tanto, tumbado en la cama y con la pierna en alto, les oigo discutir sobre la mejor decisión a tomar en una situación tan delicada. Si no me operan enseguida, el hueso podría infectarse, dado que la herida es profunda y, según dicen los tres doctores, probablemente tenga barro acumulado, lo que a largo plazo podría significar la amputación.

Enfrentado a tan angustiosa perspectiva, de pronto noto un líquido caliente que corre por mi pierna hasta alcanzar el muslo.

—¡Vengan! ¡Estoy sangrando! —grito asustado.

Los médicos entran corriendo y comprueban que, efectivamente, sangro, pero por el otro lado de la pantorrilla, justo en la zona opuesta a la herida. No sé qué es lo que ocurre y tengo la desagradable sensación de que también los médicos están desconcertados. Los tres permanecen delante de mí, con los brazos colgando y estupefactos ante un fenómeno que supera todos sus conocimientos.

Siento ganas de ponerme a gritar: en parte, porque tengo miedo, pero también para despertarles de su ensueño. El cirujano vuelve en sí y se dispone a hacerme un vendaje: coge la pierna y comienza a envolvermela en una tela blanca, hasta que de repente se queda parado.

Y se pone a palpar la pierna.

—La bala...

—¿Qué? —preguntan los demás.

—Ha... desaparecido...

Los médicos van tocando la pierna por turno y a continuación peinan a fondo la ropa y alrededor de la cama sin lograr dar con el famoso proyectil. ¡La bala no está!

Al final acaba hasta divirtiéndome este tejemaneje que dura sus buenos treinta minutos, sin resultado. Incluso el dolor parece disminuir bajo los efectos del espectáculo que contemplan mis ojos.

A falta de bala, uno de los médicos termina de vendarme y, por conciencia y orgullo profesionales, se compromete a buscarme al día siguiente un hospital que acceda a realizarme una radiografía de control a fin de que la ciencia recupere sus derechos sobre lo inexplicable.

A la mañana siguiente, me envuelven otra vez en una manta y Maryam me lleva a un hospital. Sorprendentemente, la radiografía revela que no existe ninguna lesión.

De acuerdo con el tamaño de la herida, el hueso debería de estar afectado y sería necesaria la amputación. Por el contrario, parece ser que la bala ha seguido una extraña trayectoria dentro de la pantorrilla y no ha tocado ni el músculo ni los huesos, lo que implica que el proyectil ha tenido que moverse en zigzag para entrar por una herida y salir por la otra.

Una hora después, mientras el coche me lleva de vuelta a casa, el médico que ha insistido en trasladarme al hospital, agnóstico declarado, le confiesa a Maryam que ese día ha marcado un hito en su vida. Todo lo que ha presenciado desde ayer ha hecho tambalearse sus convicciones de médico racionalista. Desde luego, a partir de ahora no le costará nada creer en la resurrección de Cristo.

Yo, como no soy médico, no tengo inconveniente alguno en confirmar que he sido favorecido por una intervención divina: al fin y al cabo, no es la primera vez, y la verdad es que uno acaba acostumbrándose a todo, incluso a los milagros.

Pero lo que sí me extraña es el poquísimo tiempo que tarda en curarse la lesión. En menos de una semana, la herida ha desaparecido y no noto prácticamente nada. Con ayuda de la muleta que por el momento me acompaña en mis desplazamientos, me mantengo prácticamente en pie.

De huida en huida

Kerak, 26 de diciembre de 2000

Cuatro días después del ataque, en plena noche, la hermana Maryam nos traslada rápidamente a un pueblecito perdido del sur, en la región de Kerak, a tres horas de Amman.

Me siento culpable: en parte ha sido fallo mío. Aunque la hermana me ha aconsejado mil veces no salir del apartamento, no he tenido más remedio que hacerlo para ayudar al párroco de la iglesia.

Como aún estoy convaleciente, el sacerdote se encuentra perdido en medio de la nueva iglesia, que yo me conozco como la palma de la mano — desde luego, mucho mejor que él—. Sin mí, ni siquiera sabe cortar la electricidad. Y, a pesar de mis muletas y aun a riesgo de comprometer nuestra seguridad, he respondido a su llamada de socorro. Cuando Maryam viene a vernos y se entera, monta en cólera:

—¿No te das cuenta de que te la juegas? ¡Si te ven, estás muerto!

Esa misma noche despertamos a los niños y, sin avisar al párroco, quien seguramente no se habría mostrado conforme, desaparecemos de allí. Desafiando las iras de mi protectora, me he atrevido a sugerir que nos despedamos del valiente sacerdote con quien he tenido el placer de trabajar en esta iglesia. Pero no contaba con la firmeza y la intransigencia de la hermana Maryam.

La verdad es que me he rendido antes de pelear. La experiencia me ha demostrado que nuestra seguridad depende de la discreción.

Después de dos horas de viaje en plena noche por una carrera desértica que serpentea entre puertos y valles, por fin llegamos a una pequeña aldea habitada por tribus que, en un entorno mayoritariamente musulmán, aún continúan siendo cristianas. Maryam las visita de vez en cuando para impartir catequesis.

Por la tarde, la religiosa, siempre previsora, se ha encargado de hacer las gestiones necesarias para que nos permitan quedarnos aquí unos días, en una casita adosada a la iglesia, en régimen de autarquía. Después de comprobar que nos deja bien instalados, se va prometiéndonos volver dentro de dos o tres días con más provisiones.

La tarde de su segunda visita Maryam nos da la sorpresa de llegar acompañada de Oum Farah: la viuda de Fouheis ha insistido tanto en venir a vernos que la religiosa ha acabado cediendo.

La velada se prolonga varias horas sin que nadie se atreva a romper la frágil armonía de la fiesta, que viene a interrumpir nuestra monótona reclusión. María y yo, conscientes de lo precario de nuestra situación, nos sentimos felices de hallar un poco de calor junto a nuestros amigos.

Hacia las diez llaman violentamente a la puerta y una voz potente nos sobresalta:

—¡Policía!

Me quedo paralizado, incapaz de reaccionar.

Nunca imaginé que pudieran encontrarnos en este remoto lugar. Incluso Maryam, que suele ser una mujer serena, parece bloqueada ante este nuevo infortunio.

Los policías, que aparentemente son dos, continúan llamando a la puerta a intervalos cada vez más cortos, dando prueba con ello de su impaciencia.

Armándose de valor, Oum Farah toma las riendas de la situación, se levanta y se dirige con decisión hacia la puerta, que entreabre prudentemente.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Queremos ver al iraquí que está ahí dentro para comprobar que tiene los papeles en regla.

—Adelante... —les invita ella tranquilamente mientras abre la puerta de par en par.

—No —contesta uno de ellos con firmeza—. Tenemos orden de llevárnoslo a la comisaría para interrogarlo.

—Pasen a tomar un café, por favor —insiste la viuda agarrándolos del brazo y metiéndolos dentro, con esa voz condescendiente, pero imperiosa, del ama de casa que no cede un milímetro cuando está en juego la ley de la hospitalidad.

Ante tanta deferencia, los dos policías comprenden que no les queda más remedio que entrar y se sientan en el saloncito frente a mí. Parecen violentos, como si las reglas de urbanidad les resultaran más incómodas que proceder a un interrogatorio. Pero esa sensación no dura mucho y enseguida reemprenden su misión:

—¿Cómo se llama ese hombre de ahí enfrente? Se parece mucho al que estamos buscando —le preguntan a Oum Farah.

—Me llamo Youssef —contesto yo, como pidiendo perdón por tomar la palabra.

Estoy aterrado; me siento incapaz de hilvanar más de tres palabras seguidas y no se me ocurre cómo salir de este atolladero. Afortunadamente, Oum Farah acude una vez más en mi ayuda.

—Me imagino que conocerán ustedes a Raad Balawi, que es policía también, y de los importantes, por cierto. Es mi hijo...

—...

Inmediatamente los rostros de los policías reflejan estupor: esto podría crearles problemas. Con los ojos como platos, vemos a Oum Farah aprovechar el factor sorpresa para avanzar un puesto y darle la vuelta al interrogatorio.

—¿Me pueden decir qué buscan exactamente? —dice con una sonrisa cautivadora—. Si está en mi mano ayudarles, lo haré encantada.

—Buscamos a un iraquí con su mujer y sus dos hijos —dice reponiéndose el de más edad—, y éste se le parece. Queremos saber si se trata de él. Enséñenos su pasaporte...

El tono de su voz es el de quien está acostumbrado a que le obedezcan. Debe de ser el jefe y no parece dejarse embaucar por la voz amable de Oum Farah. Por lo menos, ésta no le hace olvidar su deber.

Nuestra protectora intenta jugar una última carta:

—Por desgracia, su pasaporte está en la embajada. Mañana sin falta les prometo que se lo llevamos.

Oum Farah pronuncia estas últimas palabras en un tono bastante menos seguro y más parecido a un ruego. Me temo que, después de haber agotado todos los argumentos, no tendré más remedio que acompañarles. Mi futuro vuelve a ensombrecerse...

Pero la temida orden no llega y contemplo atónito cómo los dos policías se levantan y se ponen a hablar entre ellos sin dejar de mirarme con suspicacia. No están convencidos de mi inocencia, pero por lo menos se van. Me entran ganas de abrazar a Oum Farah por su sangre fría y por el modo en que ha sabido darle la vuelta a la situación.

Es más que probable que el aire distinguido de la viuda, así como sus contactos, hayan marcado las distancias con los policías lo suficiente como para no atreverse a usar su autoridad y conducirme a la fuerza hasta la comisaría.

Durante los minutos decisivos de esta guerra de nervios que se ha librado ante nuestros ojos entre Oum Farah y los policías, ninguno de los que

hemos sido observadores pasivos se ha atrevido a respirar. Para tranquilizarnos, María nos sirve una copa.

—¿Cómo se explica —me pregunto yo— que Oum Farah haya insistido en venir precisamente esta tarde? ¡Es increíble! Sin ella no habría sido posible resistir ni un segundo delante de los policías.

—Sobre todo —apostilla la viuda— porque debían de pertenecer al servicio secreto, puesto que no llevaban uniforme.

Pero eso no explica cómo han conseguido encontrarme tan pronto: es un misterio que viene a sumarse al de la presencia de mis hermanos en Amman.

Empiezo a pensar que me vigilan permanentemente y de un modo invisible, tal vez por satélite. Parezco paranoico, sí, pero es la única explicación a tantas coincidencias inquietantes. Y si los servicios secretos han logrado encontrarme incluso en este pueblecillo, no puedo estar seguro en ninguna parte.

Maryam, por su parte, se inclina por otra explicación: debe de tratarse de un conflicto entre dos vecinos ocurrido días antes que, como sucede a menudo, ha acabado degenerando, y en el que yo habría servido de chivo expiatorio. Es muy fácil echarle la culpa a un extranjero denunciándolo a las autoridades.

En cualquier caso, corremos peligro. Debemos huir de nuevo, pero ¿adónde? A Maryam no se le ocurre nada y a mí menos aún. Oum Farah propone que regresemos a Fouheis mientras hallamos alguna solución.

A las cuatro de la mañana del día siguiente, María y yo despertamos a los niños y ponemos rumbo a Amman. No sentimos ninguna pena de dejar esta comunidad que siempre nos ha mirado con desconfianza. Hasta la propia hermana reconoce, apenada, que no podrá volver aquí en misión: será demasiado peligroso, así que tendrá que enviar a otras religiosas.

Para evitar el riesgo de ser arrestados, tomamos el mismo camino que a la ida. Aunque la autopista es más directa, también tiene más tráfico y hay más posibilidades de que esté vigilada por la policía.

Llegamos a Fouheis a primera hora de la mañana con idea de volver a salir lo antes posible: sólo el tiempo necesario para llamar a monseñor Rabah y suplicarle que nos encuentre algún sitio en el que escondernos. Sin resultado...

Cuatro horas después volvemos a subirnos al coche con los niños sentados en las rodillas para dirigirnos al norte del país, a Zarka. La ciudad es lo suficientemente grande para que nuestra presencia pase desapercibida y Maryam posee algunos contactos entre los misioneros que dirigen allí una escuela técnica y una parroquia.

De camino, la religiosa me explica que se trata de una población muy conocida, en la que en septiembre de 1970 varios terroristas palestinos secuestraron tres aviones. A raíz de este suceso, el rey Hussein decidió expulsar de su país a los refugiados palestinos durante la operación Septiembre Negro.

Cuando hemos recorrido una veintena de kilómetros, el coche se detiene delante de un internado donde, gracias a la religiosa, nos han permitido ocupar parte del dormitorio común durante los diez días que duran las vacaciones escolares.

Un respiro

Zarka, febrero de 2001

Cuando regresan los alumnos, nos trasladamos a una casa espaciosa prestada por monseñor Rabah que está situada a las afueras de la ciudad. Al llegar descubro encantado que, pegada al edificio, hay una pequeña capilla en medio de un gran terreno cultivable. Probablemente nos quedaremos aquí varios meses mientras Maryam prosigue sus interminables gestiones administrativas para obtenerme un visado.

Ahora ya me he convencido de que tenemos que exiliarnos de nuevo. A los cristianos conversos como nosotros no nos será posible vivir ni aquí ni en Irak mientras los gobiernos de ambos países reconozcan la ley islámica, la *charia*, como única fuente de derecho, y mientras no autoricen la libertad fundamental de poder cambiar de religión y abandonar el islam.

Sin demasiada convicción, espero que no nos veamos obligados a huir a Occidente, donde la lengua supondría un obstáculo para nuestra integración. De ser posible, me inclino más bien por algún país árabe en el que se admita la libertad de conciencia. Y pienso más concretamente en el Líbano, donde los cristianos aún poseen un lugar oficial y reconocido, o en Siria.

Sea cual sea nuestro destino final, la salida de Jordania significará para nosotros una prueba más y un obstáculo difícil de salvar. Eso es lo que me ha dado a entender un anciano militar retirado, tío de Oum Farah, a quien hice partícipe un día de mis pensamientos: según él, corremos el riesgo de que nos arresten en la frontera.

Por el momento procuro que esta amenaza no me atormente, porque tengo otras preocupaciones más inmediatas.

En primer lugar, debo encontrar una escuela para Pablo, quien no puede pasarse más tiempo sin recibir unas clases que nuestros continuos traslados ya han interrumpido bastante.

Gracias a monseñor Bassam Rabah, Pablo es admitido en una pequeña escuela cristiana. Todas las mañanas viene a buscarle el autobús y le trae de regreso por la tarde. Cuando vuelve, cierro puertas y ventanas a cal y canto y nos enclaustramos hasta el día siguiente, siempre que no tengamos programada alguna visita.

La consigna que, por consejo de Maryam, me he fijado es la de no salir de casa más que para ir a misa, y no abrir bajo ningún pretexto, salvo en el caso de que sepamos con antelación que va a venir alguien a vernos.

No me siento seguro, y probablemente no volveré a estarlo nunca. El miedo se ha apoderado de mí: miedo a que la policía dé conmigo, y miedo también al entorno musulmán que nos rodea. Sé que no será demasiado favorable.

A veces, a última hora del día, nos sobresaltamos cuando oímos caer sobre la casa como una lluvia de granizo. Una noche, para quedarme tranquilo, salgo fuera y compruebo con inquietud que se trata de piedras lanzadas desde la carretera. Por supuesto, nadie reivindica la autoría.

El vecindario debe de haber notado que esta casa medio en ruinas vuelve a estar habitada, y aprovecha para manifestar así su hostilidad contra el cristianismo, simbolizado en la presencia de la capillita.

En cuanto a mí, ya estoy acostumbrado a la violencia musulmana y he conocido cosas mucho peores que las pedradas. Pero tiemblo por los niños que, en ocasiones como éstas, buscan refugio intranquilos en María o en mí.

A pesar de la animosidad que despertamos, los días y semanas transcurren felices: estamos reclusos, pero recibimos las visitas de nuestros

amigos (Maryam, Oum Farah, monseñor Bassam Rabah, Saïd y su familia), que vienen a comer con nosotros.

La incertidumbre sobre nuestro futuro forma parte de ese sentimiento y hace que apreciemos aún más estos benditos instantes, que representan un oasis en medio del desierto de nuestra vida de exiliados. Paradójicamente, y a pesar de su carácter clandestino, nuestras reuniones de amigos tienen un sabor de eternidad intensificado por el tiempo que pasamos rezando en familia en la capilla.

Gracias al libro de cantos de la misa y al Evangelio que nos regaló el sacerdote de la parroquia del Espíritu Santo donde vivíamos, alimentamos nuestra oración con la palabra de Dios y con cantos de alabanza.

Día tras día los salmos me proporcionan fuerza, y una serenidad y una confianza que, en medio de una situación tan incómoda, me sorprenden incluso a mí. Al revés: incomprensiblemente, tengo la certeza de que no he sido abandonado.

Por eso procuro dejar de lado la idea de una fuga ineludible y me concentro en lo cotidiano.

—Lo que más echo en falta —le digo un día a la hermana Maryam— es el trabajo.

—¡No me vuelvas a hablar ni de trabajo ni de salidas! ¡Haces que me suba la tensión!

Así que me consuelo cultivando unas cuantas legumbres en el terreno que rodea la casa, pero no me basta con eso: debería ganarme la vida para no depender de la generosidad de las hermanas.

Un día, en un acceso de independencia y orgullo, me niego a aceptar las provisiones que trae Maryam.

—Lo he pagado con tu dinero —me dice con un suspiro—: con los dos mil dólares que dejaste en depósito.

No estoy seguro de que sea cierto, pero la verdad es que me preocupa que mi pequeño peculio se vaya fundiendo como la nieve al sol.

Adiós a Oriente

Zarka, julio de 2001

Durante nuestro exilio lejos de Amman, Maryam se ocupa de seguir nuestro expediente en la embajada: es el único medio que nos queda para obtener los visados después del fracaso obtenido ante el Alto Comisariado para los Refugiados. En secreto, la hermana sigue manejando sus contactos sin informarme apenas sobre el resultado de sus gestiones.

A finales de julio, Maryam anuncia victoriosa que ha conseguido los visados, que serán expedidos a condición de que encontremos una familia de acogida en Francia. También me confiesa que el ataque de que he sido víctima ha ayudado a convencer a las autoridades francesas.

Ha concertado una cita en la embajada de Francia dentro de un par de días con la cónsul Catherine du Noroit, donde recibiremos los preciados documentos y podremos concretar los detalles de la marcha.

Mientras nos dirigimos a la entrevista, no me atrevo a preguntarle nada a Maryam. Tengo miedo de oírle decir que debemos huir a Francia, un país que no conozco y que sólo significa una cosa: abandonar esta región —mi región— y el mundo árabe para acabar en una tierra en la que seré extranjero, puesto que no domino el idioma.

La hermana Maryam me asegura que nuestro exilio es inminente y tardará como mucho un mes. La noticia me deja sin aliento y estoy a punto de ahogarme. Tal es la angustia que provoca en mí esta marcha tan repentina.

Así que, junto con Maryam, entro con el estómago encogido en la embajada, por una puerta semioculta. De poco vale la precaución, porque en el pasillo nos cruzamos con un iraquí que me mira con insistencia y exclama: «¡A ti te conozco!». Yo no contesto nada, como si no le hubiera entendido, pero este comentario inesperado no me hace augurar nada bueno.

En el despacho de la cónsul, ligeramente intimidado, permanezco un poco en retaguardia y dejo que sea Maryam quien, como siempre, lleve la voz cantante. Las dos mujeres hablan un rato en voz baja sin que yo pueda entender una sola palabra del conciliábulo. De repente veo palidecer a la religiosa y mi mandíbula se tensa.

—¿Qué ocurre? ¡No me mientan!

Con un gesto de impotencia, la religiosa contesta:

—Hay un problema.

Presintiendo una catástrofe, guardo silencio, resignado a lo peor.

—Vuestros nombres están fichados en las fronteras.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir —interviene Catherine du Noroit —que seguramente os busca la policía jordana y que, aunque Francia os conceda el visado, como es el caso, corréis un gran peligro si viajáis en avión.

Me quedo estupefacto: primero, porque se ha confirmado que nuestro destino es Francia, lo que no me causa demasiada alegría; y segundo, porque no nos va a resultar fácil llegar a nuestro destino mientras nos sigan pisando los talones perseguidores invisibles.

Y aunque lográramos cruzar con éxito la frontera en el aeropuerto de Amman, me aterra pensar que siempre tendré tras de mí a agentes secretos dispuestos a perseguirme adonde vaya, tanto en Francia como en Irak o en Jordania. Jamás escaparé a los deseos de venganza de mi familia. Ya me veo arrestado y encerrado en Francia, precedido por la permanente amenaza que pesa sobre mí.

Pero Maryam parece recobrar su sangre fría habitual y le dice a la cónsul con energía:

—¡La embajada de Francia tiene que hacer algo para sacarlo de aquí! Den alguna consigna para que le dejen marcharse con su familia.

Confieso que no confío mucho en ello; más bien me siento pesimista sobre nuestras posibilidades de salir con vida de esta cacería humana a escala internacional.

Hasta ahora he tenido fe en la protección divina, pero también he contado con mis propias fuerzas y con mi resistencia al mal para superar con éxito las pruebas más duras. Seguro como estaba de mi buena suerte, sentía incluso cierto orgullo. Pero llegado este punto en el que carezco de recursos y no veo ninguna salida, no me queda más remedio que abandonarme a los inexplicables designios de la Providencia.

Humanamente la situación se presenta muy comprometida. Quizá hasta deba asumir el fracaso de mi propia vida. Me veía morir gloriosamente, como un mártir de Dios, y resulta que acabo condenado a vagar como el pobre animal que sabe instintivamente que algún día caerá en las redes del cazador.

¡Qué pena tener que morir miserablemente después de haber soportado tantos tormentos! El único recurso que me queda es mi pobre oración, que casi no puedo expresar con palabras: mis pensamientos reflejan una lucha sin esperanza contra mí mismo, que entablo para no hundirme en una amargura destructiva. Así es como mis adversarios me vencerán sin necesidad de desenvainar ninguna otra arma. El islam y la sociedad que emana de esta religión me habrán privado de la libertad más elemental, la única que me habría permitido vivir en paz en esta tierra de Oriente que también pertenece a los cristianos.

En tan sólo unos días la tenacidad de Maryam ha logrado vencer mi brote de fatalismo. Sin duda su fe está indisolublemente unida y arraigada en ella: esa fe profunda que mueve montañas. La fe... y unos buenos contactos. A fuerza de darle vueltas al asunto, la religiosa ha recordado que una de las hermanas de su comunidad enseña catecismo con la esposa de Pierre Tivelier, uno de los principales responsables de la embajada de Francia.

Al día siguiente le confían a la mujer mi expediente con todas mis gestiones, mi historia y algunas fotos; y, sobre todo, un manuscrito destinado a convencer a su marido diplomático de que me proporcione un modo de salir del país. Lo que quiere la mujer, lo quiere Dios.

El refrán se confirma una vez más. A la semana, Maryam me comunica que dos miembros del servicio secreto jordano estarán presentes en el aeropuerto por si las cosas se ponen feas: una protección especial que se debe sin duda —me explica la religiosa— a las gestiones de la embajada en el entorno del propio rey. El día fijado para nuestra marcha es el 15 de agosto: faltan menos de dos semanas.

El 14 por la noche monseñor Rabah viene a despedirse de nosotros. Me siento particularmente conmovido por este gesto, pues con los meses he llegado a considerarle un padre.

Su compañía tiene la virtud de calmarme, especialmente en esta noche en que me siento arrancado de mi tierra como la hoja que cae del árbol y es pisoteada y barrida por el viento.

En el curso de los dieciséis meses que he vivido en Jordania, una de las mayores bendiciones que he recibido ha sido mi encuentro con monseñor Bassam Rabah, cuya presencia paternal ha colmado mi desierto afectivo. Entre mi familia, en Irak, siempre me sentí apoyado y respetado. Por la

calle la gente me saludaba llamándome *sayid Malouana*, es decir, «señor». Sé que, si renegara del bautismo y decidiera volver junto a los míos, obtendría palacios, criados y cortesanos. Pero yo deseo vivir en un Irak en el que se reconozca a los cristianos; deseo que la sociedad se transforme o, mejor aún, se haga cristiana. A la espera de ese día, me veo condenado a ser un extranjero, a estar solo con mi familia, empujado de exilio en exilio. Creo que monseñor Rabah ha advertido en mí ese vacío y por eso es tan atento conmigo. ¡Y no puedo olvidar el día en que dijo ser mi padre!

Creo también que nuestra común pertenencia al Oriente nos ha acercado el uno al otro. Con Abouna Gabriel me unía una relación más distante: la de maestro y discípulo. El religioso europeo nos enseñó y nos confirmó en la fe a María y a mí, pero no se caracterizaba precisamente por sus muestras de afecto. Me duele que no haya hecho nada por tener noticias nuestras desde que nos fuimos de Irak...

En la víspera de nuestra marcha recuerdo también ese pasaje del Evangelio que nos citaba Abouna Gabriel: es preciso saber dejarlo todo por Cristo para recibir el ciento por uno. Algo parecido a lo que hizo Abraham, ese lejano antepasado iraquí.

En Oriente se queda buena parte de mí, en especial estos dos pastores que me lo han enseñado todo.

Me gustaría que esta velada se prolongara eternamente para gozar de la alegría casi infantil del contacto con este hombre de Iglesia tan sencillo y lleno de Dios. Como es habitual en él, no come demasiado: apenas una tisana y un poco de agua. Esta noche me doy cuenta de que su secreto, la clave de la bondad que emana de él, es éste: ser un asceta acostumbrado al dominio de sus apetitos y de su cuerpo en el que sólo deja espacio para Cristo, a quien irradia a su alrededor.

Después de que monseñor Bassam Rabah nos haya regalado cuatro horas de su precioso tiempo, llega la hora de despedirnos. La tristeza que me causa la separación no es insoportable, como si presintiera que volveremos a vernos. Dando muestra de su enorme sensibilidad, monseñor Bassam Rabah tiene el detalle de advertirme que nuestro adiós tal vez no será definitivo, pues probablemente cualquier día se pasará por Francia.

Viático

Amman, 15 de agosto de 2001

El despegue de nuestro avión está previsto a las ocho de la mañana, por lo que hemos de presentarnos en el aeropuerto de Amman a las seis. La víspera llamo a un taxi para que venga a buscarnos a las tres, con bastante antelación.

Aún está oscuro cuando, a las cuatro de la mañana, llamo en casa de monseñor Rabah. Estoy un poco adormilado, pero disfruto por anticipado de la sorpresa que le tengo reservada. Viene a abrirme él en persona, con la sonrisa en los labios. Estoy seguro de no haberle despertado, porque normalmente se levanta muy temprano: es el único momento de que dispone para rezar con tranquilidad. ¡Pero no me esperaba que viniera él mismo a abrir la puerta!

—Al oír el timbre no he dudado ni un segundo de que eras tú —me explica.

Ésta es la razón de nuestra extraña coincidencia: me tenía presente en sus pensamientos y sus oraciones, casi como si me estuviera esperando. Le expongo mi petición, que llevo madurando desde la noche anterior:

—Me gustaría que dijera misa para nosotros antes de que nos vayamos.

En vista de los peligros que sin duda nos aguardan en el aeropuerto, más vale recibir un viático seguro. En ningún lugar está escrito que vayamos a ver acabar el día...

Monseñor Bassam Rabah nos hace una seña para que entremos y, con la mayor naturalidad del mundo, nos conduce hasta la capilla, donde permanecemos en silencio unos minutos mientras él se reviste con el alba y la casulla. Luego hace una profunda inclinación ante el pequeño altar antes de besarlo con respeto.

Al terminar la misa, me quedo unos instantes a solas ante el sagrario. Una vez más, el «pan de vida» que he recibido de manos del sacerdote ha sosegado mi corazón. Al inicio de la ceremonia no he podido dejar de imaginar para las horas siguientes los escenarios más negros.

Ahora mantengo el miedo a distancia y me permito cierto espacio para la confianza. Sobre todo tengo la sensación de que esta vez nuestra marcha no está rodeada de tanta tensión como cuando salimos de Irak, después de

semanas angustiosas en las que sufrimos la presión permanente provocada por mi familia.

En este caso no sucede lo mismo: el peligro es más lejano y menos concreto, lo que nos permite vivir apaciblemente nuestros últimos días en Jordania. Al salir de la capilla estoy tan sereno que guardo en mi bolsillo el Evangelio y un libro de oraciones sin pensar en el peligro que pueden representar para mí en el aeropuerto, pues ambos son prueba incontestable de mi conversión.

Mi reloj señala las cinco. Se acaba el tiempo. Hemos de partir si queremos asegurarnos de disponer de margen suficiente para pasar los controles del aeropuerto.

La despedida de monseñor Rabah es breve, pero está cargada de emoción. Si en ese preciso momento me hubieran ofrecido la posibilidad de quedarme con él, lo habría hecho sin dudar. Para mí la separación es desgarradora. Y, al mismo tiempo, experimento el alivio casi físico de librar a nuestros amigos —monseñor Bassam Rabah, Maryam, Oum Farah— del peligro permanente de estar ayudando a un musulmán converso. La conciencia del peso que les he supuesto añadía a mi carga el sentimiento de culpa.

Cuando llegamos al aeropuerto nos quedamos esperando en el taxi a que vuelva Maryam, quien ha salido en busca de los dos agentes jordanos encargados de garantizar nuestra seguridad en el momento de nuestra partida.

Transcurren unos minutos interminables, y a cada instante que pasa aumenta mi nerviosismo. Mi imaginación se desboca: todo esto del avión ¿no será una pesadilla? Y de repente me encuentro deseando que sea así, con tal de ahorrarme la angustia de cruzar la aduana: ése es mi mayor temor.

De pronto se abre la puerta y ahí está Maryam... sola. Antes de que diga una sola palabra, comprendo que algo va mal.

—Ni rastro de los agentes —dice disgustada.

—¿Y ahora qué hacemos?

Me siento como un niño pequeño que mira asustado a su madre. Pero el tiempo pasa y hay que tomar una decisión.

—No importa, ¡vamos! —dice por fin la hermana en un tono que no admite réplica.

Dirigidos por ella, nos bajamos del coche cargados con nuestras maletas para acercarnos al mostrador de facturación, donde el empleado observa con atención los billetes que le tiende Maryam. Tras echar una ojeada a los pasaportes, vuelve a mirar los billetes.

—Ahora vengo —avisa con mirada huidiza.

Y se marcha con nuestros pasaportes, cosa que no me gusta nada. Primero, la ausencia de los agentes que supuestamente iban a ayudarnos a pasar los controles de policía; y ahora, las reservas del empleado de facturación. La espera dura unos diez minutos. Cuando vuelve, permanecemos atentos a sus labios aguardando oír las palabras que nos abrirán la primera puerta hacia la libertad.

—¿No tienen cerrada la vuelta?

—No —contesto yo, dudando un poco qué responder.

—Necesito la vuelta; si no, no pueden embarcar.

Inapelable. Es descorazonador.

No hemos hecho más que cruzar la puerta del aeropuerto y se acumulan los obstáculos. Pero Maryam no se da por vencida.

—Pero podrán comprarla allí...

—Necesito la vuelta —repite el empleado con una falta manifiesta de buena voluntad.

La religiosa le deja plantado y se dirige con paso cadencioso hacia la agencia de viajes situada un poco más allá. La información que obtiene no es nada tranquilizadora: para volver tenemos que pagar setecientos dinares por persona, lo que siendo cuatro asciende a una suma considerable. Es tres veces más caro que el viaje de ida.

Yo me niego a aceptar esa solución.

—No puede ser, Maryam. Setecientos dinares... ¡es mucho dinero!

Me vuelvo hacia el mostrador y adopto mi tono más desdichado para moverle a compasión:

—Piense que para nosotros setecientos dinares es muchísimo. No podemos pagarlo.

—Me da igual. Si no tienen billete de vuelta, no pueden viajar.

La determinación de Maryam le impide dejarse vencer por un asunto de dinero. Decidida a hacerse con los dichos billetes, no me deja opción y

vuelve a la agencia. No tengo más remedio que admirar su abnegación...

Pero en ese rato la agencia ha cerrado y nos vemos obligados a esperar. Lo más preocupante es que hace un rato que he perdido de vista nuestros pasaportes. Después de examinarlos al otro lado del mostrador, el empleado se ha quedado con ellos y los tiene en la mano mientras habla con nosotros, sin manifestar intención alguna de devolvérselos.

Ha pasado cerca de una hora desde que llegamos al mostrador. Yo estoy a punto de renunciar, pero Maryam no parece dispuesta a rendirse.

Ante la energía que muestra la hermana, que tiene toda la pinta de querer ponerse a discutir otra vez y bloquear el mostrador con tal de salir victoriosa, el empleado se da por vencido. Consciente de que se ha excedido en el uso de su autoridad, accede a reconsiderar su postura y vuelve a observar los billetes para comprobar si realmente no existe otra solución.

El examen que efectúa es lento, muy lento. Me duele el estómago de aguantar tal suplicio. Por fin, el empleado se vuelve hacia nosotros y, sonriendo con cierta condescendencia, empieza a facturar nuestro equipaje.

Por un lado respiro, y por otro siento rabia hacia este simple subalterno. ¿Quién le ha dado ese poder discrecional sobre nosotros? ¿Qué órdenes son las que obedece para impedirnos a toda costa montarnos en el avión?

—Pasen —nos dice por fin señalando hacia la oficina de multas, en la que todo refugiado iraquí tiene que presentarse antes de salir de Jordania para verificar que su situación está en regla. Quienes han vivido en el territorio en situación irregular están obligados a abonar una tasa: un dinar y medio por día. En caso de impago, la administración marca el pasaporte con la prohibición de entrar en Jordania durante cinco años, lo cual, por lo que a mí se refiere, sólo es un mal menor, ya que mi deuda es descomunal: mil doscientos dinares.

Parece ser que en este aeropuerto estoy condenado a recibir un trato particular, porque en mi caso —señala el funcionario— la segunda solución (es decir, la prohibición de entrar en el país), por algún oscuro motivo que he de aceptar sin discusión, no es contemplable.

Evidentemente, no somos tontos, pero no nos queda elección, tanto más cuanto que el empleado parece obtener un perverso placer al subir la puja.

También él coge nuestros pasaportes y desaparece detrás del mostrador durante un buen rato. Me enjugo la frente empapada en sudor, mientras Maryam no cesa de dar golpecitos con los pies.

Una prueba más que confirma la hipótesis de que alguien desea retenerme aquí a toda costa. Pero ¿quién? Y eso que la embajada de Francia ha mediado para que me dejen salir...

La hermana Maryam, a quien hago partícipe de mi inquietud, lo atribuye a un principio de resistencia por parte de la maquinaria inferior de la administración jordana. Buena prueba del rechazo que sufren los cristianos...

El empleado aparece de nuevo, mira a la religiosa con aire desafiante y le espeta:

—¿Y usted quién es? ¿Qué tiene que ver con esta familia? ¿Por qué se mete?

—Soy una amiga y, si sigue usted así, va a conseguir que me suba la tensión. Y si me sube la tensión mi salud corre peligro... ¿Nos va a dar los pasaportes, sí o no?

—Son mil doscientos dinares.

Maryam le entrega el dinero, pero el aduanero no suelta los pasaportes, como si no tuviera ninguna gana de devolvérmolos; como si quisiera entretenernos lo más posible, haciendo cuanto está en su mano para que perdamos el avión.

Es el día más agotador de mi vida. Ya no puedo soportar más tensión. Estoy a punto de abandonar, de dar media vuelta y acabar con este pulso psicológico del que no sé cómo salir.

Por fortuna, Maryam resiste y clava la mirada en el agente, decidida a recuperar nuestros pasaportes. Y lo acaba consiguiendo.

Vencido por una mujer velada, el empleado nos tiende desdeñosamente los documentos y corremos hacia la zona de embarque confiando en que el avión nos haya esperado. Sin aliento, echo una inquieta ojeada al reloj del aeropuerto, que marca las ocho y media.

Me paro en seco y dejo caer los brazos. No sé para qué corro, si el avión ya ha despegado. ¡Estamos perdidos!

Maryam se vuelve y me mira desolada, como diciendo: «He hecho lo que he podido». De repente llaman por el altavoz: «Mohammed Fadel Ali, le

esperan para el vuelo con destino París en la puerta de embarque número 7»...

Casi no lo puedo creer. Decididamente, no se me ha ahorrado nada. Pero en el último momento, cuando lo doy todo por perdido, las cosas se arreglan milagrosamente.

«El francés, el idioma de Dios»

Vuelo Amman-París, 15 de agosto de 2001

Es la primera vez que viajo en avión. Después de dejar instalados a mi mujer y mis hijos, acabo encontrando un sitio ¡al lado de un sacerdote sirio! Este nuevo guiño me hace sonreír y quiero ver en él un presagio de lo que nos aguarda en Europa.

Le pido que rece por nosotros, confiándole entre líneas el desgarró que conlleva nuestra marcha: desgarró de los míos, de mi país, de mis amigos jordanos...

Además, necesitare valor para reconstruir mi vida en un universo desconocido. Ya no me llamare Youssef, sino Joseph, que al parecer suena más francés.

Allí, en Europa, no cuento con una dirección ni un número de teléfono. Sólo dispongo de un contacto: Thierry, un francés ingeniero agrónomo en Jordania, quien ha aceptado organizar nuestra llegada a Francia y declararse nuestro garante ante la embajada. Sus padres han accedido a ser nuestra familia de acogida.

El francés, que tiene trato con palestinos, ha preferido tomar otro avión dos días antes para no comprometerse prestando ayuda abiertamente a un cristiano, así como para preparar nuestra llegada. En medio de nuestra precipitada salida, hemos quedado en que la hermana Maryam le avisaría de la hora de aterrizaje.

Durante las ocho horas de vuelo, mi vida, ésa que estoy abandonando, desfila ante mis ojos a cámara rápida. Sin la mano de Dios jamás habría salido vivo de esta aventura. Es su poder providente el que detuvo los labios de mi mujer impidiéndole denunciarme a su familia; gracias a él un niño de

siete años, el hijo de Saïd, negó conocer a mi hijo Azhar; y es ese mismo poder el que nos ha permitido escapar de la policía en Kerak mediante la presencia de Oum Farah. Y lo más increíble: que la bala disparada a quemarropa por mi tío no me tocara. Todo eso me colma de responsabilidad: ¿qué destino nos tiene reservado el cielo para habernos favorecido tanto?

Cuando llegamos a Orly, después de los controles habituales, veo al francés que nos está esperando, sonriente y satisfecho por haber dado con nosotros. Me explica que, en contra de lo que habíamos convenido, Maryam no le ha avisado. Frunzo el ceño, inquieto por la noticia. ¿Qué le habrá ocurrido? Me imagino lo peor y me llena de remordimiento haber puesto en peligro la vida de la religiosa. Pero Thierry no quiere que nos alarmemos sin razón. Nos lleva a casa de sus padres, en París, para dejar nuestro equipaje.

En el coche me llaman la atención los colores de este país, sobre todo el de los árboles que flanquean la autopista: ese verde que rebosa humedad me parece casi artificial. En mi país, y también en Jordania, el sol y la luz son sumamente intensos, agobiantes; por contraste, todos los demás colores se vuelven apagados y grisáceos. Hasta la arquitectura se adapta a estas características. Aquí, por el contrario, la variedad y el matiz de los colores saltan a la vista. También me sorprenden los tejados en pendiente y la piedra tallada de muchos edificios parisinos: en nuestro país las casas son planas y de hormigón visto, sin ningún encanto.

Los padres de Thierry nos ofrecen un té y su acogida representa para mí un alivio. Desde que llegamos no he dejado de esperar el momento en el que los agentes vendrían a arrestarnos. Aún guardo en la memoria las palabras exactas de la cónsul francesa en Amman: «Estáis fichados por la policía». Estoy convencido de que han seguido vigilándonos hasta ahora.

El hecho de no tener noticias de Maryam viene a confirmar esa certeza. Thierry ha hecho varias llamadas, pero nadie parece saber qué le ha ocurrido a la hermana.

Con ayuda de las pocas palabras de árabe que conoce, Thierry insiste en que salgamos, a pesar de mis temores. Quiere llevarnos a Notre-Dame, porque —dice— estamos a 15 de agosto y uno no se puede perder la fiesta de la Asunción.

—Ya hemos oído misa a primera hora de la mañana —le explico antes de contarle ese momento único que hemos vivido con monseñor Rabah.

—Sí, pero aquí hay una procesión —replica él—. Esto es Francia, un país en el que los cristianos son libres de celebrar procesiones.

Necesitamos algún tiempo antes de librarnos definitivamente del miedo, esa segunda piel que nos reviste desde hace años. Pero los primeros días que pasamos en este país me proporcionan algunos indicios alentadores. A María y a mí logra conmovernos esta familia que nos envuelve con su calor y nos colma de atenciones sin esperar nada a cambio, y me lleva a evocar la acogida que recibimos de Oum Farah en Fouheis.

Por fin, a los dos días de nuestra llegada, Thierry me comunica buenas noticias de Maryam, por quien nos moríamos de inquietud. A su salida del aeropuerto, dos policías la habían abordado para preguntarle qué relación tenía con nosotros. Ella les contestó que «había visto llorar a la mujer, eso es todo».

Por prudencia, en lugar de regresar directamente a su comunidad, se dirigió hacia el sur, a Kerak. Al cabo de un rato sus perseguidores desistieron de la vigilancia y ella pudo pararse en la cuneta para dormir un rato, con una mano en el volante y la otra sobre el móvil encendido.

Estas noticias dejan mi espíritu más dispuesto a interesarme por las costumbres del país, claramente religiosas. El domingo siguiente Thierry nos acompaña a la iglesia de Val-de-Grâce, donde canta en un coro gregoriano.

Me entusiasman esos sonidos, mucho más delicados y musicales que los árabes. Aunque no comprendo el idioma, me siento inmediatamente atraído por él.

Escuchando esta música lenta, pero intensa, vuelvo a encontrar el clima de oración que conocí en las iglesias de Oriente. El canto me llega a lo más íntimo y me envuelve con una paz que hace tan sólo unos días era incapaz de imaginar.

Es sobre todo el silencio que sigue a los salmos lo que más me impresiona: un silencio tangible que me parece lleno de la presencia divina. Al salir de la iglesia le digo a Thierry:

—¡Qué cantos tan maravillosos! Es como si el francés fuera el idioma de Dios.

—No era francés, sino latín —responde Thierry con una sonrisa.

Pero no importa cuál sea el nombre del idioma: no entiendo ninguno de los dos. Para mí es el idioma de la Iglesia latina, la occidental, en la que —es curioso— descubro algo de esa fe mía que nació en Oriente.

[3] Una mujer nunca viaja sola: lo prohíbe el *mahram*, por el cual la mujer está obligada a trasladarse siempre en compañía de su marido, su hijo, su hermano o su padre.

[4] Allí se encuentra la ciudad bíblica de Nínive.

[5] Vid. Sébastien de Courtois, *Le nouveau défi des chrétiens d'Orient*. Éditions Jean-Claude Lattès, París, 2009.

EPÍLOGO

No llevaba en Francia más que un mes cuando falleció mi padre. Me enteré pasados dos años, a través de un amigo iraquí al que seguía tratando.

Transcurridos unos meses, hablé por teléfono con mi hermano Hussein, uno de los que dispararon contra mí. A pesar de todo, seguía sintiendo afecto por él.

Nunca hemos hablado de ese ataque: es superior a mis fuerzas. Somos conscientes de que existe el peligro de que ese hilo delgado que todavía nos une acabe rompiéndose. Demasiada sinceridad provocaría emociones que quizá romperían la frágil relación con mi familia.

Procurando no abrir las compuertas de la ira, nos limitamos a intercambiar noticias, lo que no es poco. A veces incluso noto en él el deseo de ayudarme a salir de la necesidad en la que vivo en Francia, puesto que a día de hoy, agotadas poco a poco nuestras reservas, subsistimos gracias a la generosidad pública de este país.

—Vuelve a Irak —me ha propuesto mi hermano Hussein—. Te construiré una casa lejos de Bagdad.

Me siento conmovido al comprender que es mi padre el que expresa, de forma póstuma, el deseo de verme regresar al país junto a mi familia. Pero no me fío.

De los ecos que me llegan a través de Hussein deduzco que mi madre no me ha perdonado. En su opinión soy responsable de la muerte de mi padre, que en su agonía aún continuaba llamándome: «Mohammed... ¿Dónde está Mohammed?... Sé que no ha muerto...».

Cada vez que lo pienso me echo a llorar. Me duele no haber podido explicarle mi forma de vida, tan distinta de su mundo.

Al mirar hacia atrás, tengo la sensación de que mediante la cárcel y la *fatwa* intentó provocar en mí un *electroshock* que me hiciera olvidar mi conversión. Pero jamás deseó mi muerte ni una separación definitiva.

No sé por qué, pero esta idea me consuela un poco: quizá porque me hace esperar que, más allá de nuestros caminos radicalmente divergentes, subsista algo de afecto y de estima mutua. Así mitigo la nostalgia de mi país y el dolor de la lejanía.

Aquí, en Francia, poco a poco vamos reencontrando cierta seguridad, junto con una relativa paz interior. En el corazón de Anouar y en el mío el miedo se ha aplacado, y las heridas son menos cruentas.

Ella, sensible como siempre a la poesía y las señales, ve un signo de la solicitud divina en la presencia de un extraño pájaro que vino a posarse en el alféizar de la ventana la víspera de nuestra marcha de Jordania. Ahora ha vuelto a verlo en París, justo antes de mudarnos a una vivienda más grande. Anouar ha buscado el nombre de este hermoso pájaro de colorido único en diccionarios y libros especializados, pero no lo ha encontrado jamás.

Aún me queda algo por hacer.

Me llevará tiempo, mucho tiempo, perdonar a mi familia todo lo que me ha hecho sufrir: la cárcel, la tortura, la falta de dinero... ¡Cuántas veces, con cada prueba, me he repetido que ha sido por su culpa!

No he sufrido a causa de Cristo, sino por la falta de libertad que impone la sociedad musulmana, que mi familia, por orgullo o por un deseo de respetabilidad, no se ha atrevido a reconocer.

Por el contrario, es Cristo quien me ha ayudado a superar las dificultades. Durante todos estos años ni un solo día ha desmentido el amor que me tiene. Él me ha dado valor y paciencia para avanzar siempre sin desesperar.

A través de las pruebas que he sufrido, me siento orgulloso de haber dado testimonio de mi fe cristiana, especialmente después del ataque. Al menos intenté demostrar a mis hermanos el vacío de sus creencias.

Me acuerdo sobre todo de Haïdar, uno de mis cuatro hermanos, presente aquel día. Después de la conversación que mantuvimos y de la violencia que siguió, perdió la fe musulmana y ahora es ateo. Le recuerdo todos los días, a él y a todos mis parientes que continúan viviendo en la oscuridad del islam, como los hijos de mi tío Karim, que ahora son imanes con turbante.

¡Cuánto les deseo que conozcan la luz de Cristo, pero sin la angustia que yo he vivido! Después de llegar a Francia he sabido que no soy el único converso iraquí: otros han seguido el mismo camino que yo, todos clandestinamente a causa de la persecución. Sueño con que un día el clan

Moussaoui pueda convertirse. Para ello es preciso que cambien la sociedad entera y sus leyes, pero por desgracia los cerrojos del islam lo impiden.

En cualquier caso, lo que más me cuesta aceptar es que la causa de todos mis males haya sido mi familia.

Cada día lucho contra esa amargura que sé perfectamente que no es cristiana. De todos los combates que he librado hasta ahora, éste será seguramente el más difícil. A quienes me rodean, a mis amigos, a los sacerdotes que conozco les pido que recen por mí, para que pueda hallar el auténtico deseo de perdonar.

En cierto modo, la prisión tuvo también un efecto benéfico: hacerme reflexionar sobre mí mismo, sobre esa violencia que hay dentro de mí. De otro modo, podría haber reaccionado de una forma brutal ante la conducta de mi familia: estaba dispuesto incluso a matarlos; pero al salir de la cárcel me sentí incapaz: la oración y la reflexión me hicieron comprender que no podía seguir comportándome como un no cristiano.

Sin duda, eso es lo más difícil que Cristo me pide hoy: amar a mis enemigos. Si no se tienen, puede parecer fácil; pero cuando hay personas que han dejado su huella en tu carne, entonces al creyente le llega la auténtica prueba, la que demuestra si realmente es cristiano.

Sentir que aún guardo dentro de mí ese rencor constituye un verdadero sufrimiento, una espina en mi fe. Pero a ese precio valoro yo mi pertenencia a la religión que libremente he decidido abrazar.

Por ella he abandonado mucho de mí mismo. Me decía que merecía ser bautizado porque había pagado el precio, y un precio muy caro. Si a día de hoy soy cristiano no es por herencia de mis padres.

En adelante, si quiero unirme totalmente a Cristo —ahora sé que fue a Él a quien vislumbré aquella famosa noche hace dieciséis años—, he de dar un paso más, sin duda el más costoso, pues esta vez he de pelear contra mí mismo.



RIALP

Título original: *Le prix à payer*

© 2010 by Éditions de L'Œuvre, Paris.

© 2016 de la versión española realizada por GLORIA ESTEBAN

by EDICIONES RIALP, S. A.

Colombia, 63, 28016 Madrid

www.rialp.com

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

ISBN (ebook): 978-84-321-4750-0

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

O B R A S C O M P L E T A S

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ

EN DIÁLOGO CON EL SEÑOR



RIALP

En diálogo con el Señor

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432148620

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este volumen de las obras completas, primero de la serie Textos de la predicación oral, recoge el texto de veinticinco predicaciones de san Josemaría entre 1954 y 1975. Dirigidas en su momento a miembros del Opus Dei, sus palabras son ahora publicadas por primera vez para un público general, en el contexto de sus obras completas, para que "muchas otras personas —además de los fieles del Opus Dei— descubran una ayuda para tratar a Dios con confianza y afecto filial". Su título "manifiesta bien el contenido y finalidad de esta catequesis: ayudar a hacer oración personal", en palabras de Javier Echevarría. El estudio crítico-histórico ha sido llevado a cabo por Luis Cano, secretario del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer y profesor de Historia de la Iglesia en el Istituto di Science Religiose all'Apollinare (Roma) y Francesc Castells i Puig, licenciado en Historia y doctor en Filosofía, y miembro del mismo Instituto.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ GULLÓN

ESCONDIDOS

El Opus Dei en la zona republicana
durante la Guerra Civil española (1936-1939)



Escondidos

González Gullón, José Luis

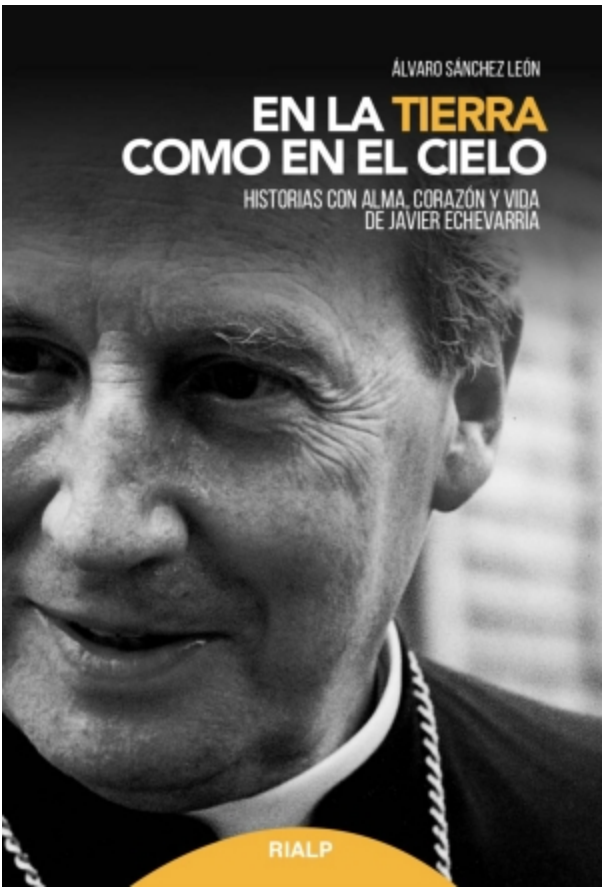
9788432149344

482 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El inicio de la Guerra Civil española, en 1936, sorprendió al fundador del Opus Dei y a la mayoría de sus miembros en la zona republicana. Todos se escondieron para evitar la dura represión revolucionaria. Con el paso de los meses, los refugios y asilos dieron paso a las escapadas y expediciones. Gracias al desvelo de José María Escrivá, el Opus Dei sobrevivió en medio de la tragedia desencadenada por el conflicto armado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



En la tierra como en el cielo

Sánchez León, Álvaro

9788432149511

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El 12 de diciembre de 2016 murió en Roma Javier Echevarría. Esa noche fue trending topic. Era el tercer hombre al frente del Opus Dei. A los 84 años, el obispo español dejaba la tierra después de sembrar a su alrededor una sensación como de cosas de cielo. Menos de 365 días después de su fallecimiento, 45 de las personas que más convivieron con él, hablan en directo de su alma, su corazón y su vida. Sin trampa ni cartón. Este libro no es una biografía, ni una semblanza, ni un perfil, ni un estudio histórico. No es, sobre todo, una hagiografía... Es un collage periodístico que ilustra, en visión panorámica, las claves de una buena persona, que se implicó en mejorar nuestro mundo contemporáneo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

JACQUES PHILIPPE

*Si conocieras
el don de Dios*
Aprender a recibir



PATMOS
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

RIALP

Si conocieras el don de Dios

Philippe, Jacques

9788432147173

200 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¡Si conocieras el don de Dios! Así se dirige Jesucristo a la mujer de Samaría, junto al pozo de Sicar. Quien conoce ese don, lo conoce todo. La existencia cristiana no consiste en realizar esfuerzos tensos e inquietos, sino en acoger el don de Dios. El cristianismo no es una religión del esfuerzo, sino de la gracia divina. Ser cristiano no es cumplir una lista de cosas que hay que hacer, sino acoger, mediante la fe, el don que se nos ofrece gratuitamente. Jacques Philippe, con ese telón de fondo, trata así de la apertura al Espíritu Santo, la oración, la libertad interior, la paz de corazón, etc., invitando a los lectores "a anticipar la Pentecostés de amor y misericordia que Dios desea derramar sobre nuestro mundo".

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Scott y Kimberly Hahn

21.ª edición

ROMA

DULCE HOGAR



Nuestro camino
al Catolicismo

RIALP

Roma, dulce hogar

Hahn, Scott & Kimberley

9788432150098

200 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Scott y Kimberly Hahn -un matrimonio norteamericano- ofrecen el testimonio cálido, alegre y realista de su conversión al catolicismo. Formados en la Iglesia presbiteriana, inician una peregrinación espiritual que transforma toda su vida; es un camino de búsqueda de la verdad y adhesión a la voluntad divina, que culminó en la inmensa alegría de ser recibidos en la Iglesia católica. Desde entonces, los Hahn ofrecen charlas por todo su país y graban cintas que se difunden por el mundo entero. Miles de personas han podido así conocer tanto su experiencia, como las verdades y la belleza de la fe católica. Éste es el relato de su historia, y atrae al lector desde el comienzo. Es una motivadora invitación a tomarse más en serio la fe, a vivirla de forma más plena, y a compartirla con los demás. La edición original en inglés se ha traducido a otras muchas lenguas, como el francés, el italiano, el alemán o el chino.

[Cómpralo y empieza a leer](#)